

Antonio Tabucchi

Sostiene Pereira

Una declaración



Sostiene Pereira que le conoció un día de verano. Una magnífica jornada veraniega, soleada y aireada, y Lisboa resplandecía. Parece que Pereira se hallaba en la redacción, sin saber qué hacer, el director estaba de vacaciones, él se encontraba en el aprieto de organizar la página cultural, porque el *Lisboa* contaba ya con una página cultural, y se la habían encomendado a él. Y él, Pereira, reflexionaba sobre la muerte. En aquel hermoso día de verano, con aquella brisa atlántica que acariciaba las copas de los árboles y un sol resplandeciente, y con una ciudad que refulgía, que literalmente refulgía bajo su ventana, y un azul, un azul nunca visto, sostiene Pereira, de una nitidez que casi hería los ojos, él se puso a pensar en la muerte. ¿Por qué? Eso, a Pereira, le resulta imposible decirlo. Sería porque su padre, cuando él era pequeño, tenía una agencia de pompas fúnebres que se llamaba Pereira La Dolorosa, sería porque su mujer había muerto de tisis unos años antes, sería porque él estaba gordo, sufría del corazón y tenía la presión alta, y el médico le había dicho que de seguir así no duraría mucho, pero el hecho es que Pereira se puso a pensar en la muerte, sostiene. Y por casualidad, por pura casualidad, se puso a hojear una revista. Era una revista literaria pero que tenía una sección de filosofía. Una revista de vanguardia quizá, de eso Pereira no está seguro, pero que contaba con muchos colaboradores católicos. Y Pereira era católico, o al menos en aquel momento se sentía católico, un buen católico, pero en una cosa no conseguía creer, en la resurrección de la carne. En el alma, sí, claro, porque estaba seguro de poseer un alma, pero toda su carne, aquella chicha que circundaba su alma, pues bien, eso no, eso no volvería a renacer, y además ¿para qué?, se preguntaba Pereira. Todo aquel sebo que le acompañaba cotidianamente, el sudor, el jadeo al subir las escaleras, ¿para qué iban a renacer? No, no quería nada de aquello en la otra vida, para toda la eternidad, Pereira, y no quería creer en la resurrección de la carne. Así que se puso a hojear aquella revista, con indolencia, porque se estaba aburriendo, sostiene, y encontró un artículo que decía: «La siguiente reflexión acerca de la muerte procede de una tesina leída el mes pasado en la Universidad de Lisboa. Su autor es Francesco Monteiro Rossi, que se ha licenciado en filosofía con las más altas calificaciones; se trata únicamente de un fragmento de su ensayo, aunque quizá colabore nuevamente en el futuro con nosotros.»

Sostiene Pereira que al principio se puso a leer distraídamente el artículo, que no tenía título, después maquinalmente volvió hacia atrás y copió un trozo. ¿Por qué lo hizo? Eso Pereira no está en condiciones de decirlo. Tal vez porque aquella revista de vanguardia católica le contrariaba, tal vez porque aquel día se sentía harto de vanguardias y de catolicismos, aunque él fuera profundamente católico, o tal vez porque en aquel momento, en aquel verano refulgente sobre Lisboa, con toda aquella mole que soportaba encima, detestaba la idea de la resurrección de la carne, pero el caso es que se puso a copiar el artículo, quizá para poder tirar la revista a la papelera.

Sostiene que no lo copió todo, copió sólo algunas líneas, que son las siguientes y que puede aportar a la documentación: «La relación que caracteriza de una manera más profunda y general el sentido de nuestro ser es la que une la vida con la muerte, porque la limitación de nuestra existencia por la muerte es decisiva para la comprensión y la valoración de la vida.» Después cogió una guía telefónica y dijo para sí: Rossi, qué nombre más extraño, más de un Rossi no puede venir en la guía, sostiene que marcó un número, porque de aquel número se acuerda bien, y al otro lado oyó una voz que decía: ¿Diga? Oiga, dijo Pereira, le llamo del *Lisboa*. Y la voz dijo: ¿Sí? Verá, sostiene haber dicho Pereira, el *Lisboa* es un periódico de aquí,

de Lisboa, sale desde hace unos meses, no sé si usted lo conoce, somos apolíticos e independientes, pero creemos en el alma, quiero decir que somos de tendencia católica, y quisiera hablar con el señor Monteiro Rossi. Pereira sostiene que al otro lado de la línea hubo un momento de silencio y después la voz dijo que Monteiro Rossi era él y que en realidad no es que pensara demasiado en el alma. Pereira permaneció a su vez algunos segundos en silencio, porque le parecía extraño, sostiene, que una persona que había escrito reflexiones tan profundas sobre la muerte no pensara en el alma. Y por lo tanto pensó que había un equívoco, e inmediatamente la idea le llevó a la resurrección de la carne, que era una fijación suya, y dijo que había leído un artículo de Monteiro Rossi acerca de la muerte, y después dijo que tampoco él, Pereira, creía en la resurrección de la carne, si era eso lo que el señor Monteiro Rossi quería decir. En resumen, Pereira se hizo un lío, sostiene, y eso le irritó, le irritó principalmente consigo mismo, porque se había tomado la molestia de telefonar a un desconocido y de hablarle de cosas tan delicadas, o mejor dicho tan íntimas, como el alma o la resurrección de la carne. Pereira se arrepintió, sostiene, y por un instante pensó en colgar el auricular, pero después, quién sabe por qué, halló fuerzas para continuar, de modo que dijo que él era el señor Pereira, que dirigía la página cultural del *Lisboa* y que, en efecto, por ahora el *Lisboa* era un periódico de la tarde, en fin, un periódico que naturalmente no podía competir con los demás periódicos de la capital, pero que estaba seguro de que tenía futuro, como se vería antes o después, y que era cierto que por ahora el *Lisboa* se ocupaba sobre todo de noticias propias de la prensa del corazón, pero bueno, ahora se habían decidido a publicar una página cultural que salía el sábado y la redacción no estaba completa todavía y por eso tenían necesidad de personal, de un colaborador externo que se ocupara de una sección fija.

Sostiene Pereira que el señor Monteiro Rossi farfulló enseguida que iría a la redacción aquel mismo día, dijo también que el trabajo le interesaba, que todos los trabajos le interesaban, porque, claro, le hacía verdadera falta trabajar ahora que había acabado la universidad y que nadie le mantenía, pero Pereira tuvo la precaución de decirle que en la redacción no, que por ahora era mejor que no, que si acaso podían encontrarse fuera, en la ciudad, y que era mejor que fijaran una cita. Le dijo eso, sostiene, porque no quería invitar a una persona desconocida a aquel triste cuartucho de Rua Rodrigo da Fonseca, en el que zumbaba un ventilador asmático y donde siempre había olor a frito por culpa de la portera, una bruja que miraba a todo el mundo con aire receloso y que se pasaba el día friendo. Y además no quería que un desconocido se diera cuenta de que la redacción cultural del *Lisboa* era sólo él, Pereira, un hombre que sudaba de calor y de malestar en aquel cuchitril, y en fin, sostiene Pereira, le preguntó si podían encontrarse en el centro, y él, Monteiro Rossi, le dijo: Esta noche, en la Paraça da Alegria, hay un baile popular con canciones y guitarras, a mí me han invitado a cantar una tonadilla napolitana, sabe, es que soy medio italiano, aunque no sé napolitano, de todas formas el propietario me ha reservado una mesa al aire libre, en mi mesa habrá un cartelito con mi nombre, Monteiro Rossi, ¿qué me dice?, ¿nos vemos allí? Y Pereira dijo que sí, sostiene, colgó el auricular, se secó el sudor y después se le ocurrió una idea magnífica, la de crear una breve sección titulada «Efemérides», y pensó en publicarla enseguida, para el sábado siguiente, y así, casi maquinalmente, quizá porque estaba pensando en Italia, escribió el título: *Hace dos años desaparecía Luigi Pirandello*. Y después, debajo, escribió el subtítulo: «El gran dramaturgo había estrenado en Lisboa su *Un sueño (pero quizá no)*».

Era el veinticinco de julio de mil novecientos treinta y ocho y Lisboa refulgía en el azul de la brisa atlántica, sostiene Pereira.

Pereira sostiene que aquella tarde el tiempo cambió. De improviso, cesó la brisa atlántica, del océano llegó una espesa cortina de niebla y la ciudad se vio envuelta en un sudario de bochorno. Antes de salir de su oficina, Pereira miró el termómetro que había pagado de su bolsillo y que había colgado detrás de la puerta. Marcaba treinta y ocho grados. Pereira apagó el ventilador, se encontró en las escaleras con la portera, que le dijo adiós señor Pereira, aspiró una vez más el olor a frito que flotaba en el zaguán y salió por fin al aire libre. Frente al portal se hallaba el mercado del barrio y la Guarda Nacional Republicana estaba estacionada allí con dos camionetas. Pereira sabía que el mercado estaba agitado porque el día anterior, en Alentejo, la policía había matado a un carretero que abastecía los mercados y que era socialista. Por eso la Guarda Nacional Republicana se había estacionado delante de las puertas del mercado. Pero el *Lisboa* no había tenido valor para dar la noticia, o, mejor dicho, el subdirector, porque el director estaba de vacaciones, estaba en Buçaco, disfrutando del fresco y de las termas, y ¿quién podía tener el valor de dar una noticia de ese tipo, que un carretero socialista había sido asesinado brutalmente en Alentejo en su propio carro y que había cubierto de sangre todos sus melones? Nadie, porque el país callaba, no podía hacer otra cosa sino callar, y mientras tanto la gente moría y la policía era la dueña y señora. Pereira comenzó a sudar, porque pensó de nuevo en la muerte. Y pensó: Esta ciudad apesta a muerte, toda Europa apesta a muerte.

Se dirigió al Café Orquídea, que estaba allí a dos pasos, pasada la carnicería judía, y se sentó a una mesa, pero dentro del local, porque por lo menos tenían ventiladores, visto que fuera no se podía ni estar a causa del bochorno. Pidió una limonada, fue al servicio, se mojó la cara y las manos, hizo que le trajeran un cigarro, pidió el periódico de la tarde y Manuel, el camarero, le trajo precisamente el *Lisboa*. No había visto las pruebas aquel día, por lo que lo hojeó como si fuera un periódico desconocido. Leyó en la primera página: «Hoy ha salido de Nueva York el yate más lujoso del mundo.» Pereira se quedó mirando durante un rato el titular, después miró la fotografía. Era una imagen que retrataba a un grupo de personas en camisa y canotíe, que descorchaban botellas de champán. Pereira comenzó a sudar, sostiene, y pensó de nuevo en la resurrección de la carne. ¿Cómo?, pensó, si resucito, ¿tendré que encontrarme a gente como ésta con sus canotíes? Pensó que se iba a encontrar de verdad con aquella gente del velero en un puerto impreciso de la eternidad. Y la eternidad le pareció un lugar insoportable, sofocado por una cortina nebulosa de bochorno, con gente que hablaba en inglés y que brindaba exclamando: ¡Oh, oh! Pereira hizo que le trajeran otra limonada. Pensó si debería irse a casa para tomar un baño fresco o si no debería ir a buscar a su amigo párroco, don Antonio, de la Iglesia das Mercés, con quien se había confesado algunos años antes, cuando murió su mujer, y al que iba a ver una vez al mes. Pensó que lo mejor era ir a ver a don Antonio, quizá le sentara bien.

Y eso es lo que hizo. Sostiene Pereira que aquella vez se olvidó de pagar. Se levantó despreocupadamente, o más bien sin pensárselo, y se marchó, sencillamente, y sobre la mesa dejó el periódico y su sombrero, quizá porque con aquel bochorno no tenía ganas de ponérselo en la cabeza, o porque así era él, de esos que se olvidan las cosas.

El padre Antonio estaba agotado, sostiene Pereira. Tenía unas ojeras que le llegaban hasta las mejillas y parecía extenuado, como si no hubiera dormido. Pereira le preguntó qué le había ocurrido y el padre Antonio le dijo: Pero cómo, ¿no lo sabes?, han asesinado a un alentejano en su carreta, hay huelgas, aquí en la

ciudad y en otras partes, pero ¿en qué mundo vives, tú, que trabajas en un periódico?, mira, Pereira, ve a informarte, anda.

Pereira sostiene que salió turbado de aquel breve coloquio y de la manera en que había sido despedido. Se preguntó: ¿En qué mundo vivo? Y se le ocurrió la extravagante idea de que él, quizá, no vivía, sino que era como si estuviese ya muerto. Desde que había muerto su mujer, él vivía como si estuviera muerto. O, más bien, no hacía nada más que pensar en la muerte, en la resurrección de la carne, en la que no creía, y en tonterías de esa clase, la suya era sólo una supervivencia, una ficción de vida. Y se sintió exhausto, sostiene Pereira. Consiguió arrastrarse hasta la parada más cercana del tranvía y cogió uno que lo llevó hasta Terreiro do Paço. Y mientras tanto, por la ventanilla, veía desfilar lentamente su Lisboa, miraba la Avenida da Liberdade, con sus hermosos edificios, y después la Praça do Rossio, de estilo inglés; y en Terreiro do Paço se bajó y tomó el tranvía que subía hasta el castillo. Bajó a la altura de la catedral, porque él vivía allí cerca, en Rua da Saudade. Subió fatigosamente la rampa de la calle que le conducía hasta su casa. Llamó a la portera porque no tenía ganas de buscar las llaves del portal y la portera, que le hacía también de asistenta, fue a abrirle. Señor Pereira, dijo la portera, le he preparado una chuleta frita para cenar. Pereira le dio las gracias y subió lentamente la escalera, cogió la llave de casa de debajo del felpudo, donde la guardaba siempre, y entró. En el recibidor se detuvo delante de la estantería, donde estaba el retrato de su esposa. Aquella fotografía se la había hecho él, en mil novecientos veintisiete, había sido durante un viaje a Madrid y al fondo se veía el perfil macizo de El Escorial. Perdona si llego con un poco de retraso, dijo Pereira.

Sostiene Pereira que desde hacía tiempo había cogido la costumbre de hablar con el retrato de su esposa. Le contaba lo que había hecho durante el día, le confiaba sus pensamientos, le pedía consejos. No sé en qué mundo vivo, dijo Pereira al retrato, me lo ha dicho incluso el padre Antonio, el problema es que no hago otra cosa que pensar en la muerte, me parece que todo el mundo está muerto o a punto de morir. Y después Pereira pensó en el hijo que no habían tenido. Él sí lo hubiera querido, pero no podía pedirselo a aquella mujer frágil y enfermiza que pasaba las noches insomne y largos periodos en sanatorios. Y lo lamentó. Porque si hubiera tenido un hijo, un hijo mayor con el que sentarse ahora a la mesa y hablar, no habría necesitado hablar con aquel retrato que se remontaba a un viaje lejano del que ya casi no se acordaba. Y dijo: En fin, qué le vamos a hacer, que era su manera de despedirse del retrato de su esposa. Después entró en la cocina, se sentó a la mesa y retiró la tapadera que cubría la sartén con la chuleta frita. La chuleta estaba fría, pero no tenía ganas de calentarla. Se la comía siempre así, como se la había dejado la portera: fría. Comió rápidamente, entró en el baño, se lavó las axilas, se cambió de camisa, se puso una corbata negra y se echó un poco del perfume español que había quedado en un frasco comprado en mil novecientos veintisiete en Madrid. Después se puso una chaqueta gris y salió para ir a la Praça da Alegria, porque eran ya las nueve de la noche, sostiene Pereira.

Pereira sostiene que la ciudad parecía estar tomada por la policía, aquella tarde. Estaban por todas partes. Cogió un taxi hasta Terreiro do Paço y bajo los pórticos había camionetas y agentes con mosquetes. Tal vez temieran manifestaciones o concentraciones callejeras, y por eso vigilaban los puntos estratégicos de la ciudad. Hubiera querido continuar a pie, porque el cardiólogo le había dicho que le hacía falta ejercicio, pero no tuvo valor para pasar por delante de aquellos soldados siniestros, de modo que cogió el tranvía que recorría Rua dos Franqueiros y que terminaba en Praça da Figueira. Allí se bajó, sostiene, y se topó con más policías. Esta vez tuvo que pasar por delante de los pelotones y eso le produjo un ligero malestar. Al pasar, escuchó cómo un oficial decía a los soldados: Y recordad, muchachos, que los subversivos están siempre al acecho, conviene estar con los ojos bien abiertos.

Pereira miró a su alrededor, como si el consejo hubiera sido dirigido a él, y no le pareció que hubiera necesidad de estar con los ojos tan abiertos. La Avenida da Liberdade estaba tranquila, el quiosco de los helados estaba abierto y había algunas personas sentadas a las mesas tomando el fresco. Él se puso a pasear tranquilamente por la acera central y en ese momento, sostiene, comenzó a oír la música. Era una música dulce y melancólica, de guitarras de Coimbra, y encontró extraña aquella conjunción de música y policía. Pensó que venía de la Praça da Alegria, y efectivamente así era, porque, a medida que se acercaba, la música aumentaba de volumen.

La verdad es que no parecía la plaza de una ciudad en estado de sitio, sostiene Pereira, porque no se veía a la policía, es más, sólo vio a un vigilante nocturno que le pareció borracho y que dormitaba sobre un banco. La plaza estaba adornada con guirnaldas de papel, con farolillos coloreados, amarillos y verdes, que colgaban de alambres tendidos de una ventana a otra. Había algunas mesas al aire libre y algunas parejas que bailaban. Después vio una pancarta de tela colgando de dos árboles de la plaza con un enorme letrero: *Viva Francisco Franco*. Y debajo, en caracteres más pequeños: *Vivan los soldados portugueses en España*.

Sostiene Pereira que sólo en aquel momento comprendió que aquélla era una fiesta salazarista y que por eso no tenía necesidad de ser vigilada por la policía. Y sólo entonces se dio cuenta de que muchas personas llevaban la camisa verde y el pañuelo al cuello. Se detuvo horrorizado y pensó durante un instante en varias cosas distintas. Pensó que tal vez Monteiro Rossi fuera uno de ellos, pensó en el carretero alentejano que había manchado de sangre sus melones, pensó en lo que diría el padre Antonio si le viera en aquel lugar. Pensó en todo ello y se sentó en el banco donde dormitaba el vigilante nocturno, y se dejó llevar por sus pensamientos. O, mejor dicho, se dejó llevar por la música, porque la música, pese a todo, le gustaba. Había dos viejecitos tocando, uno la viola y el otro la guitarra, y tocaban conmovedoras melodías de la Coimbra de su juventud, de cuando él era un estudiante universitario y pensaba en la vida como en un porvenir radiante. Y en aquel tiempo él también tocaba la viola en las fiestas estudiantiles, y era delgado y ágil, y enamoraba a las chicas. Cuántas hermosas muchachas estaban locas por él. Y él, en cambio, se había apasionado por una muchachita frágil y pálida, que escribía poesías y que a menudo tenía dolores de cabeza. Y después pensó en otras cosas de su vida, pero éstas Pereira no quiere referirlas, porque sostiene que son suyas y solamente suyas y que no añaden nada ni a aquella noche ni a aquella fiesta a la que había ido a parar sin proponérselo. Y después, sostiene Pereira, en un determinado momento vio cómo un joven alto y delgado y con una camisa clara

se levantaba de una de las mesas y se colocaba entre los dos ancianos músicos. Y, quién sabe por qué, sintió una punzada en el corazón, quizá porque le pareció reconocerse en aquel joven, le pareció que se reencontraba a sí mismo en los tiempos de Coimbra, porque de algún modo se le parecía, no en los rasgos, sino en la manera de moverse y un poco en el pelo, que le caía a mechones sobre la frente. Y el joven comenzó a cantar una canción italiana: *O sole mio*, cuya letra Pereira no entendía, pero que era una canción llena de fuerza y de vida, hermosa y límpida, y él entendía sólo las palabras «o sole mio» y no entendía nada más, y mientras el joven cantaba, se había levantado de nuevo un poco de brisa atlántica y la velada era fresca, y todo le pareció hermoso, su vida pasada de la que no quiere hablar, Lisboa, la cúpula del cielo que se veía sobre los farolillos coloreados, y sintió una gran nostalgia, pero no quiere decir por qué, Pereira. Fuera como fuera, comprendió que aquel joven que cantaba era la persona con la que había hablado por teléfono aquella tarde, por ello, cuando éste hubo acabado de cantar, Pereira se levantó del banco, porque la curiosidad era más fuerte que sus reservas, se dirigió a la mesa y dijo al joven: El señor Monteiro Rossi, supongo. Monteiro Rossi hizo ademán de levantarse, chocó contra la mesa, la jarra de cerveza que tenía delante se cayó y él se manchó completamente sus bonitos pantalones blancos. Le pido perdón, farfulló Pereira. Es culpa mía, soy un desastre, dijo el joven, me sucede a menudo, usted es el señor Pereira del *Lisboa*, supongo, siéntese, se lo ruego. Y le tendió la mano.

Sostiene Pereira que se sentó a la mesa con sensación de desasosiego. Pensó que aquél no era un lugar para él, que era absurdo encontrarse con un desconocido en una fiesta nacionalista, que el padre Antonio no hubiera aprobado su conducta, y deseó estar ya de regreso en su casa y hablar con el retrato de su esposa para pedirle perdón. Y fueron todos esos pensamientos los que le dieron el coraje para hacer una pregunta directa, aunque no fuera más que para iniciar la conversación, y, sin pensárselo mucho, preguntó a Monteiro Rossi: Ésta es una fiesta de las juventudes salazaristas, ¿pertenece usted a las juventudes salazaristas?

Monteiro Rossi se echó hacia atrás el mechón de pelo que le caía sobre la frente y respondió: Soy licenciado en filosofía, me intereso por la filosofía y la literatura, pero ¿qué tiene que ver eso con el *Lisboa*? Tiene que ver, sostiene haber dicho Pereira, porque nosotros hacemos un periódico libre e independiente y no queremos meternos en política.

Mientras tanto, los dos viejecitos habían empezado de nuevo a tocar, de sus cuerdas melancólicas salía una canción franquista, pero Pereira, a pesar de su desazón, comprendió en aquel momento que ya había entrado en el juego y que tenía que jugar. Y extrañamente comprendió que podía hacerlo, que tenía en sus manos la situación, porque él era el señor Pereira, del *Lisboa*, y el jovencuelo que se hallaba delante de él estaba pendiente de sus labios. De modo que dijo: He leído su artículo sobre la muerte, me ha parecido muy interesante. He escrito una tesina sobre la muerte, respondió Monteiro Rossi, pero déjeme que le diga que no es todo harina de mi costal, el trozo que ha publicado la revista lo he copiado, se lo confieso, en parte de Feuerbach y en parte de un espiritualista francés, y ni siquiera mi profesor se ha dado cuenta de ello, ¿sabe?, los profesores son más ignorantes de lo que se cree. Pereira sostiene que lo pensó dos veces antes de hacer la pregunta que se había preparado durante toda la tarde, pero al final se decidió, y antes pidió una bebida al joven camarero con camisa verde que les atendía. Perdóneme, dijo a Monteiro Rossi, pero yo no bebo alcohol, bebo sólo limonada, tomaré una limonada. Y saboreando su limonada preguntó en voz baja, como si alguien pudiera oírlo y censurarlo: Pero a usted, perdone, a ver, quisiera preguntárselo, ¿a usted le interesa la muerte?

Monteiro Rossi esbozó una ancha sonrisa, y eso le incomodó, sostiene Pereira. Pero ¿qué dice, señor Pereira?, exclamó Monteiro Rossi en voz alta, a mí me interesa la vida. Y después continuó en voz más baja: Mire, señor Pereira, de la muerte estoy

bastante harto, hace dos años murió mi madre, que era portuguesa y trabajaba de profesora; murió de un día para otro, por un aneurisma en el cerebro, una palabra complicada para decir que estalla una vena, en fin, de repente; el año pasado murió mi padre, que era italiano y trabajaba como ingeniero naval en las dársenas del puerto de Lisboa, me dejó algo, pero ese algo se ha terminado ya, me queda una abuela que vive en Italia, pero no la he visto desde que tenía doce años y no tengo ganas de ir a Italia, me parece que la situación allí es incluso peor que la nuestra, de la muerte estoy harto, señor Pereira, perdóneme si soy sincero con usted, pero, además, ¿a qué viene esa pregunta?

Pereira bebió un trago de su limonada, se secó los labios con el dorso de la mano y dijo: Sencillamente porque en un periódico hay que escribir los elogios fúnebres de los escritores o una necrológica cada vez que muere un escritor importante, y las necrológicas no se pueden improvisar de un día para otro, hay que tenerlas ya preparadas, y yo estoy buscando a alguien que escriba necrológicas anticipadas para los grandes escritores de nuestra época, imagínese usted, si mañana se muriera Mauriac, a ver, ¿cómo resolvería yo la papeleta?

Pereira sostiene que Monteiro Rossi pidió otra cerveza. Desde que él había llegado, el joven se había tomado por lo menos tres, y llegados a ese punto, en su opinión, debía de estar ya un poco bebido, o por lo menos algo achispado. Monteiro Rossi se echó hacia atrás el mechón de pelo que le caía sobre la frente y dijo: Señor Pereira, sé varios idiomas y conozco a los escritores de nuestra época; a mí me gusta la vida, pero si usted quiere que hable de la muerte y me paga, de la misma forma que me han pagado esta noche por cantar una canción napolitana, puedo hacerlo, para pasado mañana le escribiré un elogio fúnebre de García Lorca, ¿qué me dice de García Lorca?, en el fondo es quien ha inventado la vanguardia española, así como nuestro Pessoa ha inventado la modernidad portuguesa, y además es un artista completo, se ha ocupado de poesía, música y pintura.

Pereira sostiene haber respondido que García Lorca no le parecía el personaje ideal, de todas formas se podía intentar, siempre que se hablara de él con mesura y cautela, refiriéndose únicamente a su figura de artista y sin tocar otros aspectos que podían resultar delicados, dada la situación. Y entonces, con la mayor naturalidad posible, Monteiro Rossi le dijo: Escuche, perdóneme que se lo pida así, yo le escribiré el elogio fúnebre de García Lorca, pero ¿no podría usted adelantarme algo? Necesito comprarme unos pantalones nuevos, éstos están totalmente manchados, y mañana tengo que salir con una chica que va a venir ahora a buscarme y a la que conocí en la universidad, es una compañera mía y a mí me gusta mucho, quisiera llevarla al cine.

La chica que llegó, sostiene Pereira, llevaba un sombrero de punto. Era muy bella, de tez clara, con los ojos verdes y los brazos torneados. Llevaba un vestido de tirantes que se entrecruzaban detrás de la espalda y que resaltaban sus hombros dulces y bien formados.

Ésta es Marta, dijo Monteiro Rossi, Marta, te presento al señor Pereira del *Lisboa*, me ha contratado esta noche, desde ahora soy periodista, como ves, he encontrado trabajo. Y ella dijo: Mucho gusto, Marta. Y después, volviéndose hacia Monteiro Rossi, le dijo: Quién sabe por qué he venido a una fiesta como ésta, pero ya que estoy aquí, ¿por qué no me sacas a bailar, tontorrón mío, que la música nos reclama y hace una noche magnífica?

Pereira se quedó solo en la mesa, sostiene, pidió otra limonada y se la fue bebiendo a pequeños sorbos mientras veía cómo los dos chicos bailaban lentamente, mejilla contra mejilla. Sostiene Pereira que en aquel momento pensó una vez más en su vida pasada, en los hijos que nunca había tenido, pero sobre este tema no desea efectuar ulteriores declaraciones. Después del baile, los chicos volvieron a sentarse a la mesa y Marta, como quien no quiere la cosa, dijo: Hoy he comprado el *Lisboa*, es una pena que no hable del alentejano a quien la policía asesinó sobre su carreta, habla de un yate americano, no es una noticia interesante, me parece. Y Pereira, que sintió una injustificada sensación de culpa, respondió: El director está de vacaciones, está en las termas, yo me ocupo sólo de la página cultural, porque verá, el *Lisboa* tendrá desde la semana que viene una página cultural, la dirijo yo.

Marta se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa. Del sombrero salió una cascada de cabellos castaños con reflejos pelirrojos, sostiene Pereira, parecía tener algún año más que su compañero, veintiséis o veintisiete años quizá, de modo que le preguntó: Y usted ¿a qué se dedica? Escribo cartas comerciales para una empresa de exportación e importación, respondió Marta, trabajo sólo por las mañanas, así que por la tarde puedo leer, pasear y ver de vez en cuando a Monteiro Rossi. Pereira sostiene que le pareció extraño que ella llamara al joven Monteiro Rossi por sus apellidos, como si fueran solamente colegas de trabajo, de todas formas no objetó nada y cambiando de tema dijo, por decir algo: Pensaba que era usted de las juventudes salazaristas. ¿Y usted?, replicó Marta. Bueno, dijo Pereira, mi juventud hace ya bastante que se esfumó, en lo que se refiere a la política, aparte de que no me interesa mucho, no me gustan las personas fanáticas, me parece que el mundo está lleno de fanáticos. Hay que distinguir entre fanatismo y fe, respondió Marta, porque uno puede tener ideales, por ejemplo que los hombres sean libres e iguales, e incluso hermanos; permíteme, pero en el fondo me estoy limitando a recordar la revolución francesa, ¿cree usted en la revolución francesa? Teóricamente sí, respondió Pereira; y se arrepintió de ese teóricamente, porque hubiera querido decir: En la práctica, sí; pero en el fondo había dicho lo que pensaba. Y en aquel momento los viejecitos de la viola y la guitarra comenzaron a tocar un vals en fa, y Marta dijo: Señor Pereira, me gustaría bailar este vals con usted. Pereira se levantó, sostiene, le ofreció el brazo y la condujo hasta la pista de baile. Y bailó aquel vals casi con arrobamiento, como si su tripa y toda su carne hubieran desaparecido como por encanto. Y mientras tanto miraba al cielo por encima de los farolillos coloreados de la Praça da Alegria, y se sintió minúsculo, confundido con el universo. Hay un hombre obeso y entrado en años que baila con una joven en una plaza cualquiera del universo, pensó, y entretanto los astros giran, el universo está en movimiento, y tal vez alguien nos esté mirando desde un observatorio infinito. Después volvieron a su mesa y Pereira, sostiene, pensaba:

¿Por qué no habré tenido hijos? Pidió otra limonada, esperando que le sentara bien, porque aquella tarde, con aquel calor atroz, había tenido problemas con sus intestinos. Y mientras tanto Marta charlaba con total desenvoltura, y decía: Monteiro Rossi me ha hablado de su proyecto periodístico, me parece una buena idea, hay un montón de escritores que ya es hora de que desaparezcan, por suerte ese insoportable Rapagnetta que se hacía llamar D'Annunzio nos dejó hace algunos meses, pero está también esa beatona de Claudel, ya basta de Claudel, ¿no le parece?, y claro, su periódico, que me parece de tendencia católica, tendría mucho gusto en hablar de él, y después está ese truhán de Marinetti, qué odioso personaje, después de haber cantado a la guerra y a los obuses, se ha unido a las camisas negras de Mussolini, sería una bendición que él también nos dejara. Pereira empezó a sudar ligeramente, sostiene, y susurró: Señorita, baje la voz, no sé si es consciente del lugar en el que nos hallamos. Y entonces Marta se volvió a poner el sombrero y dijo: Bueno, ya estoy harta de este sitio, me está poniendo nerviosa, verá como dentro de poco empezarán a entonar marchas militares, es mejor que le deje con Monteiro Rossi, seguro que tendrán cosas de que hablar, mientras tanto me voy a acercar al Tajo, necesito respirar aire fresco, buenas noches, hasta pronto.

Sostiene Pereira que se sintió más aliviado, acabó su limonada y tuvo la tentación de pedir otra, pero estaba indeciso, porque no sabía cuánto tiempo más querría quedarse Monteiro Rossi. De modo que preguntó: ¿Qué le parece si tomamos algo más de beber? Monteiro Rossi aceptó, dijo que tenía toda la noche a su disposición y que tenía ganas de hablar de literatura, tenía tan pocas ocasiones para ello, habitualmente hablaba de filosofía, la gente que conocía se ocupaba exclusivamente de filosofía. Y en ese momento a Pereira le vino a la cabeza una frase que le decía siempre su tío, que era un escritor fracasado, y la repitió. Dijo: La filosofía parece ocuparse sólo de la verdad, pero quizá no diga más que fantasías, y la literatura parece ocuparse sólo de fantasías, pero quizá diga la verdad. Monteiro Rossi sonrió y dijo que le parecía una buena definición para ambas disciplinas. De modo que Pereira le preguntó: ¿Y qué opina de Bernanos? Monteiro Rossi pareció un poco desorientado al principio, y preguntó: ¿El escritor católico? Pereira asintió con un gesto de la cabeza y Monteiro Rossi dijo en voz baja: Escuche, señor Pereira, yo, como le he dicho hoy por teléfono, no es que piense mucho en la muerte y tampoco pienso demasiado en el catolicismo, sabe, mi padre era ingeniero naval, era un hombre práctico, que creía en el progreso y en la técnica, me dio una educación de ese tipo, era italiano, es verdad, pero quizá me educara un poco a la inglesa, con una visión pragmática de la realidad; la literatura me gusta, pero quizá nuestros gustos no coincidan, por lo menos en lo que se refiere a ciertos escritores, pero tengo mucha necesidad de trabajar, y estoy dispuesto a escribir necrológicas anticipadas de todos los escritores que usted desee, mejor dicho, que desee la dirección de su periódico. Fue entonces cuando Pereira, sostiene Pereira, tuvo un arranque de orgullo. Le pareció impertinente que aquel jovenzuelo pretendiera darle una lección de ética profesional, en suma, le encontró arrogante. Y entonces decidió adoptar él también un tono arrogante y respondió: Yo no dependo de mi director en mis gustos literarios, la página cultural la dirijo yo y yo elijo a los escritores que me interesan, por ello he decidido confiarle esta tarea y le dejo campo libre, he querido sugerirle Bernanos y Mauriac porque me gustan, pero no he pretendido imponerle nada, decida usted, haga lo que le parezca. Sostiene Pereira que inmediatamente se arrepintió de exponerse tanto, de arriesgarse de aquella manera ante el director dejando vía libre a aquel jovenzuelo al que no conocía y que le había confesado con candidez que había copiado su tesina. Por un instante se sintió en una trampa, comprendió que se había metido en una situación estúpida él solito. Pero por fortuna Monteiro Rossi retomó la conversación y empezó a hablar de Bernanos, al que aparentemente conocía bastante bien. Y después dijo: Bernanos es un hombre valiente, no tiene miedo de hablar de las profundidades de su alma. Y ante aquella palabra, alma, Pereira se sintió renacer, sostiene, fue como si un bálsamo le hubiera aliviado de

una enfermedad, de modo que preguntó, un poco estúpidamente: ¿Usted cree en la resurrección de la carne? No he pensado nunca en ello, respondió Monteiro Rossi, no es un problema que me interese, le aseguro que no es un problema que me interese, podría acercarme mañana a la redacción, le podría hacer una necrológica anticipada de Bernanos, pero francamente preferiría un elogio fúnebre de García Lorca. Claro, dijo Pereira, la redacción soy yo, estoy en Rua Rodrigo da Fonseca número sesenta y seis, cerca de la Alexandre Herculano, a dos pasos de la carnicería judía, si se encuentra a la portera en la escalera no se asuste, es una bruja, dígame que tiene una cita con el señor Pereira, y no hable demasiado con ella, debe de ser una confidente de la policía.

Pereira sostiene que no sabe por qué dijo aquello, quizá simplemente porque detestaba a la portera y a la policía salazarista, el hecho es que le salió así, pero no fue por crear una complicidad ficticia con aquel jovenzuelo a quien aún no conocía; no fue por eso, el motivo exacto no lo sabe, sostiene Pereira.

A la mañana siguiente, cuando Pereira se levantó, sostiene, en la cocina había una tortilla de queso entre dos rebanadas de pan. Eran las diez, y la mujer de la limpieza venía a las ocho. Evidentemente se la había preparado para que se la llevara a la redacción, para la hora de comer. Piedade conocía muy bien sus gustos, y Pereira adoraba la tortilla de queso. Bebió una taza de café, se bañó y se puso una chaqueta, pero decidió que no se pondría corbata. Sin embargo se la metió en el bolsillo. Antes de salir se detuvo ante el retrato de su esposa y le dijo: He conocido a un chico que se llama Monteiro Rossi y he decidido contratarlo como colaborador externo para que me haga necrológicas anticipadas, creía que iba a ser un chico muy despierto, pero me parece que más bien es un poco pasmado, podría tener la edad de nuestro hijo, si hubiéramos tenido un hijo, se me parece un poco, le cae un mechón de pelo sobre la frente, ¿te acuerdas de cuando a mí también me caía un mechón de pelo sobre la frente?, era en los tiempos de Coimbra, bueno, no sé qué decirte, ya veremos, hoy va a venir a verme a la redacción, dijo que me iba a traer una necrológica, sale con una chica muy guapa que se llama Marta y que es pelirroja, pero se las da de listilla, y habla de política, en fin, qué le vamos a hacer, ya veremos.

Cogió el tranvía hasta la Rua Alexandre Herculano y después subió fatigosamente a pie hasta la Rua Rodrigo de Fonseca. Cuando llegó delante del portal estaba empapado de sudor, porque era un día tórrido. En el zaguán, como de costumbre, se encontró con la portera, quien le dijo: Buenos días, señor Pereira. Pereira la saludó con un movimiento de cabeza y subió la escalera. Apenas entró en la redacción, se quedó en mangas de camisa y encendió el ventilador. No sabía qué hacer y eran casi las doce. Se le ocurrió comerse su pan con tortilla, pero era todavía pronto. Entonces se acordó de la sección «Efemérides» y se puso a escribir. «Se cumplen tres años de la desaparición del gran poeta Fernando Pessoa. Hombre de cultura inglesa, había decidido escribir en portugués porque sostenía que su patria era la lengua portuguesa. Nos ha dejado bellísimas poesías dispersas en revistas y un largo poema, *Mensaje*, que es la historia de Portugal vista por un gran artista que amaba a su patria.» Releyó lo que había escrito y le pareció nauseabundo, la palabra es nauseabundo, sostiene Pereira. Entonces arrojó la hoja a la papelería y escribió: «Fernando Pessoa nos dejó hace tres años. Son pocos los que han sabido de él, casi nadie, en realidad. Vivió en Portugal como un extranjero, tal vez porque era un extranjero en todas partes. Vivía solo, en modestas pensiones o habitaciones alquiladas. Le recuerdan sus amigos, sus compañeros, aquellos que aman la poesía.»

Después cogió el pan con la tortilla y le dio un mordisco. En ese momento oyó que llamaban a la puerta, escondió el pan y la tortilla en un cajón, se limpió la boca con una hoja de papel de la máquina de escribir y dijo: Adelante. Era Monteiro Rossi. Buenos días, señor Pereira, dijo Monteiro Rossi, perdóneme, quizá me haya adelantado, pero es que le he traído una cosa, verá usted, ayer por la noche, al volver a casa, me vino la inspiración, y además he pensado que aquí en el periódico quizá se pudiera comer algo. Pereira le explicó con paciencia que aquella habitación no era el periódico, era sólo la redacción cultural, una sección aparte, y que él, Pereira, era la redacción cultural, creía que se lo había dicho ya, era sólo una habitación con un escritorio y un ventilador, porque el *Lisboa era* un pequeño periódico de la tarde. Monteiro Rossi se sentó y sacó una hoja doblada en cuatro. Pereira la cogió y se puso a leerla. Impublicable, sostiene Pereira, era un artículo totalmente impublicable. Describía la muerte de García Lorca y empezaba así: «Hace dos años, en circunstancias oscuras, nos dejó el gran poeta español Federico

García Lorca. Se sospecha de sus adversarios políticos porque fue asesinado. Todo el mundo se pregunta todavía cómo fue posible una atrocidad semejante.»

Pereira alzó la cabeza de la hoja y dijo: Querido Monteiro Rossi, usted es un novelista espléndido, pero mi periódico no es el lugar apropiado para escribir novelas, en los periódicos se escriben cosas que corresponden a la verdad o que se asemejan a la verdad, de un escritor no debe usted decir cómo ha muerto, en qué circunstancias o por qué, debe decir simplemente que ha muerto y después debe usted hablar de su obra, de sus novelas y de sus poesías, escribiendo una necrológica, claro está, pero en el fondo se debe escribir una crítica, un retrato del hombre y de su obra, lo que usted ha escrito es perfectamente inutilizable, la muerte de García Lorca sigue siendo un misterio, ¿y si las cosas no hubieran sucedido así?

Monteiro Rossi objetó que Pereira no había acabado de leer el artículo, más adelante se hablaba de la obra, de la figura, de la dimensión humana y artística. Pereira, pacientemente, continuó con la lectura. Peligroso, sostiene, el artículo era peligroso. Hablaba de la España profunda, de la catolicísima España, que García Lorca había tomado como blanco de sus dardos en *La casa de Bernarda Alba*, hablaba de La Barraca, el teatro ambulante que García Lorca había llevado al pueblo. Y a continuación venía todo un elogio del pueblo español, que tenía sed de cultura y de teatro, que García Lorca había apagado. Pereira levantó la cabeza del artículo, sostiene, se pasó la mano por el pelo, se recogió las mangas de la camisa y dijo: Querido Monteiro Rossi, permítame que sea franco con usted, su artículo es impublicable, totalmente impublicable. No es que yo no pueda publicarlo, es que ningún periódico portugués podría publicarlo, y tampoco ningún periódico italiano, visto que Italia es su país de origen; hay dos posibilidades: o es usted un inconsciente o es usted un provocador, y el periodismo que se hace hoy en día en Portugal no prevé ni inconscientes ni provocadores, y eso es todo.

Sostiene Pereira que mientras decía eso sentía un hilo de sudor que le bajaba por la espalda. ¿Por qué comenzó a sudar? Quién sabe. Eso no es capaz de decirlo con exactitud. Tal vez porque hacía muchísimo calor, eso está fuera de duda, y el ventilador no era suficiente para refrescar aquel cuarto angosto. Pero también porque, tal vez, le daba pena aquel jovenzuelo que le miraba con aire pasmado y desilusionado y que había empezado a morderse las uñas mientras él hablaba. De modo que no tuvo valor para decirle: Qué le vamos a hacer, era una prueba, pero no ha funcionado, buenos días. En vez de ello se quedó mirando a Monteiro Rossi con los brazos cruzados y Monteiro Rossi dijo: Lo reescribiré, para mañana se lo reescribo. Eso sí que no, halló fuerzas para decir Pereira, nada de García Lorca, por favor, hay demasiados aspectos de su vida y de su muerte que no se corresponden con un periódico como el *Lisboa*, no sé si comprende usted, querido Monteiro Rossi, que en este momento en España hay una guerra civil, que las autoridades portuguesas piensan lo mismo que el general Francisco Franco; y que García Lorca era un subversivo, ésa es la palabra, subversivo.

Monteiro Rossi se levantó como si le hubiera dado miedo aquella palabra, retrocedió hasta la puerta, se detuvo, avanzó un paso y después dijo: Pero yo creía que había encontrado un trabajo. Pereira no respondió y sintió que un hilo de sudor le bajaba por la espalda. ¿Y entonces qué es lo que tengo que hacer?, susurró Monteiro Rossi con una voz que parecía implorante. Pereira se levantó a su vez, sostiene, y fue a colocarse frente al ventilador. Permaneció un par de minutos en silencio dejando que el aire fresco le secara la camisa. Debe hacerme una necrológica de Mauriac, respondió, o de Bernanos, lo dejo a su elección, no sé si me he explicado.

Pero he estado trabajando toda la noche, balbució Monteiro Rossi, esperaba que me pagase, en el fondo no pido mucho, sólo para poder comer hoy. Pereira hubiera querido decirle que la noche anterior le había adelantado ya dinero para que se comprara un par de pantalones nuevos, y que evidentemente no se podía pasar todo el día dándole dinero, porque no era su padre. Hubiera querido ser firme y

duro. Y en cambio dijo: Si su problema es la comida de hoy, no se preocupe, puedo invitarle a comer, yo tampoco he comido y tengo algo de apetito, me gustaría tomarme un buen pescado a la plancha o una escalopa empanada, ¿qué le parece?

¿Por qué dijo eso Pereira? ¿Porque estaba solo y aquella habitación le angustiaba, porque de verdad tenía hambre, porque pensó en el retrato de su esposa, o por alguna otra razón? Eso no sabría decirlo, sostiene Pereira.

Y, a pesar de todo, Pereira le invitó a comer, sostiene, y escogió un restaurante del Rossio. Le pareció la elección más adecuada para ellos, porque en el fondo eran dos intelectuales y aquél era el café y el restaurante de los literatos, en los años veinte había sido famoso, en sus mesas habían nacido las revistas de vanguardia, en resumen, que allí iban todos, y quizá alguno siguiera yendo todavía.

Bajaron en silencio por la Avenida da Liberdade y llegaron al Rossio. Pereira escogió una mesa en el interior, porque fuera, bajo el toldo, hacía demasiado calor. Miró a su alrededor, pero no vio a ningún literato, sostiene. Los literatos están todos de vacaciones, dijo para romper el silencio, tal vez estén veraneando, algunos en la playa, otros en el campo, en la ciudad sólo quedamos nosotros. Quizá simplemente estén en su casa, respondió Monteiro Rossi, no deben de tener muchas ganas de salir por ahí, con los tiempos que corren. Pereira sintió una cierta melancolía, sostiene, pensando en aquella frase.

Comprendió que estaban solos, que no había nadie cerca con quien poder compartir su angustia, en el restaurante había dos señoras con sombrerito y cuatro hombres de aspecto siniestro en una esquina. Pereira eligió una mesa aislada, se colocó la servilleta en el cuello de la camisa, como hacía siempre, y pidió vino blanco. Me apetece tomarme un aperitivo, explicó a Monteiro Rossi, normalmente no tomo alcohol, pero ahora necesito un aperitivo. Monteiro Rossi pidió una cerveza de barril y Pereira le preguntó si no le gustaba el vino blanco. Prefiero la cerveza, respondió Monteiro Rossi, está más fresca y es más ligera, y además no entiendo de vinos. Pues es una pena, susurró Pereira, si quiere usted convertirse en un buen crítico debe refinar sus gustos, debe cultivarse, debe aprender a conocer los vinos, la gastronomía, el mundo. Y después añadió: Y la literatura. Y en ese momento Monteiro Rossi musitó: Tendría que confesarle una cosa, pero no me atrevo. Pues dígamela, dijo Pereira, haré como que no me entero. Más tarde, dijo Monteiro Rossi.

Pereira pidió una dorada a la plancha, sostiene, y Monteiro Rossi un gazpacho y después arroz a la marinera. El arroz llegó en una enorme cazuela de barro, de la que Monteiro Rossi se sirvió tres veces, se lo comió todo, y eso que era una ración enorme. Y después se echó para atrás el mechón de pelo que le caía sobre la frente y dijo: Me comería un helado, o quizá simplemente un sorbete de limón. Pereira calculó mentalmente lo que le iba a costar aquella comida y llegó a la conclusión de que buena parte de su sueldo semanal se le iba a ir en aquel restaurante en donde había creído que iba a encontrarse con los literatos de Lisboa y donde, en cambio, no había más que dos viejecitas con sombrerito y cuatro figuras siniestras en una mesa de una esquina. Empezó a sudar otra vez y se quitó la servilleta del cuello de la camisa, pidió agua mineral helada y un café, después, fijando su mirada en los ojos de Monteiro Rossi, le dijo: Y ahora confíeseme eso que quería confesarme antes de comer. Sostiene Pereira que Monteiro Rossi se puso a mirar al techo, luego le miró y esquivó su mirada, después tosió y enrojeció como un niño, y respondió: Me siento un poco incómodo, perdóneme. No hay nada de lo que avergonzarse en este mundo, dijo Pereira, salvo de haber robado o haber deshonrado al padre o a la madre. Monteiro Rossi se secó la boca con la servilleta como si quisiera impedir que las palabras salieran, se echó para atrás el mechón de pelo de la frente y dijo: No sé cómo decírselo, ya sé que usted exige profesionalidad, que yo debería pensar con el cerebro, pero el hecho es que he preferido seguir otras razones. Explíquese mejor, le instó Pereira. Bueno, balbuceó Monteiro Rossi, verá, la verdad es que... la verdad es que seguí las razones del

corazón, quizá no hubiera debido, quizá ni siquiera lo quisiera, pero fue más fuerte que yo, le juro que habría sido capaz de escribir una necrológica sobre García Lorca con las razones de la inteligencia, pero fue más fuerte que yo. Se secó otra vez la boca con la servilleta y añadió: Y además estoy enamorado de Marta. Y eso ¿qué tiene que ver?, objetó Pereira. No lo sé, respondió Monteiro Rossi, quizá nada, pero eso también es una *razón* del corazón, ¿no le parece?, a su modo, eso es también un problema. El problema es que usted no debería meterse en problemas que son más grandes que usted, hubiera querido responder Pereira. El problema es que el mundo es un problema y seguramente no seremos ni usted ni yo quienes lo resolvamos, hubiera querido decirle Pereira. El problema es que es usted joven, demasiado joven, podría ser mi hijo, hubiera querido decirle Pereira, pero no me gusta que usted me tome por su padre, yo no estoy aquí para resolver sus contradicciones. El problema es que entre nosotros ha de haber una relación correcta y profesional, hubiera querido decirle Pereira, y que debe usted aprender a escribir, porque, de otro modo, si escribe con las razones del corazón, va usted a tropezarse con grandes complicaciones, se lo puedo asegurar.

Pero no dijo nada de todo eso. Encendió un cigarro, se secó con la servilleta el sudor que le bajaba por la frente, se desabrochó el primer botón de la camisa y dijo: Las razones del corazón son las más importantes, es necesario seguir siempre las razones del corazón, esto no lo dicen los diez mandamientos, pero se lo digo yo, de todos modos hay que tener los ojos muy abiertos, a pesar de todo, corazón, sí, estoy de acuerdo, pero también ojos bien abiertos, querido Monteiro Rossi, y con esto ha terminado nuestro almuerzo, en los próximos tres o cuatro días no me llame, le dejo todo este tiempo para reflexionar y para hacer una cosa como Dios manda, pero como Dios manda, ¿de acuerdo?, llámeme el próximo sábado a la redacción, hacia las doce del mediodía.

Pereira se levantó y le dio la mano diciéndole adiós. ¿Por qué le dijo esas cosas cuando hubiera querido recriminarle, incluso despedirle? Pereira no sabe decirlo. ¿Tal vez porque el restaurante estaba desierto, porque no había visto a ningún literato, porque se sentía solo en aquella ciudad y tenía necesidad de un cómplice y de un amigo? Quizá por estas razones y por otras más que no sabe explicar. Es difícil tener convicciones precisas cuando se habla de las razones del corazón, sostiene Pereira.

El viernes siguiente, cuando llegó a la redacción con una bolsa con su pan y tortilla, Pereira vio, sostiene, un sobre que sobresalía del buzón del *Lisboa*. Lo cogió y se lo puso en el bolsillo. En el rellano del primer piso se encontró con la portera, quien le dijo: Buenos días, señor Pereira, hay una carta para usted, una carta urgente, la ha traído el cartero a las nueve, he tenido que firmar yo. Pereira borbotó gracias entre dientes y siguió subiendo las escaleras. Espero que no me traiga problemas, continuó la portera, visto que no tiene remite, a ver si luego van a decir que la responsabilidad es mía. Pereira bajó tres peldaños, sostiene, y la miró a la cara. Escuche, Celeste, dijo Pereira, usted es la portera y eso basta, a usted le pagan para ser portera y recibe un sueldo de los inquilinos de este edificio, entre estos inquilinos se encuentra también mi periódico, pero usted tiene el defecto de meter las narices en asuntos que no le atañen, por lo tanto la próxima vez que llegue una carta urgente para mí, usted no la firme y no la mire, dígame al cartero que vuelva a pasar más tarde y que me la entregue personalmente. La portera apoyó en la pared la escoba con la que estaba limpiando el rellano y puso las manos en jarras. Señor Pereira, dijo, usted cree que puede hablarme así porque soy una simple portera, pero sepa usted que yo tengo amistades en lo más alto, personas que me pueden proteger de su mala educación. Ya lo supongo, es más, lo sé, sostiene haber dicho Pereira, y eso es precisamente lo que no me gusta, y ahora, muy buenos días.

Cuando abrió la puerta de su despacho, Pereira se sentía agotado y estaba empapado de sudor. Encendió el ventilador y se sentó a su escritorio. Depositó el pan y la tortilla sobre una hoja de la máquina de escribir y sacó la carta del bolsillo. En el sobre estaba escrito: Señor Pereira, *Lisboa*, Rua Rodrigo da Fonseca, 66, Lisboa. Era una caligrafía elegante en tinta azul. Pereira dejó la carta junto a la tortilla y encendió un cigarro. El cardiólogo le había prohibido fumar, pero ahora le apetecía dar un par de caladas, tal vez después lo apagaría. Pensó que abriría la carta más tarde, porque lo primero era organizar la página cultural para el día siguiente. Pensó en revisar el artículo que había escrito acerca de Pessoa para la sección «Efemérides», pero después decidió que ya estaba bien como estaba. Entonces se puso a leer el cuento de Maupassant que él mismo había traducido para ver si encontraba algo que corregir. No encontró nada. El cuento estaba perfecto y Pereira se congratuló. Eso hizo que se sintiera un poco mejor, sostiene. Después sacó del bolsillo de la chaqueta un retrato de Maupassant que había encontrado en una revista de la biblioteca municipal. Era un retrato a lápiz, obra de un pintor francés desconocido.

Maupassant tenía un aire de desesperación, con la barba descuidada y los ojos perdidos en el vacío, y Pereira pensó que era perfecto para acompañar el cuento. Además era un cuento de amor y de muerte, requería un retrato que tendiera a lo trágico. Era necesario insertar una cuña en medio del artículo, con los datos biográficos básicos de Maupassant. Pereira abrió el *Larousse* que tenía sobre el escritorio y se puso a copiar. Escribió: «Guy de Maupassant, 1850-1893. Como su hermano Hervé, heredó de su padre una enfermedad de origen venéreo que le condujo primero a la locura y después, todavía joven, a la muerte. Participó a los veinte años en la guerra franco-prusiana, trabajó en el ministerio de la marina. Escritor de talento y visión satírica, describe en sus relatos las debilidades y la bellaquería de cierta parte de la sociedad francesa. Escribió también novelas de gran éxito como *Bel-Ami* y el relato fantástico *El Horla*. Presa de ataques de locura, fue internado en la clínica del doctor Blanche, donde murió pobre y abandonado.»

Después cogió el pan y la tortilla y dio dos o tres mordiscos. El resto lo tiró a la

papelera porque no tenía hambre, hacía demasiado calor, sostiene. En ese momento abrió la carta. Era un artículo escrito a máquina, en papel de seda, y el título decía: *Ha muerto Filippo Tommaso Marinetti*. A Pereira le dio un vuelco el corazón porque sin mirar la otra página comprendió que quien escribía era Monteiro Rossi y porque comprendió inmediatamente que aquel artículo no servía para nada, era un artículo inútil, él hubiera querido una necrológica sobre Bernanos o Mauriac, quienes probablemente creían en la resurrección de la carne, pero aquella era una necrológica de Filippo Tommaso Marinetti, quien creía en la guerra, y Pereira se puso a leerlo. Efectivamente, el artículo era para tirarlo, pero Pereira no lo tiró, quién sabe por qué, lo conservó y por eso puede aportarlo como documentación. Comenzaba así: «Con Marinetti desaparece un violento, porque la violencia era su musa. Había comenzado en 1909 con la publicación de un *Manifiesto futurista* en un periódico de París, manifiesto en el que exaltaba los mitos de la guerra y la violencia. Enemigo de la democracia, belicoso y belicista, exaltó después la guerra en un extravagante poemilla titulado *Zang Tumb Tumb*, una descripción fónica de la guerra de África del colonialismo italiano. Y su fe colonialista le llevó a exaltar la empresa italiana en Libia. Escribió, entre otras cosas, un manifiesto repulsivo: *Guerra única higiene del mundo*. Sus fotografías nos muestran a un hombre en pose arrogante, de bigotes rizados y con una casaca de académico repleta de medallas. El fascismo italiano le concedió muchas, porque Marinetti fue uno de sus más fervientes defensores. Con él desaparece un oscuro personaje, un pendenciero...»

Pereira dejó de leer la parte escrita a máquina y pasó a la carta, porque el artículo venía acompañado de una carta escrita a mano. Decía: «Distinguido señor Pereira: he seguido las razones del corazón, pero no es culpa mía. Además, usted mismo me dijo que las razones del corazón son las más importantes. No sé si es una necrológica publicable y, por otro lado, puede que Marinetti siga en danza otros veinte años, quién sabe. De cualquier modo, si quiere mandarme algo, se lo agradecería. Yo por ahora no puedo pasar por la redacción, sería largo de explicar el porqué. Si desea mandarme una pequeña suma a su discreción puede introducirla en un sobre a mi nombre y expedirla al apartado de correos 202, Central de Correos, Lisboa. Yo daré señales de vida por teléfono. Los mejores saludos y deseos de su Monteiro Rossi.»

Pereira introdujo la necrológica y la carta en una carpeta del archivo y escribió en ésta: *Necrológicas*. Después se puso la chaqueta, numeró las páginas del cuento de Maupassant, recogió sus hojas de la mesa y salió para llevar el material a imprenta. Sudaba, se sentía incómodo y esperaba no encontrarse con la portera en la escalera, sostiene.

Aquel sábado por la mañana, a las doce en punto, sostiene Pereira, sonó el teléfono. Aquel día Pereira no se había llevado a la redacción su pan con tortilla, por un lado porque intentaba saltarse de vez en cuando una comida, como le había aconsejado el cardiólogo, por otro, porque, si no resistía el hambre, le quedaba el recurso de tomarse una *omelette* en el Café Orquídea.

Buenos días, señor Pereira, dijo la voz de Monteiro Rossi, soy Monteiro Rossi. Estaba esperando su llamada, dijo Pereira, ¿dónde se encuentra usted? Estoy fuera de la ciudad, dijo Monteiro Rossi. Perdone, insistió Pereira, está fuera de la ciudad, pero ¿dónde? Fuera de la ciudad, respondió Monteiro Rossi. Pereira sintió una ligera irritación, sostiene, por aquella manera de hablar tan cautelosa y formal. Hubiera deseado de Monteiro Rossi una mayor cordialidad y también una mayor gratitud, pero contuvo su irritación y dijo: Le he mandado algún dinero a su apartado de correos. Gracias, dijo Monteiro Rossi, pasaré a recogerlo. Y no añadió nada más. Entonces Pereira le preguntó: ¿Cuándo tiene intención de venir por la redacción?, quizá sería oportuno que hablásemos personalmente. No sé cuándo me será posible pasar por allí, replicó Monteiro Rossi, la verdad es que le estaba escribiendo precisamente una nota para que fijáramos una cita en un sitio cualquiera, pero, si es posible, que no sea en la redacción. Fue entonces cuando a Pereira le pareció entender que había algo que no andaba bien, sostiene, y bajando la voz, como si alguien, además de Monteiro Rossi, pudiera oírle, preguntó: ¿Tiene usted algún problema? Monteiro Rossi no contestó y Pereira pensó que no le había entendido. ¿Tiene usted algún problema?, repitió Pereira. En cierto sentido, sí, dijo la voz de Monteiro Rossi, pero lo mejor es que no hablemos de ello por teléfono, ahora mismo le escribo una nota para que fijemos una cita a mediados de semana, en efecto, tengo necesidad de usted, señor Pereira, de su ayuda, pero se lo diré personalmente, y ahora, si me disculpa, estoy llamando desde un lugar incómodo y tengo que colgar, tenga usted paciencia, señor Pereira, ya hablaremos en persona, hasta pronto.

El teléfono hizo clic y Pereira colgó a su vez. Se sentía inquieto, sostiene. Meditó sobre lo que debía hacer y tomó unas cuantas decisiones. En primer lugar, bajaría a tomar una limonada al Café Orquídea y después aprovecharía para comerse una *omelette*. Después, por la tarde, cogería un tren para Coimbra e iría a las termas de Buçaco. Claro está, se iba a encontrar con su director, era inevitable, y Pereira no tenía ningunas ganas de hablar con él, pero tendría una buena excusa para no permanecer en su compañía, porque en las termas estaba su amigo Silva, que pasaba allí las vacaciones y quien le había invitado repetidas veces. Silva era un antiguo compañero de clase de Coimbra, ahora enseñaba literatura en la universidad de aquella ciudad, era un hombre culto, sensato, tranquilo y soltero, sería un placer pasar dos o tres días con él. Y además bebería el agua benéfica de las termas, pasearía por el parque y tal vez pudiera tomar algunas inhalaciones, porque su respiración era penosa, especialmente cuando subía las escaleras tenía que respirar con la boca abierta.

Dejó una nota pegada a la puerta: «Volveré a mediados de semana, Pereira.» Por suerte no se encontró con la portera en la escalera y eso le confortó. Salió a la luz deslumbrante del día y se dirigió al Café Orquídea. Cuando pasaba por delante de la carnicería judía vio una aglomeración de gente y se detuvo. Advirtió que el escaparate estaba destrozado y que la pared estaba cubierta de pintadas que el carnicero estaba borrando con pintura blanca. Atravesó el grupo de gente y se acercó al carnicero, le conocía bien, era el joven Mayer, había conocido también a

su padre, con quien iba a menudo a tomar una limonada a los cafés del paseo que bordeaba el río. Después el viejo Mayer había muerto y había dejado la carnicería a su hijo David, un chicarrón corpulento, con una barriga prominente a pesar de su joven edad, y aspecto jovial. David, preguntó Pereira acercándose, ¿qué ha ocurrido? Ya lo ve usted, señor Pereira, respondió David secándose con su delantal de carnicero las manos manchadas de pintura, vivimos en un mundo de vándalos, ha sido obra de vándalos. ¿Ha llamado a la policía?, preguntó Pereira. ¡Menuda ocurrencia!, exclamó David, ¡menuda ocurrencia! Y se puso de nuevo a borrar las pintadas con pintura blanca. Pereira se dirigió hacia el Café Orquídea y se sentó dentro, delante del ventilador. Pidió una limonada y se quitó la chaqueta. ¿Ha oído lo que está pasando, señor Pereira? Pereira abrió los ojos e interpeló: ¿La carnicería judía? Pero ¿de qué carnicería judía habla?, respondió Manuel mientras se iba, hay cosas peores.

Pereira pidió una *omelette* a las finas hierbas y se la comió con calma. El *Lisboa* no saldría hasta las cinco de la tarde, y él no tendría tiempo de leerlo porque se encontraría en el tren para Coimbra. Quizá pudiera hacer que le consiguieran un periódico de la mañana, pero dudaba de que los periódicos portugueses hablaran de los acontecimientos a los que se refería el camarero. Simplemente, las voces corrían, iban de boca en boca, para estar informados había que preguntar en los cafés, escuchar las charlas, era la única manera para estar al corriente, o bien comprar algún periódico extranjero a los vendedores de la Rua do Ouro, pero los periódicos extranjeros, cuando llegaban, llegaban con dos o tres días de retraso, era inútil buscar un periódico extranjero, lo mejor era preguntar. Pero Pereira no tenía ganas de preguntar a nadie, quería sencillamente marcharse a las termas, disfrutar de unos días de tranquilidad, hablar con su amigo el profesor Silva y no pensar en los males del mundo. Pidió otra limonada, hizo que le trajeran la cuenta, salió, se dirigió a la central de Correos y mandó dos telegramas, uno al hotel de las termas para reservar una habitación y otro a su amigo Silva. «Llego a Coimbra con el tren de la noche. Stop. Si puedes ir a recogerme en coche, te lo agradecería. Stop. Un abrazo. Pereira.»

Después se dirigió a su casa para hacer la maleta. Pensó que el billete lo sacaría directamente en la estación, total, tenía todo el tiempo del mundo, sostiene.

Cuando Pereira llegó a la estación de Coimbra, sobre la ciudad había una magnífica puesta de sol, sostiene. Miró a su alrededor en el andén, pero no vio a su amigo Silva. Pensó que el telegrama no habría llegado o que Silva habría abandonado ya el balneario. Sin embargo, cuando entró en el vestíbulo de la estación, vio a Silva sentado en un banco, fumando un cigarrillo. Se sintió emocionado y fue a su encuentro. Hacía ya bastante tiempo que no le veía. Silva le abrazó y le cogió la maleta. Salieron y se dirigieron al coche. Silva tenía un Chevrolet negro de brillantes cromados, cómodo y espacioso.

La carretera de las termas atravesaba una hilera de colinas llenas de vegetación y no tenía más que curvas. Pereira bajó la ventanilla porque comenzó a sentir náuseas, y el aire fresco le sentaba bien, sostiene. Durante el trayecto hablaron poco. ¿Qué tal te van las cosas?, le preguntó Silva. Así, así, respondió Pereira. ¿Vives solo?, le preguntó Silva. Vivo solo, respondió Pereira. En mi opinión, no te sienta bien, dijo Silva, deberías buscarte una mujer que te hiciera compañía y que te alegrase la vida, comprendo que estés muy unido al recuerdo de tu mujer, pero no puedes pasarte el resto de tu vida cultivando recuerdos. Soy viejo, respondió Pereira, estoy demasiado gordo y sufro del corazón. No eres nada viejo, dijo Silva, tienes mi edad, y respecto a lo demás podrías seguir una dieta, concederte unas vacaciones, pensar más en tu salud. Ya, ya, dijo Pereira.

Pereira sostiene que el hotel de las termas era espléndido, un edificio blanco, una villa inmersa en un gran parque. Subió a su habitación y se cambió de ropa. Se puso un traje claro y una corbata negra. Silva le estaba esperando en el vestíbulo saboreando un aperitivo. Pereira le preguntó si había visto a su director. Silva le guiñó un ojo. Cena siempre con una señora rubia de mediana edad, respondió, una clienta del hotel, parece que ha encontrado compañía. Mejor así, dijo Pereira, eso me exime de conversaciones formales.

Entraron en el restaurante. Era un salón decimonónico, con frescos de festones de flores en el techo. El director estaba cenando en una mesa central en compañía de una señora con un vestido de noche. El director levantó la cabeza, y le vio, en su rostro se dibujó una expresión de sorpresa y le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Pereira se acercó mientras Silva se dirigía hacia otra mesa. Buenas noches, señor Pereira, dijo el director, no esperaba verle aquí, ¿ha abandonado la redacción? La página cultural se ha publicado hoy, dijo Pereira, no sé si habrá podido verla ya porque el periódico quizá no haya llegado a Coimbra, lleva un cuento de Maupassant y una sección de la que me he hecho cargo titulada «Efemérides», de todos modos me quedaré sólo un par de días, el miércoles estaré de nuevo en Lisboa para preparar la página cultural del próximo sábado. Señora, disculpe, dijo el director dirigiéndose hacia su comensal, le presento al señor Pereira, un colaborador mío. Y después añadió: La señora Maria do Vale Santares. Pereira hizo una inclinación con la cabeza. Señor director, dijo, quería comunicarle una cosa, si usted no tiene nada que objetar he decidido contratar a un ayudante que me eche una mano precisamente para preparar las necrológicas anticipadas de los grandes escritores que pueden morir de un momento a otro. Señor Pereira, exclamó el director, estoy aquí cenando en compañía de una amable y sensible señora con la que estoy manteniendo una conversación de cosas *amusantes* y usted me viene a hablar de personas a punto de morir, me parece poco delicado por su parte. Disculpe, señor director, sostiene haber dicho Pereira, no quisiera caer en una conversación profesional, pero en las páginas culturales hay que estar preparados por si desaparece algún gran artista, y si alguno desaparece de

repente, resulta un problema confeccionar una necrológica de un día para otro, por lo demás, usted recordará cómo, hace tres años, cuando murió T. E. Lawrence, ningún periódico portugués pudo hablar de él a tiempo, todos publicaron necrológicas una semana más tarde, y si queremos ser un periódico moderno, no tenemos más remedio que ser rápidos. El director masticó lentamente el bocado que tenía en la boca y dijo: De acuerdo, de acuerdo, señor Pereira, además le he dejado plenos poderes para la página cultural, me gustaría saber únicamente si el ayudante nos va a costar mucho y si es una persona de confianza. Si es por eso, respondió Pereira, me parece una persona que se contenta con poco, es un joven modesto, y además se ha licenciado con una tesina sobre la muerte en la Universidad de Lisboa, de muerte entiende bastante. El director hizo un gesto perentorio con la mano, bebió un sorbo de vino y dijo: Escuche, señor Pereira, no nos hable usted más de la muerte, por favor, si no, va a acabar estropeándonos la cena, en cuanto a la página cultural, haga lo que le parezca mejor, de usted me fío, ha sido cronista durante treinta años, y ahora, buenas noches y buen provecho.

Pereira se dirigió a su mesa y se sentó frente a su compañero. Silva le preguntó si quería un vaso de vino blanco y él negó con un gesto de la cabeza. Llamó al camarero y pidió una limonada. El vino no me sienta bien, explicó, me lo ha dicho el cardiólogo. Silva pidió una trucha con almendras y Pereira un filete de carne a la Strogonoff, con un huevo escalfado encima. Empezaron a comer en silencio, luego, al cabo de un rato, Pereira preguntó a Silva qué pensaba de todo esto. ¿Qué es todo esto?, preguntó Silva. Pues todo esto, dijo Pereira, lo que está sucediendo en Europa. Oh, no te preocupes, replicó Silva, aquí no estamos en Europa, estamos en Portugal. Pereira sostiene que insistió: Sí, añadió, pero tú lees los periódicos y escuchas la radio, sabes bien lo que está pasando en Alemania y en Italia, son unos fanáticos, quieren ahogar el mundo a sangre y fuego. No te preocupes, respondió Silva, están lejos. De acuerdo, continuó Pereira, pero España no está tan lejos, está a dos pasos, y tú ya sabes lo que está pasando en España, es una carnicería, y sin embargo había un gobierno constitucional, todo por culpa de un general mojigato. España también está lejos, dijo Silva, aquí estamos en Portugal. Será así, dijo Pereira, pero aquí tampoco van bien las cosas, la policía campa por sus respetos, mata a la gente, hay registros, censuras, éste es un estado autoritario, la gente no cuenta para nada, la opinión pública no cuenta para nada. Silva le miró y dejó el tenedor. Escúchame con atención, Pereira, dijo Silva, ¿tú crees aún en la opinión pública?, pues bien, la opinión pública es un truco que han inventado los anglosajones, los ingleses y los americanos, son ellos los que nos están llenando de mierda, perdona la expresión, con esa idea de la opinión pública, nosotros no hemos tenido nunca su sistema político, no tenemos sus tradiciones, no sabemos qué son los *trade unions*, nosotros somos gente del Sur, Pereira, y obedecemos a quien grita más, a quien manda. Nosotros no somos gente del Sur, objetó Pereira, tenemos sangre celta. Pero vivimos en el Sur, dijo Silva, el clima no favorece nuestras ideas políticas, *laissez faire, laissez passer*, es así como estamos hechos, y además escucha, te voy a decir una cosa, yo enseñé literatura y de literatura entiendo bastante, estoy haciendo una edición crítica de nuestros trovadores, las canciones de amigo, no sé si te acuerdas de cuando la universidad, pues bien, los jóvenes partían para la guerra y las mujeres se quedaban en casa llorando, y los trovadores recogían sus lamentos, mandaba el rey, ¿comprendes?, mandaba el jefe, y nosotros siempre hemos tenido necesidad de un jefe, todavía hoy necesitamos un jefe. Pero yo soy un periodista, replicó Pereira. ¿Y qué?, dijo Silva. Que tengo que ser libre, dijo Pereira, e informar a la gente de manera correcta. No consigo ver el nexo, dijo Silva, tú no escribes artículos de política, te encargas de la página cultural. Pereira dejó a su vez el tenedor y colocó los codos sobre la mesa. Eres tú quien tiene que escucharme con atención, replicó, imagínate que mañana muere Marinetti, sabes a quién me refiero, ¿no? Vagamente, dijo Silva. Pues bien, dijo Pereira, Marinetti es una alimaña, empezó cantando a la guerra, ha hecho apología de las carnicerías, es un terrorista, ha festejado la marcha sobre Roma, Marinetti es una alimaña y es necesario que yo lo diga. Vete a Inglaterra, dijo Silva,

allá podrás decirlo cuantas veces quieras, tendrás un montón de lectores. Pereira se terminó el último bocado de su filete. Me voy a la cama, dijo, Inglaterra está demasiado lejos. ¿No tomas postre?, dijo Silva, a mí me apetece un trozo de tarta. Los dulces me sientan mal, dijo Pereira, me lo ha dicho el cardiólogo, y además estoy cansado del viaje, gracias por haber ido a recogerme a la estación, buenas noches y hasta mañana.

Pereira se levantó y se marchó sin decir una palabra más. Se sentía muy cansado, sostiene.

Al día siguiente Pereira se despertó a las seis. Sostiene que tomó un simple café, y tuvo que insistir para que se lo trajeran porque el servicio de habitaciones no empezaba hasta las siete, y dio un paseo por el parque. También las termas abrían a las siete, y a las siete en punto Pereira estaba delante de la verja. Silva no estaba, el director no estaba, no había prácticamente nadie y Pereira se sintió aliviado, sostiene. Lo primero que hizo fue beber dos vasos de agua que sabía a huevos podridos y sintió una vaga náusea y retortijones de tripas. Hubiera querido una buena limonada fresca, porque a pesar de la hora matutina hacía ya cierto calor, pero pensó que no podía mezclar aguas termales y limonada. Entonces se dirigió a las instalaciones termales, donde le hicieron desnudarse y vestirse con un albornoz blanco. ¿Desea baños de barro o inhalaciones?, le preguntó la empleada. Las dos cosas, respondió Pereira. Le hicieron pasar a una habitación donde había una bañera de mármol llena de un líquido marrón. Pereira se quitó el albornoz y se sumergió en ella. El fango estaba tibio y daba una sensación de bienestar. Al rato, entró un empleado y le preguntó dónde debía darle el masaje. Pereira respondió que no quería masajes, sólo quería un baño y deseaba que le dejaran en paz. Salió de la bañera, se dio una ducha fresca, se puso de nuevo su albornoz y pasó a las habitaciones contiguas, donde estaban los surtidores de vapor para las inhalaciones. Delante de cada surtidor había varias personas sentadas, con los codos apoyados sobre el mármol, que respiraban las emanaciones de aire caliente. Pereira encontró un sitio libre y lo ocupó. Respiró a fondo durante algunos minutos y se sumergió en sus pensamientos. Le vino a la cabeza Monteiro Rossi y, quién sabe por qué, también el retrato de su esposa. Hacía casi dos días que no hablaba con el retrato de su esposa, y Pereira se arrepintió de no habérselo llevado consigo, sostiene. Entonces se levantó, se dirigió a los vestuarios, se vistió, se hizo el nudo de su corbata negra, salió de las instalaciones termales y volvió al hotel. En el salón restaurante vio a su amigo Silva tomando un copioso desayuno con bollos y café con leche. El director, afortunadamente, no estaba. Pereira se acercó a Silva, le saludó, le comentó que había tomado los baños y le dijo: Hacia las doce hay un tren para Lisboa, si pudieras acompañarme a la estación te lo agradecería, si no puedes, cogeré el taxi del hotel. Pero cómo, ¿te vas ya?, preguntó Silva, y yo que esperaba poder pasar un par de días en tu compañía. Discúlpame, mintió Pereira, pero tengo que estar en Lisboa esta noche, mañana tengo que escribir un artículo importante y, además, ¿sabes?, no me hace mucha gracia haber dejado la redacción a la portera del inmueble, es mejor que me vaya. Como quieras, respondió Silva, te llevo.

Durante el trayecto no intercambiaron ni una palabra. Sostiene Pereira que Silva parecía estar molesto con él, pero que él no hizo nada para dulcificar la situación. En fin, pensó, qué le vamos a hacer. Llegaron a la estación hacia las once y cuarto, y el tren estaba ya en el andén. Pereira subió y dijo adiós con la mano desde la ventanilla. Silva le despidió con un amplio gesto del brazo y se marchó. Pereira se sentó en un compartimento donde había una señora que estaba leyendo un libro.

Era una bella señora, rubia, elegante, con una pierna de madera. Pereira se había sentado en el lado del pasillo, dado que ella estaba junto a la ventanilla, para no molestarla, y advirtió que estaba leyendo un libro de Thomas Mann en alemán. Eso despertó su curiosidad, pero por el momento no dijo nada, dijo solamente: Buenos días, señora. El tren empezó a moverse a las once y media, y pocos minutos más tarde pasó un camarero para hacer las reservas del vagón restaurante. Pereira reservó mesa, sostiene, porque sentía el estómago en desorden y necesitaba comer algo. El trayecto no era largo, es cierto, pero iban a llegar tarde a Lisboa y no tenía

ganas de ponerse a buscar un restaurante con aquel calor.

La señora con la pierna de madera hizo también una reserva para el vagón restaurante. Pereira notó que hablaba bien portugués, con un leve acento extranjero. Eso aumentó su curiosidad, sostiene, y le dio valor para atreverse a invitarla. Señora, dijo, discúlpeme, no quisiera parecerle entrometido, pero dado que somos compañeros de viaje y que ambos hemos hecho una reserva para el restaurante, quisiera proponerle que comiéramos en la misma mesa, podremos conversar un rato y quizá nos sintamos menos solos, es tan melancólico comer solo, especialmente en el tren, permítame que me presente, mi nombre es Pereira, soy director de la página cultural del *Lisboa*, un periódico vespertino de la capital. La señora con la pierna de madera dibujó una amplia sonrisa y le tendió la mano. Mucho gusto, dijo, me llamo Ingeborg Delgado, soy alemana, pero de origen portugués, he vuelto a Portugal para reencontrar mis raíces.

El camarero pasó tocando la campanilla avisando para la comida. Pereira se levantó y cedió el paso a la señora Delgado. No tuvo valor para ofrecerle su brazo, sostiene, porque pensó que ese gesto podía herir a una señora que tenía una pierna de madera. Pero la señora Delgado se movía con gran agilidad a pesar de su miembro artificial y le precedió por el pasillo. El vagón restaurante estaba cerca de su compartimiento, de modo que no tuvieron que caminar demasiado. Se sentaron a una mesita de la parte izquierda del tren. Pereira se metió la servilleta en el cuello de la camisa y sintió que debía pedir disculpas por su comportamiento. Discúlpeme, dijo, pero cuando como me mancho siempre la camisa, mi asistenta dice que soy peor que los niños, espero no parecerle un provinciano. Detrás de la ventanilla se deslizaba el dulce paisaje del centro de Portugal: colinas verdes de pinos y aldeas blancas. De vez en cuando se veían viñedos y algún campesino que, como un punto negro, adornaba el paisaje. ¿Le gusta a usted Portugal?, preguntó Pereira. Me gusta, contestó la señora Delgado, pero no creo que me quede mucho, he visitado a mis parientes de Coimbra, he reencontrado mis raíces, pero éste no es el país más adecuado para mí y para el pueblo al que pertenezco, estoy esperando el visado de la embajada americana, dentro de poco, por lo menos eso espero, partiré para los Estados Unidos. Pereira creyó entender y preguntó: ¿Es usted judía? Soy judía, confirmó la señora Delgado, y la Europa de estos tiempos no es el lugar más adecuado para la gente de mi pueblo, especialmente Alemania, pero tampoco aquí es que nos tengan demasiada simpatía, me he dado cuenta por los periódicos, quizá el periódico en el que usted trabaja sea una excepción, aunque es tan católico, demasiado católico para quien no es católico. Este país es católico, sostiene haber dicho Pereira, y yo también soy católico, lo admito, aunque a mi manera, por desgracia hemos tenido la Inquisición y eso no es ningún motivo de orgullo, pero yo, por ejemplo, no creo en la resurrección de la carne, no sé si eso puede significar algo. No sé qué significa, respondió la señora Delgado, pero en cualquier caso creo que no me atañe. He notado que estaba leyendo un libro de Thomas Mann, dijo Pereira, es un escritor que aprecio mucho. A él tampoco le hace feliz lo que está sucediendo en Alemania, dijo la señora Delgado, yo no diría que esté contento, no. Quizá yo tampoco esté contento con lo que está sucediendo en Portugal, admitió Pereira. La señora Delgado bebió un sorbo de agua mineral y dijo: Pues, entonces, haga algo. ¿Algo como qué?, contestó Pereira. Bueno, dijo la señora Delgado, usted es un intelectual, diga lo que está pasando en Europa, exprese su libre pensamiento, en suma, haga usted algo. Sostiene Pereira que hubiera querido decir muchas cosas. Hubiera querido responder que por encima de él estaba su director, el cual era un personaje del régimen, y que además estaba el régimen con su policía y su censura, y que en Portugal estaban todos amordazados, en resumidas cuentas, que no se podían expresar libremente las propias opiniones, y que él pasaba sus jornadas en un miserable cuartucho de Rua Rodrigo da Fonseca, en compañía de un ventilador asmático y vigilado por una portera que probablemente era una confidente de la policía. Pero no dijo nada de todo ello, Pereira, dijo solamente: Haré lo que pueda, señora Delgado, pero no es fácil hacer

lo que se puede en un país como éste para una persona como yo, sabe, yo no soy Thomas Mann, soy sólo el oscuro director de la página cultural de un modesto periódico de la tarde, escribo efemérides de escritores ilustres y traduzco cuentos franceses del siglo pasado, no se puede hacer más. Lo comprendo, replicó la señora Delgado, pero tal vez pueda hacerse todo, basta con tener voluntad para ello. Pereira miró por la ventanilla y suspiró. Estaban en los alrededores de Vila Franca, se veía ya la larga serpiente del Tajo. Qué hermoso, aquel pequeño Portugal, besado por el mar y por el clima, pero qué difícil era todo, pensó Pereira. Señora Delgado, dijo, creo que dentro de poco llegaremos a Lisboa, estamos en Vila Franca, ésta es una ciudad de trabajadores honestos, de obreros, nosotros también, en este pequeño país, tenemos nuestra oposición, es una oposición silenciosa, quizá porque no tenemos a Thomas Mann, pero es todo lo que podemos hacer, y ahora tal vez sea mejor que volvamos a nuestro compartimiento para preparar las maletas, ha sido un placer el haberla conocido y el haber pasado este rato con usted, permítame que le ofrezca mi brazo, pero no lo interprete como un gesto de ayuda, es sólo un gesto de caballerosidad, porque ya sabe que en Portugal somos muy caballerosos.

Pereira se levantó y ofreció su brazo a la señora Delgado. Ella lo aceptó con una leve sonrisa y se levantó de la estrecha mesita con cierta dificultad. Pereira pagó la cuenta y dejó algunas monedas de propina. Salió del vagón restaurante dando el brazo a la señora Delgado, y se sentía orgulloso y turbado al mismo tiempo, pero no sabía por qué, sostiene Pereira.

Sostiene Pereira que el martes siguiente, cuando llegó a la redacción, se encontró con la portera, quien le entregó una carta urgente. Celeste se la entregó con expresión irónica y le dijo: He dado sus instrucciones al cartero, pero él no puede pasar más tarde porque tiene que recorrer todo el barrio, así que me ha dejado la carta a mí. Pereira la cogió, hizo un gesto de gratitud con la cabeza y miró si llevaba remite. Por suerte no había ningún remite y por lo tanto Celeste se había quedado con las ganas. Pero reconoció inmediatamente la tinta azul de Monteiro Rossi y su caligrafía sinuosa. Entró en la redacción y encendió el ventilador. Después abrió la carta. Decía: «Distinguido señor Pereira: por desgracia, estoy pasando por un periodo infausto. Necesitaría hablar con usted, es urgente, pero prefiero no pasar por la redacción. Le espero el martes por la tarde, a las ocho y media, en el Café Orquídea, me gustaría cenar con usted y contarle mis problemas. Con esperanza, suyo, Monteiro Rossi.»

Sostiene Pereira que quería escribir un pequeño artículo para la sección «Efemérides» dedicado a Rilke, que había muerto en el veintiséis, y de cuya desaparición por lo tanto se cumplían doce años. Y después se había puesto a traducir un cuento de Balzac. Había escogido *Honorine*, que era un relato sobre el arrepentimiento y que pensaba publicar en tres o cuatro entregas. Pereira no sabe por qué, pero creía que aquel relato sobre el arrepentimiento sería un mensaje en una botella que alguien recogería. Porque hay muchas cosas de las que arrepentirse, y hacía falta un relato sobre el arrepentimiento, y aquél era el único medio para comunicar un mensaje a alguien que quisiera entenderlo. Así que cogió su *Larousse*, apagó el ventilador y se dirigió hacia casa.

Cuando llegó en taxi delante de la catedral hacía un calor espantoso. Pereira se quitó la corbata y se la puso en el bolsillo. Subió fatigosamente la cuesta que conducía a su casa, abrió el portal y se sentó en un escalón. Le faltaba el resuello. Buscó en el bolsillo unas pastillas para el corazón que le había recetado el cardiólogo y se tragó una. Se secó el sudor, reposó, se refrescó en aquel portal oscuro y después entró en su casa. La portera no le había preparado nada, se había ido a Setúbal, a casa de sus parientes, y no volvería hasta septiembre, como hacía todos los años. Este hecho, en el fondo, le afligió. No le gustaba estar solo, completamente solo, sin nadie que se ocupara de él. Pasó por delante del retrato de su esposa y le dijo: Vuelvo dentro de diez minutos. Fue a su habitación, se desnudó y se dispuso a darse un baño. El cardiólogo le había prohibido que tomara baños demasiado fríos, pero él necesitaba un baño frío, dejó que la bañera se llenara de agua fría y se sumergió en ella. Mientras estaba inmerso en el agua se acarició largo rato el vientre. Pereira, se dijo, en tiempos tu vida era distinta. Se secó y se puso el pijama. Fue hasta el recibidor, se detuvo ante el retrato de su esposa y le dijo: Esta noche voy a ver a Monteiro Rossi, no sé por qué no le despido o le mando a hacer puñetas, tiene problemas y quiere descargarlos sobre mí, eso lo he entendido, ¿tú qué dices, qué debo hacer? El retrato de su esposa le sonrió con una sonrisa lejana. Bueno, dijo Pereira, ahora me voy a echar la siesta, después veré qué quiere ese jovencuelo. Y se fue a acostar.

Aquella tarde, sostiene Pereira, tuvo un sueño. Un sueño hermosísimo, de su juventud. Pero prefiere no revelarlo, porque los sueños no se deben revelar, sostiene. Admite únicamente que era feliz y que se encontraba en invierno en una playa del norte, más allá de Coimbra, en La Granja quizá, junto a él había una persona cuya identidad no desea desvelar. El hecho es que se levantó de muy buen humor, se puso una camisa de manga corta, no cogió corbata, cogió en cambio una

chaqueta ligera de algodón, pero no se la puso, se la colocó en el brazo. La noche era cálida, pero por suerte soplaba un poco de brisa. Por un momento pensó en llegar a pie hasta el Café Orquídea, pero enseguida le pareció una locura. Bajó, eso sí, hasta Terreiro do Paço y el paseo le sentó bien. Allí cogió un tranvía que le llevó hasta el Alexandre Herculano. El Café Orquídea estaba prácticamente desierto, Monteiro Rossi no estaba pero la verdad es que era él quien había llegado con antelación. Pereira se sentó a una mesa de dentro, cerca del ventilador, y pidió una limonada. Cuando llegó el camarero le preguntó: ¿Qué noticias hay, Manuel? Si no lo sabe usted, señor Pereira, que es periodista, respondió el camarero. He estado en las termas, respondió Pereira, y no he leído periódicos, aparte de que por los periódicos no se sabe nunca nada, lo mejor es enterarse de las noticias a viva voz, por eso se lo pregunto a usted, Manuel. Lo nunca visto, señor Pereira, respondió el camarero, lo nunca visto. Y se marchó.

En aquel momento entró Monteiro Rossi. Se acercaba con aquel aire suyo de desazón, mirando a su alrededor con expresión circunspecta. Pereira advirtió que llevaba una bonita camisa azul con el cuello blanco. Se la ha comprado con mi dinero, pensó por un instante Pereira, pero no tuvo tiempo de reflexionar sobre ese hecho porque Monteiro Rossi le vio y se dirigió hacia él. Se estrecharon la mano. Siéntese, dijo Pereira. Monteiro Rossi se sentó a la mesa y no dijo nada. Bueno, dijo Pereira, ¿qué quiere comer?, aquí sirven sólo *omelettes* a las finas hierbas y ensalada de pescado. Quisiera dos *omelettes* a las finas hierbas, dijo Monteiro Rossi, disculpe si le parezco un aprovechado, pero hoy me he saltado el almuerzo. Pereira pidió tres *omelettes* a las finas hierbas y después dijo: Y ahora cuénteme sus problemas, visto que ésa es la palabra que utilizó en su carta. Monteiro Rossi se echó para atrás el mechón de pelo de la frente y aquel gesto provocó un efecto extraño en Pereira, sostiene. Bueno, dijo Monteiro Rossi bajando la voz, estoy metido en líos, señor Pereira, ésa es la verdad. El camarero se acercó con las *omelettes* y Monteiro Rossi cambió de conversación. Dijo: ¿Ha visto qué calor? Mientras el camarero les servía hablaron del clima y Pereira contó que había estado en las termas de Buçaco y que allí sí que el clima era estupendo, entre colinas, con todo el verde del parque. Después el camarero les dejó por fin en paz y Pereira preguntó: ¿O sea? O sea que estoy metido en líos, ésos son los hechos. Pereira cortó un trozo de su *omelette* y preguntó: ¿A causa de Marta?

¿Por qué preguntó eso, Pereira? ¿Porque creía de verdad que Marta pudiera acarrearle problemas a aquel joven, porque le había parecido demasiado listilla y demasiado impertinente, porque habría deseado que todo hubiera sido distinto, que hubieran estado en Francia o en Inglaterra, donde las chicas listillas e impertinentes podían decir todo lo que quisieran? Eso Pereira no se siente capaz de decirlo, pero el hecho es que preguntó: ¿A causa de Marta? En parte sí, contestó Monteiro Rossi en voz baja, pero no puedo echarle las culpas a ella, ella tiene sus ideas y son ideas muy sólidas. Pues ¿entonces?, preguntó Pereira. Pues que ha llegado mi primo, respondió Monteiro Rossi. No me parece tan grave, contestó Pereira, todos tenemos primos. Sí, dijo Monteiro Rossi casi susurrando, pero mi primo viene de España, está en una brigada, combate del lado de los republicanos, está en Portugal para reclutar voluntarios portugueses que quieran formar parte de una brigada internacional, en mi casa no puedo tenerle, tiene un pasaporte argentino y se ve a la legua que es falso, no sé dónde meterle, no sé dónde esconderle. Pereira comenzó a sentir una gota de sudor que le bajaba por la espalda, pero permaneció tranquilo. ¿Y qué?, preguntó mientras seguía comiéndose la *omelette*. Pues que lo que haría falta, dijo Monteiro Rossi, es que usted, señor Pereira, lo que haría falta es que se ocupara de él, que le buscara un alojamiento discreto, no importa que sea clandestino, basta con que sea, yo no le puedo tener en casa porque la policía podría sospechar de mí a causa de Marta, podrían vigilarme, incluso. ¿Y qué? preguntó otra vez Pereira. Pues que de usted no sospecha nadie, dijo Monteiro Rossi, él se quedará algunos días, lo suficiente para entrar en contacto con la resistencia, y después se volverá a España, debe usted ayudarme, señor Pereira,

debe buscarle un alojamiento.

Pereira terminó de comerse su *omelette*, hizo un gesto al camarero y pidió otra limonada. Estoy asombrado de su descaro, dijo, no sé si se da cuenta de lo que me está pidiendo, y, además, ¿adonde podría llevarle? A una habitación de alquiler, dijo Monteiro Rossi, a una pensión, a cualquier lugar donde no se preocupen demasiado de la documentación, usted sabrá de sitios así, conoce a todo el mundo.

Conoce a todo el mundo, pensó Pereira. Pero si él de todos los que conocía no conocía a nadie, conocía al padre Antonio, al que no podía endosar un problema de ese tipo, conocía a su amigo Silva, que estaba en Coimbra y con el que no podía contar, y después a la portera de Rua Rodrigo da Fonseca, que tal vez fuera una confidente de la policía. Pero de repente le vino a la cabeza una pequeña pensión de la Graça, encima del Castillo, a la que iban las parejas clandestinas y donde no pedían el carnet a nadie. Pereira la conocía porque una vez su amigo Silva le había pedido que le reservara una habitación en un lugar discreto donde pasar una noche con una señora de Lisboa que no podía arriesgarse a un escándalo. De modo que dijo: Me ocuparé de ello mañana por la mañana, pero no me mande a su primo, o no lo lleve usted a la redacción, se lo digo por la portera, ya sabe, llévelo mañana por la mañana a las once a mi casa, ahora le doy la dirección, pero nada de llamadas por teléfono, por favor, e intente venir usted también, será lo mejor. ¿Por qué dijo eso Pereira? ¿Porque le daba pena Monteiro Rossi? ¿Porque había estado en las termas y había mantenido una conversación tan decepcionante con su amigo Silva? ¿Porque había conocido en el tren a la señora Delgado, que le había dicho que había que hacer algo fuera como fuere? Pereira no lo sabe, sostiene. Sabe solamente que se dio cuenta de que se había metido en un lío y que necesitaba hablar de ello con alguien. Pero no había ningún alguien por ahí y entonces pensó que hablaría de ello con el retrato de su esposa al volver a casa. Y así lo hizo, sostiene.

A las once en punto, sostiene Pereira, sonó el timbre. Pereira había desayunado ya, se había levantado temprano, y sobre la mesa del comedor estaba ya preparada una jarra de limonada con cubitos de hielo. Primero entró Monteiro Rossi con aire furtivo y susurró los buenos días. Pereira cerró la puerta un poco perplejo y le preguntó si su primo no venía. Ha venido, sí, respondió Monteiro Rossi, pero no quiere entrar así sin más, me ha mandado a mí por delante para ver. Para ver ¿qué?, preguntó Pereira con irritación, ¿están jugando a policías y ladrones o es que creen que les está esperando la policía? Oh, no, no se trata de eso, señor Pereira, se disculpó Monteiro Rossi, es sólo que mi primo es muy desconfiado, dése cuenta, la suya no es una situación nada fácil, se halla aquí para una misión delicada, tiene un pasaporte argentino y está que se sube por las paredes. Eso ya me lo explicó ayer por la noche, replicó Pereira, y ahora haga el favor de llamarle, basta ya de tonterías. Monteiro Rossi abrió la puerta e hizo un gesto que quería decir adelante. Ven, Bruno, dijo en italiano, todo en orden. Entró un hombrecillo pequeño y delgado. Llevaba el pelo cortado a cepillo, tenía un par de bigotitos rubios y vestía una chaqueta azul. Señor Pereira, dijo Monteiro Rossi, le presento a mi primo Bruno Rossi, aunque según el pasaporte se llama Bruno Lugones, lo mejor sería que usted le llamara siempre Lugones. ¿En qué idioma debemos hablar?, preguntó Pereira, ¿su primo sabe portugués? No, dijo Monteiro Rossi, pero sabe español.

Pereira los hizo pasar al comedor y sirvió la limonada. El señor Bruno Rossi no dijo nada, se limitó a mirar a su alrededor con aire desconfiado. A lo lejos se oyó la sirena de una ambulancia y el señor Bruno Rossi se puso rígido y se acercó a la ventana. Dígame que esté tranquilo, dijo Pereira a Monteiro Rossi, aquí no estamos en España, no hay ninguna guerra civil. El señor Bruno Rossi volvió a sentarse y dijo en español: Perdone la molestia, pero estoy aquí por la causa republicana. Escuche, señor Lugones, dijo Pereira en portugués, hablaré lentamente para que usted me entienda, a mí no me interesan ni la causa republicana ni la causa monárquica, yo dirijo la página cultural de un periódico de la tarde y esas cosas no forman parte de mi entorno, yo voy a buscarle un alojamiento tranquilo, más no puedo hacer, y a usted no se le ocurra venir a buscarme, porque yo no quiero tener nada que ver ni con usted ni con su causa. El señor Bruno Rossi se volvió hacia su primo y le dijo en italiano: No era así como me lo habías descrito, yo me esperaba un compañero. Pereira comprendió y replicó: Yo no soy compañero de nadie, vivo solo y me gusta estar solo, mi único compañero soy yo mismo, no sé si me explico, señor Lugones, visto que es ése el nombre de su pasaporte. Sí, sí, dijo casi balbuceando Monteiro Rossi, pero el caso es que, verá, necesitamos su ayuda y su comprensión, porque nos hace falta dinero. Explíquese mejor, dijo Pereira. Bueno, dijo Monteiro Rossi, él no tiene dinero y si nos piden el pago por adelantado en el hotel, no podremos hacerle frente por el momento, pero después ya me encargará yo, mejor dicho, se encargará Marta, se trataría sólo de un préstamo.

En ese momento Pereira se levantó, sostiene. Pidió disculpas y dijo: Tengan paciencia pero necesito algunos instantes de reflexión, necesito unos minutos. Les dejó solos en el comedor y se dirigió al vestíbulo. Se detuvo delante del retrato de su esposa y le dijo: Escucha, en realidad no es ese Lugones quien me preocupa, sino Marta, para mí es ella la responsable de esta historia, Marta es la novia de Monteiro Rossi, esa del pelo color cobrizo, ya te he hablado de ella, pues bien, creo, es ella la que mete en estos líos a Monteiro Rossi, estoy seguro, y él se deja meter en líos porque está enamorado, yo tendría que ponerle en guardia, ¿no te parece? El retrato de su esposa le sonrió con una sonrisa lejana y a Pereira le pareció

comprender. Volvió al comedor y preguntó a Monteiro Rossi: ¿Por qué Marta?, ¿qué tiene que ver Marta con esto? Oh, verás, balbuceó sonrojándose ligeramente Monteiro Rossi, porque Marta tiene muchos recursos, sólo por eso. Escúcheme atentamente, querido Monteiro Rossi, dijo Pereira, me parece que usted se está metiendo en líos a causa de una chica guapa, pero escuche, yo no soy su padre ni quiero adoptar un aire paternal con usted que se pudiera interpretar como paternalismo, sólo le quiero decir una cosa: cuidado. Sí, dijo Monteiro Rossi, tendré cuidado, pero ¿y el préstamo? Eso ya lo resolveremos, respondió Pereira, pero ¿por qué tengo que adelantárselo precisamente yo? Mire, señor Pereira, dijo Monteiro Rossi sacando del bolsillo una hoja y dándosela, he escrito un artículo y escribiré otros dos la próxima semana, me he permitido hacer una efemérides, he hecho la de D'Annunzio, he puesto en ella el corazón pero también la inteligencia, como usted me aconsejó, y le prometo que los próximos serán dos escritores católicos, como usted desea.

Sostiene Pereira que sintió de nuevo una leve irritación. Escuche, respondió, no es que yo quiera escritores católicos por fuerza, pero usted, que ha escrito una tesina sobre la muerte, podría pensar un poco más en escritores que se hayan interesado por ese problema, es decir, que se hayan interesado por el alma, en cambio me trae usted una efemérides de un vitalista como D'Annunzio, que puede que fuera un buen poeta pero que desperdició su vida en frivolidades, no sé si me explico, a mi periódico no le gustan las personas frívolas o por lo menos no me gustan a mí. Perfecto, dijo Monteiro Rossi, he captado el mensaje. Bien, añadió Pereira, ahora vámonos a la pensión, he encontrado una pensioncilla en la Graça donde no se andan con historias, yo pagaré el adelanto, si nos lo piden, pero espero por lo menos otras dos necrológicas, querido Monteiro Rossi, será su paga de dos semanas. Verás, señor Pereira, dijo Monteiro Rossi, la efemérides sobre D'Annunzio la he escrito porque el sábado pasado compré el *Lisboa* y vi que había una sección que se llama «Efemérides», la sección no estaba firmada pero supongo que la hace usted, aunque si quisiera ayuda, yo se la proporcionaría encantado, me gustaría ocuparme de una sección de ese tipo, hay un montón de escritores de los que podría hablar, y además, dado que es una sección anónima, no corro el riesgo de crearle problemas. ¿Por qué?, ¿tiene usted problemas?, sostiene haber dicho Pereira, Bueno, alguno sí, como ve, respondió Monteiro Rossi, pero si quisiera un nombre distinto he pensado en un seudónimo, ¿qué le parecería Roxy? Me parece un nombre bien escogido, dijo Pereira. Retiró la limonada de la mesa y la colocó en la fresquera, después se puso la chaqueta y dijo: Bueno, vámonos.

Salieron. En la placita que estaba delante del edificio había un soldado que dormía tendido en un banco. Pereira admitió que no se sentía capaz de recorrer la subida a pie, de modo que esperaron un taxi. El sol era implacable, sostiene Pereira, y la brisa había cesado. Pasó un taxi lentamente y Pereira lo detuvo con un gesto del brazo. Durante el trayecto no hablaron. Bajaron frente a una cruz de granito que presidía una minúscula capilla. Pereira aconsejó a Monteiro Rossi que esperara fuera, entró en la pensión seguido del señor Bruno Rossi, y se lo presentó al encargado. Era un viejecillo con gafas de gruesos cristales que dormitaba detrás del mostrador. Este es un amigo argentino, dijo Pereira, es el señor Bruno Lugones, tenga su pasaporte, pero preferiría mantener el anonimato, está aquí por razones sentimentales. El viejecillo se quitó las gafas y hojeó el libro de registro. Esta mañana ha llamado una persona para hacer una reserva, dijo, ¿es usted? Soy yo, confirmó Pereira. Tenemos una habitación de matrimonio sin baño, dijo el viejecillo, pero no sé si al señor le irá bien. Le irá estupendamente, dijo Pereira. El pago por adelantado, dijo el viejecillo, ya sabe usted cómo funciona. Pereira sacó la cartera y extrajo dos billetes. Le dejo tres días pagados, dijo, buenos días. Se despidió del señor Bruno Rossi pero prefirió no darle la mano, le parecía un gesto de excesiva intimidad. Feliz estancia, le dijo.

Salió fuera y se detuvo ante Monteiro Rossi, que esperaba sentado al borde de la fuente. Pase mañana por la mañana por la redacción, hoy leeré su artículo,

tenemos cosas de que hablar. Yo, la verdad..., dijo Monteiro Rossi. La verdad, ¿qué?, preguntó Pereira. Verá, dijo Monteiro Rossi, pensaba que llegados a este punto era mejor que nos viéramos en un sitio tranquilo, en su casa, por ejemplo. De acuerdo, dijo Pereira, pero no en mi casa, basta ya con mi casa, veámonos mañana a la una en el Café Orquídea, ¿qué le parece? De acuerdo, respondió Monteiro Rossi, a la una en el Café Orquídea. Pereira le estrechó la mano y le dijo adiós. Se le ocurrió ir hasta su casa a pie, total era todo bajada. El día era magnífico, y por suerte había comenzado a soplar una brisa atlántica estupenda. Pero no se sentía capaz de apreciar el día. Se sentía inquieto y le apetecía hablar con alguien, tal vez con el padre Antonio, pero el padre Antonio pasaba los días en la cabecera de sus enfermos. Y entonces pensó que podía ir a charlar un rato con el retrato de su esposa. De modo que se quitó la chaqueta y se dirigió lentamente hacia su casa, sostiene.

Pereira pasó la noche acabando de traducir y de adaptar *Honorine* de Balzac, sostiene. Fue una traducción complicada pero resultó bastante fluida, según su opinión. Durmió tres horas, desde las seis hasta las nueve de la mañana, después se levantó, tomó un baño fresco, se bebió un café y se dirigió a la redacción. La portera, con la que se encontró en la escalera, tenía el gesto torcido y le saludó con un movimiento de cabeza. Él susurró buenos días a media voz. Entró en el cuarto, se sentó ante el escritorio y marcó el número del doctor Costa, su médico. Oiga, doctor, dijo Pereira, soy Pereira. Ah, ¿cómo está usted?, preguntó el doctor Costa. Pues verá, últimamente me ahogo, respondió Pereira, no consigo subir las escaleras y me parece que he engordado algunos kilos, cuando doy un paseo me entra taquicardia. Escuche, Pereira, dijo el doctor Costa, yo paso consulta una vez a la semana en la clínica talasoterápica de Parede, ¿por qué no ingresa allí algunos días? ¿Ingresar?, ¿por qué?, preguntó Pereira. Porque la clínica de Parede tiene un buen servicio médico, entre otras cosas curan el reuma y las cardiopatías con métodos naturales, ofrecen baños de algas, masajes y curas adelgazantes, además hay unos doctores excelentes que se han formado en Francia, a usted le sentaría bien un poco de reposo y un poco de vigilancia, Pereira, y la clínica de Parede es lo que le iría mejor, si quiere puedo reservarle una habitación para mañana mismo, una hermosa y linda habitación con vistas al mar, vida sana, baños de algas, talasoterapia, y yo iré a verle al menos una vez, también están ingresados algunos tuberculosos, pero los tuberculosos están en un pabellón reservado, no existe peligro de contagio. Oh, por eso no se preocupe, no tengo miedo a los tuberculosos, sostiene haber dicho Pereira, he pasado toda mi vida junto a una tuberculosa y la enfermedad nunca llegó a afectarme, no es ése el problema, el problema es que me han confiado la página cultural del sábado, no puedo abandonar la redacción. Mire, Pereira, dijo el doctor Costa, escúcheme bien, Parede está a medio camino entre Lisboa y Cascais, desde aquí hay unos diez kilómetros, si usted quiere escribir sus artículos en Parede y mandarlos a Lisboa, para eso está el empleado de la clínica, que todas las mañanas puede llevárselos a la ciudad, de todos modos su página aparece una vez a la semana, y si usted prepara un par de artículos largos, habrá dejado lista la página para dos sábados, y además, déjeme que se lo diga, la salud es más importante que la cultura. De acuerdo, dijo Pereira, pero dos semanas son demasiado, me bastaría con una semana de reposo. Es mejor eso que nada, concluyó el doctor Costa. Pereira sostiene que se resignó y aceptó pasar una semana en la clínica talasoterápica de Parede, autorizando al doctor Costa a que le reservara una habitación para el día siguiente, pero insistió en aclarar que primero debía advertir a su director, por una cuestión de cortesía. Colgó y marcó el número de la tipografía. Dijo que había un cuento de Balzac que aparecería en dos o tres entregas, y que por tanto la página cultural del *Lisboa* quedaba lista para varias semanas. ¿Y la sección de «Efemérides»? preguntó el tipógrafo. No hay efemérides por ahora, dijo Pereira, no vengan a recoger el material a la redacción, porque esta tarde no voy a estar, se lo dejaré en un sobre cerrado en el Café Orquídea, cerca de la carnicería judía. Después marcó el número de la centralita y le pidió al telefonista que le pusiera con las termas de Buçaco. Preguntó por el director del *Lisboa*. El director está en el parque tomando el sol, dijo el empleado, no sé si debo molestarle. Moléstele, dijo Pereira, dígame que le llaman de la redacción cultural. El director se acercó hasta el teléfono y dijo: Dígame, soy el director. Señor director, dijo Pereira, he traducido y condensado un cuento de Balzac, y ocupa dos o tres números, le llamo porque pretendo ingresar en la clínica talasoterápica de Parede, mi cardiopatía no va por buen camino y mi médico me ha aconsejado una cura, ¿puedo contar con su permiso? ¿Y el

periódico?, preguntó el director. Como ya le he dicho, al menos las próximas dos o tres semanas están cubiertas, sostiene haber dicho Pereira, y además yo estoy a dos pasos de Lisboa, de todos modos le dejó el número de teléfono de la clínica, y además escuche, si hay algún problema iré rápidamente a la redacción. ¿Y el ayudante?, preguntó el director, ¿no podría dejar en su lugar a su ayudante? Será mejor que no, respondió Pereira, ha hecho un par de necrológicas, pero no sé hasta qué punto son artículos utilizables, si muere algún escritor importante, ya me encargaré yo. De acuerdo, dijo el director, tómese entonces su semana de cura, señor Pereira, después de todo en el periódico está el subdirector, que puede encargarse en todo caso de cualquier problema. Pereira se despidió y le dijo que diera recuerdos a la amable señora que había conocido. Colgó y miró el reloj. Era casi la hora de irse al Café Orquídea, pero antes quería leer la efemérides sobre D'Annunzio que no había tenido tiempo de leer la noche anterior. Pereira puede aportarla como documentación porque la ha conservado. Decía: «Hace exactamente cinco meses, a las ocho de la tarde del primero de marzo de 1938, moría Gabriele D'Annunzio. En aquel momento este periódico no contaba aún con una página cultural, pero hoy nos parece que ha llegado el momento de hablar de él. ¿Fue un gran poeta Gabriele D'Annunzio, cuyo verdadero nombre, por cierto, era Rapagnetta? Es difícil de decir, porque sus obras están todavía demasiado frescas para nosotros, que somos sus contemporáneos. Tal vez convenga más bien hablar de su figura de hombre, que se entremezcla con la figura del artista. Ante todo, fue un vate. Amó el lujo, la vida mundana, la grandilocuencia, la acción. Fue un gran partícipe del decadentismo, conculcador de reglas morales, amante de la morbosidad y el erotismo. Del filósofo alemán Nietzsche extrajo el mito del superhombre, pero lo redujo a una visión de la voluntad de poder de ideales estetizantes destinados a componer el caleidoscopio coloreado de una vida inimitable. Fue intervencionista en la gran guerra, enemigo convencido de la paz entre los pueblos. Protagonizó empresas belicosas o provocadoras, como el vuelo sobre Viena, en 1918, cuando lanzó octavillas italianas sobre la ciudad. Después de la guerra organizó una ocupación de la ciudad de Fiume, de la que fue desalojado a continuación por las tropas italianas. Habiéndose retirado a Gardone en una villa a la que llamaba el Victorial de los Italianos, llevó allí una vida disoluta y decadente, marcada por amores fútiles y aventuras eróticas. Contempló con agrado el fascismo y las empresas bélicas. Fernando Pessoa le había apodado "solo de trombón" y quizá no le faltaran motivos. La voz que de él nos llega, en efecto, no es el sonido de un delicado violín, sino la voz atronadora de un instrumento de viento, de una tromba retumbante y prepotente. Una vida no ejemplar, un poeta altisonante, un hombre lleno de sombras y de componendas. Una figura nada modélica, y por eso le recordamos. Firmado: Roxy.»

Pereira pensó: Inutilizable, absolutamente inutilizable. Cogió la carpeta de las «Necrológicas» e introdujo en ella la hoja. No sabe por qué lo hizo, hubiera podido tirarla, pero en cambio la conservó. Después, para apagar la irritación que le había entrado, pensó en abandonar la redacción y en dirigirse al Café Orquídea.

Cuando llegó al café, lo primero que vio, sostiene Pereira, fue el cabello rojizo de Marta. Estaba sentada a una mesa de una esquina, cerca del ventilador, dando la espalda a la puerta. Llevaba el mismo vestido que le había visto la noche de la fiesta en la Praça da Alegria, con los tirantes cruzados sobre la espalda. Sostiene Pereira haber pensado que Marta tenía unos hombros bellísimos, dulces, bien proporcionados, perfectos. Se acercó y se colocó delante de ella. Ah, señor Pereira, dijo Marta con naturalidad, he venido yo en lugar de Monteiro Rossi, él no ha podido venir hoy.

Pereira se sentó a la mesa y preguntó a Marta si le apetecía un aperitivo. Marta contestó que tomaría con mucho gusto un oporto seco. Pereira llamó al camarero y pidió dos oportos secos. No debía tomar alcohol, pero, total, al día siguiente iba a ir a la clínica talasoterápica a hacer una dieta durante una semana. ¿Qué me cuenta?, preguntó Pereira cuando el camarero les hubo servido. Le cuento, respondió Marta,

que éste es un periodo difícil para todos, creo, él se ha marchado al Alentejo, y por ahora se quedará por allí, es conveniente que permanezca algunos días fuera de Lisboa. ¿Y su primo?, preguntó incautamente Pereira. Marta le miró y sonrió. Sé que usted ha sido de gran ayuda para Monteiro Rossi y su primo, dijo Marta, señor Pereira, ha estado usted realmente magnífico, debería ser de los nuestros. Pereira sintió una leve irritación, sostiene, y se quitó la chaqueta. Escuche, señorita, replicó, yo no soy ni de los de ustedes ni de los de los otros, prefiero actuar por mi cuenta, por otra parte, no sé quiénes son los suyos y no quiero saberlo, yo soy un periodista y me encargo de la cultura, acabo de terminar una traducción de un cuento de Balzac, de sus historias prefiero no estar al corriente, no soy un cronista. Marta bebió un sorbo de vino de oporto y dijo: Nosotros no hacemos la crónica, señor Pereira, eso es lo que me gustaría que entendiera, nosotros vivimos la Historia. Pereira bebió a su vez de su vaso de oporto y replicó: Escuche, señorita, eso de la Historia son palabras mayores, yo también leí a Vico y a Hegel en su momento, no es una bestia que se pueda domesticar. Pero tal vez no haya leído usted a Marx, objetó Marta. No lo he leído, dijo Pereira, y no me interesa, estoy harto de la escuela hegeliana, y además escuche, deje que le repita algo que ya le he dicho antes, yo pienso sólo en mí y en la cultura, ése es mi mundo. ¿Un anarcoindividualista?, preguntó Marta, me gustaría saber si es eso. ¿Qué entiende por ello?, preguntó Pereira. Bueno, dijo Marta, no me diga que no sabe qué quiere decir anarcoindividualista, España está repleta de ellos, los anarcoindividualistas han dado mucho que hablar en estos tiempos y se han comportado incluso heroicamente, aunque tal vez les hiciera falta un poco de disciplina, eso es por lo menos lo que yo pienso. Escuche, Marta, dijo Pereira, yo no he venido a este café para hablar de política, como ya le he dicho, no me interesa la política, porque me ocupo principalmente de cultura, yo tenía una cita con Monteiro Rossi y usted me sale con que está en el Alentejo, ¿qué es lo que ha ido a hacer al Alentejo?

Marta miró a su alrededor como si buscara al camarero. ¿Pedimos algo de comer?, preguntó, yo tengo una cita a las tres. Pereira llamó a Manuel. Pidieron dos *omelettes* a las finas hierbas y después Pereira repitió: Bueno, ¿qué es lo que ha ido a hacer al Alentejo Monteiro Rossi? Ha ido para acompañar a su primo, respondió Marta, que ha recibido órdenes en el último momento, son sobre todo los alentejanos quienes quieren ir a combatir a España, hay una gran tradición democrática en el Alentejo, y hay además muchos anarcoindividualistas como usted, señor Pereira, el trabajo no falta, vaya, bueno, el caso es que Monteiro Rossi ha tenido que acompañar a su primo al Alentejo, porque es allí donde se recluta a la gente. Muy bien, respondió Pereira, pues deséele de mi parte un buen reclutamiento. El camarero trajo las *omelettes* y empezaron a comer. Pereira se ató la servilleta alrededor del cuello, tomó un trozo de *omelette* y dijo: Escuche, Marta, yo me marcho mañana a una clínica talasoterápica que está cerca de Cascáis, tengo problemas de salud, dígame a Monteiro Rossi que su artículo sobre D'Annunzio es totalmente inutilizable, en cualquier caso le dejo el teléfono de la clínica donde estaré toda la semana, el mejor momento para llamarme son las horas de las comidas, y ahora dígame dónde está Monteiro Rossi. Marta bajó la voz y dijo: Esta noche estará en Portalegre, en casa de unos amigos, pero preferiría no darle la dirección, además es un domicilio precario, porque él dormirá una noche aquí y una noche allá, debe moverse un poco por el Alentejo, en todo caso será él quien se ponga en contacto con usted. De acuerdo, dijo Pereira pasándole una notita, éste es el número de teléfono de la clínica talasoterápica de Parede. Yo tengo que irme, señor Pereira, dijo Marta, discúlpeme pero tengo una cita y debo cruzar toda la ciudad.

Pereira se levantó y se despidió. Marta se puso su sombrero de punto y se marchó. Pereira se quedó mirándola mientras salía, absorto en aquella hermosa silueta que se recortaba contra el sol. Se sintió aliviado y casi alegre, pero no sabe por qué. Entonces le hizo un gesto a Manuel, quien se acercó solícito y le preguntó si quería un digestivo. Pero él tenía sed, porque la tarde era muy calurosa. Reflexionó un

instante y después dijo que solo quería una limonada. Y la pidió bien fría, llena de hielo, sostiene Pereira.

Al día siguiente Pereira se levantó temprano, sostiene. Tomó un café, cogió una pequeña maleta y metió en ella los *Cantes du lundí* de Alphonse Daudet. Quizá se quedara algunos días más, pensó, y Daudet era un autor que podía figurar perfectamente entre los cuentos del *Lisboa*.

Se dirigió al vestíbulo, se detuvo ante el retrato de su esposa y le dijo: Anoche vi a Marta, la novia de Monteiro Rossi, me da la impresión de que esos chicos se están metiendo en problemas serios, mejor dicho, se han metido ya, de todas formas no es asunto mío, a mí lo que me hace falta es una semana de talasoterapia, me la ha prescrito el doctor Costa, y además en Lisboa uno se sofoca y yo he traducido *Honorine* de Balzac, me marchó esta mañana, voy a coger el tren al Cais de Sodré, te llevo conmigo, si me lo permites. Cogió el retrato y lo metió en la maleta, pero boca arriba, porque su esposa había tenido necesidad de aire toda la vida y pensó que también el retrato necesitaría respirar bien. Después bajó hasta la pequeña plaza de la catedral, esperó un taxi e hizo que le llevaran hasta la estación. Descendió en la plaza y pensó en tomar algo en el British Bar del Cais de Sodré. Sabía que aquél era un lugar al que acudían escritores y esperaba toparse con alguno. Entró y se sentó a una mesa de un rincón. En una mesa cercana, en efecto, se hallaba el novelista Aquilino Ribeiro, que estaba comiendo con Bernardo Marques, el dibujante vanguardista, quien había realizado las ilustraciones de las mejores revistas del modernismo portugués. Pereira les dio los buenos días y los artistas contestaron con un gesto de la cabeza. Hubiera estado bien comer en su mesa, pensó Pereira, y contarles que el día anterior había recibido una crítica muy negativa sobre D'Annunzio, y saber qué pensaban de ello. Pero los dos artistas estaban inmersos en una densa conversación y Pereira no tuvo el valor de molestarles. Entendió que Bernardo Marques ya no quería dibujar y que el novelista quería marcharse al extranjero. Eso le provocó una sensación de desaliento, sostiene Pereira, porque no esperaba que un escritor como aquél pudiera abandonar su país. Mientras se tomaba su limonada y saboreaba sus caracoles marinos, Pereira escuchó algunas frases. A París, decía Aquilino Ribeiro, el único lugar posible es París. Y Bernardo Marques asentía diciendo: Me han propuesto que haga dibujos para varias revistas, pero yo ya no tengo ganas de dibujar, éste es un país horrendo, es mejor no colaborar con nadie. Pereira terminó sus caracoles y su limonada, se levantó y se detuvo frente a la mesa de los dos artistas. Deseo que los señores tengan un buen día, dijo, permítanme que me presente, mi nombre es Pereira, de la página cultural del *Lisboa*, todo Portugal está orgulloso de tener dos artistas como ustedes, personas como ustedes son las que nos hacen falta.

Después salió a la deslumbrante luz del mediodía y se dirigió al tren. Sacó el billete hasta Parede y preguntó cuánto tiempo se tardaba. El empleado contestó que se tardaba poco y él se sintió satisfecho. Era el tren de la línea de Estoril y transportaba sobre todo a gente de vacaciones. Pereira se colocó al lado izquierdo del compartimiento, porque tenía ganas de ver el mar. El vagón estaba prácticamente desierto, dada la hora, y Pereira eligió un asiento a su gusto, bajó un poco la cortina para que el sol no le diera en los ojos, dado que su lado estaba orientado al sur, y miró el mar. Se puso a pensar en su vida, pero de esto no tiene ganas de hablar, sostiene. Prefiere decir que el mar estaba en calma y que en las playas había bañistas. Pereira pensó en el tiempo que hacía que no se bañaba en el mar, y le parecieron siglos. Le vinieron a la cabeza los tiempos de Coimbra, cuando iba a las playas de los alrededores de Oporto, a La Granja o a Espinho, por ejemplo, donde había un casino y un club. El mar estaba helado en aquellas playas del norte, pero él era capaz de nadar mañanas enteras mientras sus compañeros

de universidad, todos tiritando, le esperaban en la playa. Después se vestían, se ponían una chaqueta elegante y se dirigían al club a jugar al billar. La gente les admiraba y el *maître* les recibía diciendo: ¡Aquí están los estudiantes de Coimbra! Y les daba el mejor billar.

Pereira se sobresaltó cuando el tren pasó por delante de Santo Amaro. Era una hermosa playa en forma de arco y se veían las casetas de tela de rayas blancas y azules. El tren se detuvo y a Pereira se le ocurrió bajar e ir a tomar un baño, total, podía coger el siguiente tren. Fue más fuerte que él. Pereira no sabría decir por qué sintió aquel impulso, quizá porque había estado pensando en sus tiempos de Coimbra y en los baños en La Granja. Descendió con su pequeña maleta y atravesó el subterráneo que conducía a la playa. Cuando llegó a la arena, se quitó los zapatos y los calcetines y siguió avanzando así, sosteniendo en una mano la maleta y en la otra los zapatos. Vio enseguida al encargado, un jovencuelo bronceado que vigilaba a los bañistas recostado en una tumbona. Pereira se acercó a él y dijo que deseaba alquilar un bañador y una cabina. El encargado le miró de arriba abajo con aire socarrón y murmuró: No sé si tenemos bañadores de su talla, de todas formas tenga las llaves del almacén, es la caseta más grande, la número uno. Y después preguntó con un tono que a Pereira le pareció irónico: ¿Le hace falta también un salvavidas? Sé nadar muy bien, respondió Pereira, quizá mejor que usted, no se preocupe. Cogió la llave del almacén y la llave de la cabina y se alejó. En el almacén había un poco de todo: boyas, salvavidas hinchables, una red de pesca cubierta de corchos, bañadores. Revolvió entre los trajes de baño para ver si encontraba uno a la antigua, de esos completos, que le cubriera también la tripa. Consiguió encontrarlo y se lo puso. Le estaba un poco ajustado y era de lana, pero no encontró nada mejor. Llevó su maleta y su ropa a la caseta y cruzó la playa. En la orilla había un grupo de jóvenes que jugaban a la pelota y Pereira les evitó. Entró en el agua con calma, poco a poco, dejando que el frescor le abrazara lentamente. Después, cuando el agua le llegaba al ombligo, se zambulló y se puso a nadar a crol lenta y mesuradamente. Nadó mucho rato, hasta las boyas. Cuando se abrazó a la boya de salvamento sintió que le faltaba el aliento y que su corazón latía enloquecidamente. Estoy loco, pensó, no nado desde hace siglos y me tiro al agua así, como si fuera un deportista. Descansó aferrado a la boya, después se puso a hacer el muerto. El cielo sobre sus ojos era de un azul feroz. Pereira recobró el aliento y volvió reposadamente, con lentas brazadas. Pasó delante del encargado y quiso devolverle la indirecta. Como ha visto, no he tenido necesidad del salvavidas, dijo, ¿cuándo pasa el próximo tren para Estoril? El encargado consultó el reloj. Dentro de un cuarto de hora, contestó. Estupendo, dijo Pereira, entonces sígame hasta la caseta, que voy a cambiarme, y le pagaré, porque tengo el tiempo justo. Se vistió en la caseta, salió, pagó al encargado, se peinó su escaso pelo con un peinecillo que llevaba en la cartera y se despidió. Hasta pronto, dijo, y vigile a esos chicos que juegan a la pelota, me parece que no saben nadar y además están molestando a los bañistas.

Se metió por el paso subterráneo y se sentó en un banco de piedra bajo la marquesina. Oyó llegar el tren y miró su reloj. Era tarde, pensó, probablemente en la clínica talasoterápica le estaban esperando para la comida, porque en las clínicas se come pronto. Pensó: Qué le vamos a hacer. Pero se sentía bien, se sentía relajado y fresco, mientras el tren entraba en la estación, y además tenía todo el tiempo del mundo para la clínica talasoterápica, iba a permanecer en ella por lo menos una semana, sostiene Pereira.

Cuando llegó a Parede eran casi las dos y media. Tomó un taxi y pidió al taxista que le llevara a la clínica talasoterápica. ¿La de los tuberculosos?, preguntó el taxista. No lo sé, respondió Pereira, una que está en el paseo marítimo. Pero si está a dos pasos, dijo el taxista, puede ir a pie perfectamente. Mire, dijo Pereira, estoy cansado y hace mucho calor, le daré luego una propina.

La clínica talasoterápica era un edificio rosa con un gran jardín lleno de palmeras.

Quedaba en lo alto, sobre las rocas, y había una escalinata que conducía a la calle y después a la playa. Pereira subió fatigosamente por la escalinata y entró en el vestíbulo. Fue recibido por una gruesa señora de mejillas coloradas con una bata blanca. Soy el señor Pereira, dijo Pereira, mi médico, el doctor Costa, debió de telefonar para reservarme una habitación. Ah, señor Pereira, dijo la señora de la bata blanca, le esperábamos para la hora de comer, ¿cómo es que llega tan tarde?, ¿ha comido ya? La verdad es que no he tomado más que unos caracoles en la estación, admitió Pereira, y tengo un poco de apetito. Sígame entonces, dijo la señora de la bata blanca, el restaurante está cerrado pero María das Dores no se ha ido aún y podrá prepararle un bocado. Le precedió hasta el comedor, un vasto local con ventanales al mar. Estaba completamente desierto. Pereira se sentó a una mesa y llegó un señora con delantal y un visible bigotillo. Soy Maria das Dores, dijo la mujer, soy la cocinera, le puedo preparar alguna cosita a la plancha. Un lenguado, respondió Pereira, gracias. Pidió también una limonada y comenzó a saborearla con placer. Se quitó la chaqueta y se puso la servilleta sobre la camisa. Maria das Dores vino con un pescado a la plancha. Ya no nos quedaban lenguados, dijo, le he preparado una dorada. Pereira empezó a comérsela con ganas. Los baños de algas son a las cinco, dijo la cocinera, pero, si no le apetece y prefiere echarse una siesta, puede empezar mañana, su médico es el doctor Cardoso. Irá a verle a su habitación a las seis de la tarde. Perfecto, dijo Pereira, creo que iré a reposar un rato.

Subió a su habitación, que era la veintidós, y encontró allí su maleta. Cerró las persianas, se lavó los dientes y se tumbó en la cama sin pijama. Corría una estupenda brisa atlántica que se filtraba a través de las persianas y agitaba las cortinas. Pereira se quedó dormido casi enseguida. Tuvo un hermoso sueño, un sueño de su juventud, él estaba en la playa de La Granja y nadaba en un océano que parecía una piscina, y al borde de aquella piscina había una muchacha pálida que le esperaba con una toalla entre los brazos. Y entonces él volvía del baño y el sueño continuaba, pero Pereira prefiere no decir cómo continuaba, porque su sueño no tiene nada que ver con esta historia, sostiene.

A las seis y media Pereira oyó que llamaban a la puerta, pero ya estaba despierto, sostiene. Miraba las franjas de luz y de sombra de las persianas sobre el techo, pensaba en *Honorine* de Balzac, en el arrepentimiento, y le parecía que él también tendría que arrepentirse de algo, pero no sabía de qué. De repente sintió deseos de hablar con el padre Antonio, porque a él podría confiarle que deseaba arrepentirse, pero no sabía de qué debía arrepentirse, sentía tan sólo una nostalgia de arrepentimiento, eso es lo que quería decirle, o quizá sólo le gustara la idea del arrepentimiento, quién sabe.

¿Sí?, preguntó Pereira. Es la hora del paseo, dijo la voz de una enfermera detrás de la puerta, el doctor Cardoso le espera en el vestíbulo. Pereira no tenía ganas de dar ningún paseo, sostiene, pero de todos modos se levantó, deshizo la maleta, se puso unos zapatos de rejilla, unos pantalones de algodón y una camisa ancha de color caqui. Colocó el retrato de su mujer sobre la mesa y le dijo: Ya ves, aquí me tienes, en la clínica talasoterápica, pero si me aburro me marcharé, por suerte me he traído un libro de Alphonse Daudet, así puedo hacer alguna traducción para el periódico, de Daudet nos gustó sobre todo *Le petit chose*, ¿lo recuerdas?, lo leímos en Coimbra y a ambos nos conmovió, era la historia de una infancia y quizá pensábamos en un hijo que después nunca tuvimos, en fin, qué le vamos a hacer, de todas formas me he traído los *Cantes du lundi* y creo que estaría bien una novela corta para el *Lisboa*, bueno, ahora perdóname, tengo que marcharme, parece que hay un doctor que me está esperando, veamos cuáles son los métodos de la talasoterapia, nos veremos más tarde.

Cuando llegó al vestíbulo, vio a un señor con una bata blanca que contemplaba el mar desde las ventanas. Pereira se le acercó. Era un hombre entre treinta y cinco y cuarenta años, con perilla rubia y ojos azules. Buenas tardes, dijo el médico con una tímida sonrisa, soy el doctor Cardoso, usted es el señor Pereira, supongo, estaba esperándole, es la hora del paseo de los pacientes por la playa, pero si usted lo prefiere podemos quedarnos hablando aquí o salir al jardín. Pereira contestó que efectivamente no le apetecía mucho dar un paseo por la playa, dijo que aquel día ya había estado en la playa y le contó el baño que se había dado en Santo Amaro. Oh, magnífico, exclamó el doctor Cardoso, creía que tendría que vérmelas con un paciente más difícil, pero veo que la naturaleza todavía le atrae. Quizá más que nada me atraen los recuerdos, dijo Pereira. ¿En qué sentido?, preguntó el doctor Cardoso. Tal vez se lo cuente en otro momento, dijo Pereira, pero ahora no, quizá mañana.

Salieron al jardín. ¿Damos un paseo?, propuso el doctor Cardoso, le sentará bien a usted y me sentará bien a mí. Tras las palmeras del jardín, que crecían entre las rocas y la arena, había un hermoso parque. Pereira siguió al doctor Cardoso, quien parecía tener ganas de charlar. En estos días está usted a mi cuidado, dijo el médico, necesito hablar con usted y conocer sus costumbres, no debe tener secretos conmigo. Pregúnteme lo que desee, dijo Pereira con disponibilidad. El doctor Cardoso cogió una brizna de hierba y se la puso en la boca. Empecemos por sus hábitos alimentarios, preguntó, ¿cuáles son? Por la mañana me tomo un café, respondió Pereira, después un almuerzo y una cena, como todo el mundo, es muy sencillo. ¿Y qué suele comer?, preguntó el doctor Cardoso, es decir, ¿qué tipo de alimentación toma? Tortillas, hubiera querido responder Pereira, prácticamente sólo como tortillas, porque mi portera me prepara pan y tortillas y porque en el Café Orquídea sólo sirven *omelettes* a las finas hierbas. Pero sintió vergüenza y respondió de modo distinto. Alimentación variada, dijo, pescado, carne, verdura,

soy bastante frugal en la comida y me alimento de una forma racional. Y ¿cuándo empezó a manifestarse su obesidad?, preguntó el doctor Cardoso. Hace algunos años, respondió Pereira, después de la muerte de mi esposa. En cuanto a los dulces, preguntó el doctor Cardoso, ¿come usted muchos dulces? Nunca, respondió Pereira, no me gustan, sólo bebo limonadas. ¿Cómo son esas limonadas?, preguntó el doctor Cardoso. Zumo natural de limón, dijo Pereira, me gusta, me refresca y tengo la impresión de que les sienta bien a mis intestinos, porque a menudo tengo los intestinos alterados. ¿Cuántas al día?, preguntó el doctor Cardoso. Pereira lo pensó unos instantes. Depende del día, respondió, ahora en verano, por ejemplo, unas diez. ¡Diez limonadas al día!, exclamó el doctor Cardoso, señor Pereira, me parece una locura, y, dígame, ¿les pone azúcar? Las lleno de azúcar, dijo Pereira, la mitad del vaso de limonada y la otra mitad de azúcar. El doctor Cardoso escupió la brizna de hierba que tenía en la boca, hizo un gesto perentorio con la mano y sentenció: Desde hoy se acabaron las limonadas, las sustuiremos por agua mineral, sería mejor sin gas, pero si la prefiere con gas, no importa. Había un banco bajo los cedros del parque y Pereira se sentó, obligando a sentarse al doctor Cardoso. Perdóneme, señor Pereira, dijo el doctor Cardoso, ahora quisiera hacerle una pregunta íntima: ¿Qué me dice de su actividad sexual? Pereira miró las copas de los árboles y dijo: Explíquese mejor. Mujeres, explicó el doctor Cardoso, ¿va usted con mujeres, tiene una actividad sexual normal? Mire, doctor, dijo Pereira, yo soy viudo, ya no soy tan joven y tengo un trabajo absorbente, no tengo ni tiempo ni ganas de buscar mujeres. ¿De ninguna clase?, preguntó el doctor Cardoso, qué sé yo, una aventura, una mujer de vida disipada, de vez en cuando. Ni siquiera eso, dijo Pereira, y sacó un cigarro preguntando si podía fumar. El doctor Cardoso se lo permitió. Eso no le sienta nada bien a su cardiopatía, dijo, pero si no puede prescindir de ello... No, no puedo prescindir porque sus preguntas me incomodan, confesó Pereira. Pues todavía tengo otra pregunta incómoda, dijo el doctor Cardoso, ¿tiene usted poluciones nocturnas? No entiendo su pregunta, dijo Pereira. Bueno, dijo el doctor Cardoso, quiero decir si no tiene sueños eróticos en que llegue hasta el orgasmo, tiene sueños eróticos?, ¿con qué sueña? Escuche, doctor, respondió Pereira, mi padre me enseñó que nuestros sueños son la cosa más privada que tenemos y que no hay que revelarlos a nadie. Pero usted está aquí para curarse y yo soy su médico, replicó el doctor Cardoso, su *psique* está en relación con su cuerpo y necesito saber qué es lo que sueña. A menudo sueño con La Granja, confesó Pereira. ¿Es una mujer?, preguntó el doctor Cardoso. Es una localidad, dijo Pereira, es una playa cerca de Oporto, iba de joven cuando estudiaba en Coimbra, también estaba Espinho, era una playa elegante, con piscina y casino, a veces nadaba y jugaba al billar, porque había una hermosa sala de billar, allí iba también mi novia, con la que luego me casé, ella era una muchacha enferma, pero por aquel entonces no lo sabía, sólo tenía fuertes dolores de cabeza, aquélla fue una buena época de mi vida, y sueño con ella quizá porque me gusta soñarla. Muy bien, dijo el doctor Cardoso, ya basta por hoy, esta noche me gustaría cenar con usted, podemos hablar de esto y aquello, a mí me gusta mucho la literatura y he visto que su periódico dedica un gran espacio a los escritores franceses del siglo XIX, ¿sabe?, yo estudié en París, soy de cultura francesa, esta noche le describiré el programa de mañana, nos veremos en el salón restaurante a las ocho.

El doctor Cardoso se levantó y se despidió. Pereira permaneció sentado y se puso a contemplar las copas de los árboles. Perdóneme, doctor, le había prometido que apagaría el cigarro, pero tengo ganas de fumármelo hasta el final. Haga lo que le parezca, respondió el doctor Cardoso, a partir de mañana empezaremos la dieta. Pereira se quedó solo fumando. Pensó que el doctor Costa, a pesar de que era un viejo conocido suyo, no le habría hecho nunca preguntas tan personales y reservadas, evidentemente los médicos jóvenes que habían estudiado en París eran diferentes por completo. Pereira sintió estupor y una gran incomodidad a posteriori, pero pensó que era mejor no reflexionar demasiado sobre ello, en efecto aquélla era una clínica verdaderamente particular, sostiene.

A las ocho, puntualísimo, el doctor Cardoso estaba sentado a la mesa del comedor. Pereira también llegó puntual, sostiene, y se dirigió a la mesa. Se había puesto su traje gris y la corbata negra. Cuando entró en la sala miró a su alrededor. Los presentes podían ser una cincuentena, y todos eran ancianos. Más viejos que él, sin duda, en su mayor parte matrimonios de viejos que cenaban en la misma mesa. Eso le hizo sentirse mejor, sostiene, porque pensó que en el fondo él era de los más jóvenes y le gustó no verse tan viejo. El doctor Cardoso le sonrió e hizo ademán de levantarse. Pereira le hizo permanecer en su sitio con un gesto de la mano. Bueno, doctor Cardoso, dijo Pereira, también en esta cena me pongo en sus manos. Un vaso de agua mineral en ayunas es siempre una buena regla de higiene, dijo el doctor Cardoso. Con gas, pidió Pereira. Con gas, concedió el doctor Cardoso, y le llenó el vaso. Pereira se la bebió con una leve sensación de repugnancia y deseó una limonada. Señor Pereira, dijo el doctor Cardoso, me gustaría saber cuáles son sus proyectos para la página cultural del *Lisboa*, me gustaron mucho la efemérides de Pessoa y el cuento de Maupassant, estaba muy bien traducido. Lo traduje yo, respondió Pereira, pero no me gusta firmar. Debería hacerlo, replicó el doctor Cardoso, sobre todo los artículos más importantes, ¿y qué nos reserva para el futuro su periódico? Pues verá, doctor Cardoso, respondió Pereira, para los próximos tres o cuatro números hay un relato de Balzac, se llama *Honorine*, no sé si lo conoce. El doctor Cardoso negó con la cabeza. Es un relato sobre el arrepentimiento, dijo Pereira, un hermoso cuento sobre el arrepentimiento, tanto que lo he leído en clave autobiográfica. ¿Un arrepentimiento del gran Balzac?, interrumpió el doctor Cardoso. Pereira permaneció pensativo unos instantes. Perdóneme que se lo pregunte, doctor Cardoso, dijo, usted me ha dicho esta tarde que había estudiado en Francia, ¿qué estudios cursó?, si no le importa contestarme. Me licencié en medicina y después hice dos especialidades, una de dietética y otra de psicología, respondió el doctor Cardoso. No veo la conexión entre las dos especialidades, sostiene haber dicho Pereira, perdóneme pero no veo la conexión. Quizá haya más conexión de la que usted piensa, dijo el doctor Cardoso, no sé si usted puede imaginarse los nexos que unen nuestro cuerpo con nuestra psicología, pero hay más de los que se imagina, pero me estaba diciendo usted que el relato de Balzac es un relato autobiográfico. Bueno, no quería decir eso, rebatió Pereira, quería decir que yo lo leí en clave autobiográfica, que me he sentido identificado. ¿Con el arrepentimiento?, preguntó el doctor Cardoso. En cierta manera, dijo Pereira, aunque de una manera transversal, mejor dicho, la palabra es límite, digamos que me he sentido identificado de manera límite.

El doctor Cardoso hizo un gesto a la camarera. Esta noche comeremos pescado, dijo el doctor Cardoso, preferiría que tomara pescado a la plancha o hervido, pero puede tomarlo también de otras maneras. Ya he comido pescado a la plancha en el almuerzo, se justificó Pereira, y hervido sinceramente no me gusta, me sabe demasiado a hospital, y no me gusta considerarme en un hospital, preferiría pensar que estoy en un hotel, me apetecería mucho más un lenguado «a la molinera». Perfecto, dijo el doctor Cardoso, lenguado «a la molinera» con zanahorias rehogadas en mantequilla, lo tomaré yo también. Y después añadió: Arrepentimiento de manera límite, ¿qué significa? El hecho de que haya estudiado psicología me anima a hablar con usted, dijo Pereira, quizá sería mejor hablar con mi amigo el padre Antonio, que es sacerdote, pero a lo mejor él no me entendería, porque a los sacerdotes hay que confesarles las propias culpas y yo no me siento culpable de nada en especial, pero sin embargo siento el deseo de arrepentirme, siento nostalgia del arrepentimiento. Quizá debería profundizar en

esa cuestión, señor Pereira, dijo el doctor Cardoso, y si tiene ganas de hacerlo conmigo estoy a su disposición. Pues verá, dijo Pereira, es una extraña sensación, que está en la periferia de mi personalidad, por eso la llamo limítrofe, el hecho es que por una parte estoy contento de haber llevado la vida que he llevado, estoy contento de haber estudiado en Coimbra, de haberme casado con una mujer enferma que pasó toda su vida en sanatorios, de haberme ocupado de la crónica de sucesos durante tantos años en un gran periódico y ahora de haber aceptado dirigir la página cultural de este modesto periódico vespertino, pero, al mismo tiempo, es como si sintiera deseos de arrepentirme de mi vida, no sé si me explico.

El doctor Cardoso empezó a comer su lenguado «a la molinera» y Pereira siguió su ejemplo. Sería necesario que conociera mejor los últimos meses de su vida, dijo el doctor Cardoso, quizá haya habido algún evento. Un evento, ¿en qué sentido?, preguntó Pereira, ¿qué quiere decir? Evento es un término del psicoanálisis, dijo el doctor Cardoso, no es que yo crea demasiado en Freud, porque soy sincrético, pero sobre el hecho del evento sin duda tiene razón, el evento es un acontecimiento concreto que se verifica en nuestra vida y que trastoca o perturba nuestras convicciones o nuestro equilibrio, en fin, el evento es un hecho que se produce en la vida real y que influye en la vida psíquica, usted debería reflexionar sobre si en su vida ha ocurrido algún evento. He conocido a una persona, sostiene haber dicho Pereira, mejor dicho, a dos personas, un joven y una muchacha. Siga hablándome de ello, dijo el doctor Cardoso. Bueno, dijo Pereira, el hecho es que necesitaba para la página cultural necrológicas anticipadas de aquellos escritores importantes que pueden morir de un momento a otro, y la persona que conocí había escrito una tesina sobre la muerte, la verdad es que en parte la copió, pero al principio me pareció que era un experto en el tema de la muerte, así que lo contraté como ayudante, para hacer las necrológicas anticipadas, y él me escribió algunas, se las pagué de mi bolsillo porque no quería que resultara una carga para el periódico, pero son todas impublicables, porque ese chico tiene metida la política en la cabeza y plantea todas las necrológicas desde un punto de vista político, a decir verdad, creo que es su chica la que le mete todas esas ideas en la cabeza, ya sabe, fascismo, socialismo, la guerra civil en España y cosas parecidas, son todos artículos impublicables, como ya le he dicho, y hasta ahora se los he pagado. No hay nada malo en ello, respondió el doctor Cardoso, en el fondo está arriesgando sólo su dinero. No es eso, sostiene haber admitido Pereira, el hecho es que me ha surgido una duda: ¿y si esos dos chicos tuvieran razón? En tal caso, ellos tendrían razón, dijo pacatamente el doctor Cardoso, pero es la Historia quien lo dirá y no usted, señor Pereira. Sí, dijo Pereira, pero si ellos tuvieran razón mi vida no tendría sentido, no tendría sentido haber estudiado Letras en Coimbra y haber creído siempre que la literatura era la cosa más importante del mundo, no tendría sentido que yo dirija la página cultural de ese periódico vespertino en el que no puedo expresar mi opinión y en el que tengo que publicar cuentos del siglo XIX francés, ya nada tendría sentido, y es de eso de lo que siento deseos de arrepentirme, como si yo fuera otra persona y no el Pereira que ha sido siempre periodista, como si tuviera que renegar de algo.

El doctor Cardoso llamó a la camarera y pidió dos ronedonias de fruta sin azúcar y sin helado. Quisiera hacerle una pregunta, dijo el doctor Cardoso, ¿conoce usted los *médecins-philosophes*? No, admitió Pereira, no los conozco, ¿quiénes son? Los más importantes son Théodule Ribot y Pierre Janet, dijo el doctor Cardoso, fueron sus obras lo que estudié en París, son médicos y psicólogos, pero también filósofos, propugnan una teoría que me parece interesante, la de la confederación de las almas. Explíqueme esa teoría, dijo Pereira. Pues bien, dijo el doctor Cardoso, creer que somos «uno» que tiene existencia por sí mismo, desligado de la inconmensurable pluralidad de los propios yo, representa una ilusión, por lo demás ingenua, de la tradición cristiana de un alma única; el doctor Ribot y el doctor Janet ven la personalidad como una confederación de varias almas, porque nosotros tenemos varias almas dentro de nosotros, ¿comprende?, una

confederación que se pone bajo el control de un yo hegemónico. El doctor Cardoso hizo una breve pausa y después continuó. Lo que llamamos la norma, o nuestro ser, o la normalidad, es sólo un resultado, no una premisa, y depende del control de un yo hegemónico que se ha impuesto en la confederación de nuestras almas; en el caso de que surja otro yo, más fuerte y más potente, este yo destrona al yo hegemónico y ocupa su lugar, pasando a dirigir la cohorte de las almas, mejor dicho, la confederación, y su predominio se mantiene hasta que es destronado a su vez por otro yo hegemónico, sea por un ataque directo, sea por una paciente erosión. Tal vez, concluyó el doctor Cardoso, tras una paciente erosión haya un yo hegemónico que esté ocupando el liderazgo de la confederación de sus almas, señor Pereira, y usted no puede hacer nada, tan sólo puede, eventualmente, apoyarlo.

El doctor Cardoso acabó de comer su macedonia y se limpió los labios con la servilleta. ¿Y qué puedo hacer?, preguntó Pereira. Nada, respondió el doctor Cardoso, simplemente esperar, quizá haya en usted un yo hegemónico que, tras una lenta erosión, después de todos estos años dedicados al periodismo escribiendo la crónica de sucesos, creyendo que la literatura era la cosa más importante del mundo, quizá haya un yo hegemónico que está tomando la dirección de la confederación de sus almas, déjelo salir a la superficie, de todas formas no puede actuar de otra manera, no lo conseguiría y entraría en conflicto consigo mismo, y si quiere arrepentirse de su vida, arrepíentase, e incluso, si tiene ganas de contárselo a un sacerdote, cuénteselo, en fin, señor Pereira, si usted empieza a pensar que esos chicos tienen razón y que hasta ahora su vida ha sido inútil, piénselo tranquilamente, quizá de ahora en adelante su vida ya no le parecerá inútil, déjese llevar por su nuevo yo hegemónico y no compense su sufrimiento con la comida y con limonadas llenas de azúcar.

Pereira acabó de comer su macedonia de fruta y se quitó la servilleta que se había puesto alrededor del cuello. Su teoría es muy interesante, dijo, reflexionaré al respecto, me gustaría tomar un café, ¿qué le parece? El café produce insomnio, dijo el doctor Cardoso, pero si usted no quiere dormir es asunto suyo, los baños de algas son dos veces al día, a las nueve de la mañana y a las cinco de la tarde, me gustaría que fuera usted puntual mañana por la mañana, estoy seguro de que un baño de algas le sentará bien.

Buenas noches, murmuró Pereira. Se levantó y se alejó. Dio algunos pasos y se volvió. El doctor Cardoso le sonreía. Seré puntual, a las nueve, sostiene haber dicho Pereira.

Sostiene Pereira que a las nueve de la mañana bajó la escalera que conduce a la playa de la clínica. En la escollera que bordeaba la playa habían sido excavadas dos enormes piscinas de roca en las que las olas del mar entraban continuamente. Las piscinas estaban llenas de algas largas, brillantes y gruesas que formaban un estrato compacto a ras de agua, y algunas personas chapoteaban dentro. Junto a las piscinas surgían dos casetas de madera pintadas de azul: los vestuarios. Pereira vio al doctor Cardoso que vigilaba a los pacientes sumergidos en las piscinas y les daba instrucciones sobre el modo de moverse. Pereira se le acercó y le dio los buenos días. Se sentía de buen humor, sostiene, y le habían entrado ganas de introducirse en aquellas piscinas, aunque en la playa hacía frío y quizá la temperatura del agua no era la ideal para un baño. Le pidió al doctor Cardoso que le proporcionara un traje de baño, porque él se había olvidado de llevarlo consigo, se justificó, y le dijo que si podría encontrarle uno de los antiguos, de esos que cubren el vientre y parte del pecho. El doctor Cardoso sacudió la cabeza. Lo siento, señor Pereira, dijo, pero tendrá que vencer su pudor, el efecto beneficioso de las algas se produce sobre todo por el contacto con la epidermis y es necesario que froten el vientre y el pecho, tendrá que ponerse un bañador corto, unos calzones. Pereira se resignó y entró en el vestuario. Dejó sus pantalones y su camisa de color caqui en el guardarropa y salió. El aire era verdaderamente frío pero tonificante. Pereira probó el agua con un pie, pero no estaba tan gélida como esperaba. Entró en el agua con cautela, sintiendo una ligera repugnancia por todas aquellas algas que se pegaban a su cuerpo. El doctor Cardoso se acercó al borde de la piscina y empezó a darle instrucciones. Mueva los brazos como si hiciera ejercicios gimnásticos, le dijo, y masajéese con las algas el vientre y el pecho. Pereira siguió atentamente las instrucciones hasta que notó que empezaba a jadear. Entonces se detuvo, con el agua hasta el cuello, y se puso a mover las manos, lentamente. ¿Cómo ha dormido esta noche?, le preguntó el doctor Cardoso. Bien, respondió Pereira, pero he leído hasta tarde, traje conmigo un libro de Alphonse Daudet, ¿le gusta Daudet? Lo conozco mal, confesó el doctor Cardoso. He pensado en traducir un relato de los *Cantes du lundi*, me gustaría publicarlo en el *Lisboa*, dijo Pereira. Cuéntemelo, dijo el doctor Cardoso. Verá, dijo Pereira, se llama *La dernière classe*, habla de un maestro de un pueblo francés en Alsacia, sus alumnos son hijos de campesinos, pobres muchachos que tienen que trabajar en el campo y que faltan a sus clases y el maestro está desesperado. Pereira dio unos pasos adelante para que el agua no le entrara en la boca. Y, en fin, continuó, se llega al último día de escuela, la guerra franco-prusiana ha terminado, el maestro aguarda sin esperanza que llegue algún alumno y, en cambio, llegan todos los hombres de aquel pueblo, los campesinos, los viejos del lugar, que vienen a rendir homenaje al maestro francés que ha de partir, porque saben que al día siguiente su tierra será ocupada por los alemanes, entonces el maestro escribe en la pizarra «Viva Francia», y se marcha así, con lágrimas en los ojos, dejando en el aula una gran conmoción. Pereira se quitó dos largas algas de los brazos y preguntó: ¿Qué le parece, doctor Cardoso? Hermoso, respondió el doctor Cardoso, pero no sé si hoy en Portugal será bien recibido leer «Viva Francia», vistos los tiempos que corren, quién sabe si no estará dándole espacio a su nuevo yo hegemónico, señor Pereira, me parece estar entreviendo un nuevo yo hegemónico. Pero ¿qué dice, doctor Cardoso?, dijo Pereira, sólo es un cuento decimonónico, es agua pasada. Sí, dijo el doctor Cardoso, pero incluso así sigue siendo un cuento contra Alemania, y Alemania es intocable en un país como el nuestro, ¿ha visto cómo nos han impuesto el saludo en las celebraciones oficiales?, saludan todos con el brazo en alto, como los nazis. Ya veremos, dijo Pereira, de todos modos el *Lisboa* es un periódico independiente.

Y después preguntó: ¿Puedo salir? Diez minutos más, replicó el doctor Cardoso, ya que está aquí, quédese y cumpla con el tiempo de la terapia, pero perdóneme, ¿qué significa para usted ser un periódico independiente en Portugal? Un periódico que no está vinculado a ningún movimiento político, respondió Pereira. Puede ser, dijo el doctor Cardoso, pero el director de su periódico, querido señor Pereira, es un personaje del régimen, aparece en todas las ceremonias oficiales y cómo alza el brazo, parece que quiera lanzarlo como una jabalina. Eso es cierto, admitió Pereira, pero en el fondo no es mala persona, y por lo que respecta a la página cultural me ha conferido plenos poderes. Eso es muy cómodo, objetó el doctor Cardoso, total, existe la censura preventiva, cada día, antes de salir, las pruebas de su periódico tienen que pasar el imprimátur de la censura preventiva, y si hay algo que no funciona estése tranquilo que no será publicado, a lo mejor dejan un espacio en blanco, eso ya me ha ocurrido, ver periódicos portugueses con grandes espacios en blanco, da mucha rabia y una profunda melancolía. Lo entiendo, dijo Pereira, yo también los he visto, pero al *Lisboa* todavía no le ha sucedido. Puede suceder, replicó en tono bromista el doctor Cardoso, eso dependerá del yo hegemónico que tome el timón de su confederación de almas. Y después añadió: ¿Sabe lo que le digo, señor Pereira?, si quiere usted ayudar a ese yo hegemónico que está asomando la cabeza, tal vez debería marcharse a otro sitio, abandonar este país, creo que tendrá menos conflictos consigo mismo, al fin y al cabo usted puede hacerlo, es un profesional serio, habla bien el francés, está viudo, no tiene hijos, ¿qué le ata a este país? Una vida pasada, respondió Pereira, la nostalgia, y usted, doctor Cardoso, ¿por qué no vuelve a Francia?, allí estudió y es de formación francesa. No lo descarto, respondió el doctor Cardoso, tengo contactos con una clínica talasoterápica de Saint-Malo, puede que me decida de un momento a otro. ¿Puedo salir ahora?, preguntó Pereira. Ha pasado el tiempo sin que nos diéramos cuenta, dijo el doctor Cardoso, ha estado en la terapia quince minutos más de los necesarios, vaya, vaya a vestirse, ¿qué me dice, comemos juntos? Con mucho gusto, asintió Pereira.

Aquel día Pereira comió acompañado por el doctor Cardoso, sostiene, y, aconsejado por éste, comió una pescadilla hervida. Hablaron de literatura, de Maupassant y de Daudet, y de Francia, que era un gran país. Y después Pereira se retiró a su habitación, donde reposó un cuarto de hora, sólo se adormiló, y luego se puso a contemplar las franjas de luz y de sombra de las persianas en el techo. A media tarde se levantó, se duchó, se vistió de nuevo, se puso su corbata negra y se sentó ante el retrato de su esposa. Me he encontrado con un médico inteligente, le dijo, se llama Cardoso, estudió en Francia, me ha explicado una teoría suya sobre el alma humana, mejor dicho, es una teoría filosófica francesa, por lo visto en nuestro interior hay una confederación de almas y cada cierto tiempo hay un yo hegemónico que toma las riendas de la confederación, el doctor Cardoso sostiene que estoy cambiando mi yo hegemónico, de la misma forma que las serpientes cambian de piel, y que este yo hegemónico cambiará mi vida, no sé hasta qué punto es cierto todo esto y, a decir verdad, no estoy muy convencido, en fin, qué le vamos a hacer, ya veremos.

Después se sentó a la mesa y empezó a traducir *La última lección* de Daudet. Se había llevado su *Larousse*, que le fue muy útil. Pero tradujo sólo una página, porque quería hacerlo con calma y porque aquel cuento le hacía compañía. Y, en efecto, durante toda la semana que Pereira permaneció en la clínica talasoterápica, pasó todas las tardes traduciendo el relato de Daudet, sostiene. Fue una semana estupenda, de dieta, terapia y reposo, animada por la presencia del doctor Cardoso, con quien mantuvo siempre conversaciones vivaces e interesantes, sobre todo de literatura. Fue una semana que pasó volando, el sábado apareció la primera entrega de *Honorine* de Balzac en el *Lisboa* y el doctor Cardoso le felicitó. El director no le llamó, lo que significaba que en el periódico todo marchaba bien. Ni siquiera Monteiro Rossi dio señales de vida, como tampoco Marta. En esos últimos días Pereira ya casi no pensaba en ellos. Y cuando abandonó la clínica para tomar el

tren hacia Lisboa, se sentía tonificado y en forma, y había adelgazado cuatro kilos, sostiene Pereira.

Regresó a Lisboa y buena parte de agosto transcurrió como si nada, sostiene Pereira. Su asistenta todavía no había regresado, encontró una postal de Setúbal en su buzón que decía: «Volveré a mediados de septiembre porque mi hermana tiene que operarse de varices, muchos saludos, Piedade.»

Pereira tomó de nuevo posesión de su apartamento. Por suerte, el tiempo había cambiado y no hacía mucho calor. Por la tarde se levantaba una impetuosa brisa atlántica que obligaba a ponerse la chaqueta. Volvió a la redacción y no encontró novedades. La portera ya no le torcía el gesto y le saludaba con mayor cordialidad, aunque en el rellano continuaba flotando un terrible olor a frito. El correo era escaso. Encontró el recibo de la luz y lo envió a la redacción. También había una carta que venía de Chaves, de una señora cincuentona que escribía cuentos infantiles y que ofrecía uno de ellos para el *Lisboa*. Era un cuento de hadas y elfos, que nada tenía que ver con Portugal y que la señora debía de haber copiado de algún relato irlandés. Pereira le escribió una amable carta, invitándola a inspirarse en el folklore portugués porque, le dijo, el *Lisboa* se dirigía a lectores portugueses, no a lectores anglosajones. Hacia finales de mes llegó una carta procedente de España. Iba dirigida a Monteiro Rossi, en el destinatario decía en español: A la atención del señor Monteiro Rossi, y debajo: Señor Pereira, Rua Rodrigo de Fonseca, 66, Lisboa, Portugal. Pereira sintió la tentación de abrirla. Casi se había olvidado de Monteiro Rossi o, por lo menos, eso creía, y le pareció increíble que aquel joven se hiciera mandar correspondencia a la redacción cultural del *Lisboa*. Después la puso en la carpeta de «Necrológicas» sin abrirla. Por las mañanas almorzaba en el Café Orquídea, pero ya no tomaba *omelettes* a las finas hierbas porque el doctor Cardoso se las había prohibido, y tampoco bebía limonadas, tomaba ensalada de pescado y bebía agua mineral. *Honorine* de Balzac fue publicado por completo y obtuvo un gran éxito de público. Pereira sostiene que incluso recibió dos telegramas, uno de Tavira y otro de Estremoz, que decían, el primero, que el relato era extraordinario, y el otro que el arrepentimiento era algo en lo que todos deberíamos pensar, y ambos acababan con la palabra «gracias». Pereira pensó que quizá alguien había recogido el mensaje dentro de la botella, quién sabe, y se preparó a elaborar la versión definitiva del cuento de Alphonse Daudet. El director le telefoneó una mañana para felicitarle por el relato de Balzac porque, según dijo, en la redacción central habían recibido un aluvión de cartas de felicitación. Pereira pensó que el director no podía percibir el mensaje dentro de la botella, y se alegró en su interior. En el fondo, aquello era verdaderamente un mensaje en clave, y sólo quien pudiera escucharlo podría aprehenderlo. El director no podía ni escucharlo ni aprehenderlo. Y ahora, señor Pereira, dijo el director, ¿ahora qué nos está preparando? Acabo de terminar de traducir un cuento de Daudet, respondió Pereira, confío en que quedará bien. Espero que no sea *L'Arlesienne*, replicó el director revelando con satisfacción uno de sus pocos conocimientos literarios, es un cuento un poco *osé*, y no sé si será apropiado para nuestros lectores. No, se limitó a contestar Pereira, es un relato de los *Cantes du lundí*, se llama *La última lección*, no sé si usted lo conoce, es un cuento patriótico. No lo conozco, respondió el director, pero si es un cuento patriótico está bien, todos necesitamos patriotismo en los tiempos que corren, el patriotismo sienta bien. Pereira se despidió y colgó. Estaba cogiendo el texto mecanografiado para llevarlo a tipografía cuando sonó el teléfono de nuevo. Pereira estaba en la puerta y se había puesto ya la chaqueta. ¿Oiga?, dijo una voz femenina, buenos días, señor Pereira, soy Marta, necesito verle. A Pereira le dio un vuelco el corazón y dijo: Marta, ¿cómo está usted, cómo está Monteiro Rossi? Luego se lo explicaré, señor Pereira, dijo

Marta, ¿dónde podríamos vernos esta noche? Pereira lo pensó un instante y a punto estuvo de decirle que pasara por su casa, luego pensó que mejor que no fuera en su casa y respondió: En el Café Orquídea, a las ocho y media. De acuerdo, dijo Marta, me he cortado el pelo y me lo he teñido de rubio, nos veremos en el Café Orquídea a las ocho y media, de todos modos, Monteiro Rossi está bien y le manda un artículo.

Pereira salió para ir a tipografía, y se sentía inquieto, sostiene. Pensó en volver a la redacción y esperar hasta la hora de la cena, pero consideró que debería regresar a su casa y tomar un baño refrescante. Cogió un taxi y lo obligó a subir la pendiente que llegaba hasta su edificio, habitualmente los taxistas no querían subir por aquella pendiente porque resultaba difícil maniobrar, así que Pereira tuvo que prometerle una propina, porque se sentía muy cansado, sostiene. Entró en casa y lo primero que hizo fue llenar la bañera de agua fría. Se sumergió y se frotó meticulosamente el vientre, como le había enseñado a hacerlo el doctor Cardoso. Después se puso el albornoz y paseó por el recibidor ante el retrato de su esposa. Marta ha vuelto a dar señales de vida, le dijo, parece que se ha cortado el pelo y se lo ha teñido de rubio, quién sabe por qué, me trae un artículo de Monteiro Rossi, pero ese Monteiro Rossi evidentemente sigue con lo suyo, estos chicos me preocupan, en fin, qué le vamos a hacer, luego te contaré cómo ha ido la cosa.

A las ocho y treinta y cinco, sostiene Pereira, entró en el Café Orquídea. Por lo único que reconoció a Marta en aquella delgada muchacha rubia de cabellos cortos que estaba cerca del ventilador fue porque llevaba el mismo vestido de siempre, de otra forma seguro que no la habría reconocido. Marta parecía transformada, con aquellos cabellos rubios y cortos, con flequillo y bucles sobre las orejas que le daban un aire travieso y extranjero, quizá francés. Y, además, debía de haber adelgazado por lo menos unos diez kilos. Sus hombros, que Pereira recordaba dulces y redondeados, eran ahora dos omóplatos huesudos, como dos alas de pollo. Pereira se sentó frente a ella y le dijo: Buenas noches, Marta, ¿qué le ha pasado? He decidido cambiar de aspecto, respondió Marta, en determinadas circunstancias es necesario y para mí se había vuelto necesario convertirme en otra persona.

Quién sabe por qué, a Pereira se le ocurrió hacerle una pregunta. No sabría decir por qué se la hizo. Tal vez porque era demasiado rubia y demasiado antinatural y a él le costaba hacerse a la idea de que aquella era la muchacha que había conocido, tal vez porque ella, de cuando en cuando, lanzaba alguna mirada furtiva a su alrededor como si esperara a alguien o temiera algo, pero lo cierto es que Pereira le preguntó: ¿Todavía se llama Marta? Para usted sigo siendo Marta, claro, respondió Marta, pero tengo un pasaporte francés, me llamo Lise Delaunay, soy pintora de profesión y estoy en Portugal para pintar paisajes a la acuarela, aunque el verdadero motivo sea hacer turismo.

Pereira sintió grandes deseos de pedir una *omelette* a las finas hierbas y de beber una limonada, sostiene. ¿Qué le parecería si nos tomáramos unas *omelettes* a las finas hierbas?, le preguntó a Marta. Encantada, respondió Marta, pero antes tomaría un oporto seco. Yo también, dijo Pereira, y pidió dos oportos secos. Me huelo algún problema, dijo Pereira, está usted metida en algún lío, Marta, confíesemelo. Así es, respondió Marta, pero es de la clase de líos que a mí me gustan, me encuentro a mi aire, en el fondo es la vida que yo he elegido. Pereira estiró los brazos. Si usted está contenta..., dijo, ¿y Monteiro Rossi?, también tiene problemas, supongo, porque no ha vuelto a dar señales de vida, ¿qué le pasa? Puedo hablar de mí misma, pero no de Monteiro Rossi, dijo Marta, yo sólo respondo por mí, no ha vuelto a ponerse en contacto con usted hasta ahora porque ha tenido problemas, de momento sigue fuera de Lisboa, recorre el Alentejo, pero sus problemas son acaso peores que los míos, en todo caso además necesita dinero y por eso le manda un artículo, dice que es una efemérides, si quiere puede darme a mí el dinero, yo me encargaré de hacérselo llegar.

Lo que faltaba, sus artículos, hubiera deseado responder Pereira, necrológicas o

efemérides, da lo mismo, no hago otra cosa que pagarlos de mi bolsillo, ese Monteiro Rossi, no sé aún por qué no lo despidió, yo le había propuesto que fuera periodista, le había proyectado una carrera. Pero no dijo nada de eso. Sacó la cartera y cogió dos billetes. Entrégueselos de mi parte, dijo, y ahora déme el artículo. Marta cogió un papel de su bolso y se lo dio. Mire, Marta, dijo Pereira, quisiera decirle en primer lugar que puede contar conmigo para algunas cosas, pero quisiera permanecer al margen de sus problemas, como sabe, la política no me interesa, de todos modos, si ve a Monteiro Rossi, dígame que dé señales de vida, quizá también a él pueda serle útil a mi manera. Usted es una gran ayuda para todos nosotros, señor Pereira, dijo Marta, nuestra causa no lo olvidará. Acabaron de comer las *omelettes* y Marta dijo que no podía entretenerse por más tiempo. Pereira se despidió de ella y Marta se marchó deslizándose con delicadeza. Pereira se quedó en su mesa y pidió otra limonada. Hubiera querido hablar de todo aquello con el padre Antonio o con el doctor Cardoso, pero a aquellas horas con seguridad el padre Antonio estaría ya durmiendo y el doctor Cardoso estaba en Parede. Bebió su limonada y pagó la cuenta. ¿Qué, qué pasa por el mundo?, dijo al camarero cuando se acercó. Cosas peregrinas, respondió Manuel, cosas peregrinas, señor Pereira. Pereira le puso una mano en el brazo. ¿Cómo que peregrinas?, preguntó. ¿No sabe lo que está pasando en España?, respondió el camarero. No, no lo sé, dijo Pereira. Por lo visto, hay un gran escritor francés que ha denunciado la represión franquista en España, dijo Manuel, ha estallado un escándalo con el Vaticano. ¿Cómo se llama ese escritor francés?, preguntó Pereira. Bueno, respondió Manuel, ahora no me acuerdo, es un escritor que seguro que usted conoce, se llama Bernan, Bernadette o algo así. ¡Bernanos!, exclamó Pereira, ¿se llama Bernanos? Exacto, respondió Manuel, es así como se llama. Es un gran escritor católico, dijo con orgullo Pereira, sabía que tomaría partido, tiene una ética de hierro. Y se le ocurrió que quizá podría publicar en el *Lisboa* un par de capítulos del *Journal d'un curé de campagne*, que todavía no había sido traducido al portugués. Se despidió de Manuel y le dejó una buena propina. Hubiera deseado hablar con el padre Antonio, pero el padre Antonio a aquellas horas dormía, se levantaba todas las mañanas a las seis para celebrar la misa en la Iglesia das Mercês, sostiene Pereira.

A la mañana siguiente Pereira se levantó muy temprano, sostiene, y fue a buscar al padre Antonio. Le encontró en la sacristía de la iglesia, mientras se quitaba los ornamentos sacros. Hacía mucho fresco en la sacristía, en la pared colgaban cuadros devotos y exvotos.

Buenos días, padre Antonio, dijo Pereira, aquí me tiene. Pereira, balbuceó el padre Antonio, cuánto tiempo sin verte, ¿dónde te habías metido? Estuve en Parede, se justificó Pereira, he pasado una semana en Parede. ¿En Parede?, exclamó el padre Antonio, ¿y qué hacías tú en Parede? He estado en una clínica talasoterápica, respondió Pereira, tomando baños de algas y curas naturales. El padre Antonio le pidió que le ayudara a quitarse la estola y le dijo: Qué cosas se te ocurren. He adelgazado cuatro kilos, añadió Pereira, y he conocido a un médico que me ha contado una interesante teoría sobre el alma. ¿Has venido por eso?, preguntó el padre Antonio. En parte, admitió Pereira, pero también quería hablar de otras cosas. Habla entonces, dijo el padre Antonio. Verá, comenzó Pereira, es una teoría de dos filósofos franceses que también son psicólogos, sostienen que no tenemos sólo un alma, sino una confederación de almas que está dirigida por un yo hegemónico, y cada cierto tiempo ese yo hegemónico cambia, de manera que alcanzamos una norma, pero no es una norma estable, es una norma variable. Escúchame bien, Pereira, dijo el padre Antonio, yo soy un franciscano, soy una persona sencilla, pero me parece que te estás volviendo un hereje, el alma humana es única e indivisible, nos la ha dado Dios. Sí, replicó Pereira, pero si en lugar de alma, como dicen los filósofos franceses, ponemos la palabra personalidad, entonces ya no hay herejía, estoy convencido de que no tenemos una única personalidad, tenemos muchas personalidades que conviven bajo la dirección de un yo hegemónico. Me parece una teoría capciosa y peligrosa, objetó el padre Antonio, la personalidad depende del alma, y el alma es única e indivisible, tus palabras huelen a herejía. Sin embargo yo me siento distinto desde hace algunos meses, confesó Pereira, pienso cosas que nunca habría pensado, hago cosas que nunca habría hecho. Te habrá pasado algo, dijo el padre Antonio. He conocido a dos personas, dijo Pereira, un chico y una chica, y quizá he cambiado al conocerlos. Eso suele ocurrir, dijo el padre Antonio, las personas nos influyen, suele ocurrir. No sé cómo pueden influirme, dijo Pereira, son dos pobres románticos sin futuro, en todo caso tendría que influirles yo a ellos, yo les ayudo, es más, al chico prácticamente le mantengo yo, no hago más que darle dinero de mi bolsillo, le he contratado como ayudante, pero no me escribe ni un solo artículo que sea publicable, escúcheme, padre Antonio, ¿cree que me vendría bien confesarme? ¿Has cometido pecados contra la carne?, preguntó el padre Antonio. La única carne que conozco es la que llevo encima, respondió Pereira. Pues entonces escucha, Pereira, concluyó el padre Antonio, no me hagas perder el tiempo, porque para confesar tengo que concentrarme y no quiero cansarme, dentro de un rato tengo que ir a visitar a mis enfermos, hablemos de cualquier cosa, de tus cosas en general, pero no bajo confesión, sino como amigos.

El padre Antonio se sentó en un banco de la sacristía y Pereira se puso a su lado. Escúcheme, padre Antonio, dijo Pereira, yo creo en Dios padre omnipotente, recibo los sacramentos, observo los mandamientos e intento no pecar, aunque algunas veces no vaya a misa los domingos, pero no por falta de fe, es sólo por pereza, creo que soy un buen católico y respeto las enseñanzas de la Iglesia, pero ahora estoy algo confuso y además, por mucho que sea periodista, no estoy muy bien informado de lo que sucede en el mundo, ahora estoy un poco perplejo porque me parece que hay una gran polémica acerca de la postura de los escritores católicos

franceses a propósito de la guerra civil española, me gustaría que usted me pusiera al corriente, padre Antonio, porque usted sabe de estas cosas y yo quisiera saber cómo comportarme para no ser herético. ¿En qué mundo vives, Pereira?, exclamó el padre Antonio. Bueno, intentó justificarse Pereira, es que he pasado una semana en Parede y además este verano no he comprado ningún periódico extranjero, y a través de los periódicos portugueses uno no consigue enterarse de mucho, las únicas novedades que conozco son los chismes de café.

Sostiene Pereira que el padre Antonio se levantó y se puso delante de él con una expresión que le pareció amenazadora. Escúchame, Pereira, el momento es grave y cada uno debe decidir por sí mismo, yo soy hombre de Iglesia y tengo que obedecer a la jerarquía, pero tú eres libre de tomar tus propias decisiones, aunque seas católico. Pues entonces explíquemelo todo, imploró Pereira, porque quisiera tomar mis propias decisiones, pero no estoy al corriente. El padre Antonio se sonó la nariz, cruzó las manos sobre el pecho y preguntó: ¿Conoces el problema del clero vasco? No, no lo conozco, admitió Pereira. Todo empezó con el clero vasco, dijo el padre Antonio, tras el bombardeo de Guernica el clero vasco, que está considerado como la gente más cristiana de España, se puso al lado de la república. El padre Antonio se sonó la nariz como si estuviera conmovido y continuó: En la primavera del año pasado, dos ilustres escritores católicos franceses, François Mauriac y Jacques Maritain, publicaron un manifiesto en favor de los vascos. ¡Mauriac!, exclamó Pereira, ya decía yo que había que preparar una necrológica anticipada para Mauriac, es una persona espléndida, pero Monteiro Rossi no fue capaz de escribirla. ¿Quién es Monteiro Rossi?, preguntó el padre Antonio. Es el ayudante al que contraté, respondió Pereira, pero no logra hacerme una necrológica de aquellos escritores católicos que han tomado una buena postura política. Pero ¿por qué quieres dedicarle una necrológica?, preguntó el padre Antonio, pobre Mauriac, déjalo en paz, todavía lo necesitamos, ¿por qué quieres que muera? Oh, no es eso lo que yo quiero, dijo Pereira, espero que viva hasta los cien años, pero imaginémosnos que desaparece en cualquier momento, por lo menos en Portugal habría un periódico que le dedicaría un homenaje inmediato, y ese periódico sería el *Lisboa*, pero perdóneme, padre Antonio, continúe. Bien, dijo el padre Antonio, el problema se complicó con el Vaticano, que declaró que miles de religiosos españoles habían sido asesinados por los republicanos, que los católicos vascos eran «cristianos rojos» y que debían ser excomulgados, y así lo hizo, y a todo esto se añadió Claudel, el famoso Paul Claudel, también un escritor católico, que escribió una oda «*Aux Martyrs Espagnols*» como prólogo en verso a un mefítico opúsculo de propaganda de un agente nacionalista de París. Claudel, dijo Pereira, ¿Paul Claudel? El padre Antonio se sonó nuevamente la nariz. El mismo, dijo, ¿cómo lo definirías, Pereira? Así, de pronto, no sabría, respondió Pereira, él también es católico, ha tomado una postura diferente, ha hecho su elección. Pero ¿cómo que de pronto no sabrías, Pereira?, exclamó el padre Antonio, ese Claudel es un hijo de puta, eso es lo que es, y siento mucho decir estas palabras en un lugar sagrado, preferiría decírtelas en la calle. ¿Y después?, preguntó Pereira. Después, continuó el padre Antonio, después las altas jerarquías del clero español, con el arzobispo de Toledo, el cardenal Gomá, a la cabeza, tomaron la decisión de mandar una carta abierta a todos los obispos del mundo, ¿comprendes, Pereira?, a los obispos de todo el mundo, como si los obispos de todo el mundo fueran unos fascistas como ellos, y dicen que miles de cristianos en España han tomado las armas bajo su propia responsabilidad para salvar los principios de la religión. Sí, dijo Pereira, pero los mártires españoles, los religiosos asesinados... El padre Antonio permaneció unos instantes en silencio y luego dijo: Quizá sean mártires, pero de todas formas era gente que conspiraba contra la república y, mira, la república además era constitucional, había sido votada por el pueblo, Franco dio un golpe de Estado, es un bandido. ¿Y Bernanos?, preguntó Pereira, ¿qué tiene que ver Bernanos con todo esto?, él también es un escritor católico. Él es el único que conoce España de verdad, dijo el padre Antonio, desde el treinta y cuatro hasta el año pasado estuvo en España, ha escrito sobre las masacres franquistas, el Vaticano no puede

soportarlo porque es un verdadero testigo. Sabe, padre Antonio, dijo Pereira, he pensado en publicar en la página cultural del *Lisboa* uno o dos capítulos del *Journal d'un curé de campagne*, ¿qué le parece la idea? Me parece una idea magnífica, respondió el padre Antonio, pero no sé si te lo dejarán publicar, Bernanos no es muy querido en este país, no ha escrito cosas muy agradables sobre el batallón Viriato, el contingente militar portugués que ha ido a España a combatir junto a Franco, y ahora tendrás que disculparme, Pereira, pero tengo que marcharme al hospital, mis enfermos me esperan.

Pereira se levantó y se despidió. Hasta pronto, padre Antonio, dijo, perdóneme si le he hecho perder todo este tiempo, la próxima vez vendré a confesarme. No tienes ninguna necesidad, replicó el padre Antonio, primero procura cometer algún pecado y luego ven, no me hagas perder el tiempo inútilmente.

Pereira salió y ascendió fatigosamente por la Rua da Imprensa Nacional. Cuando llegó frente a la Iglesia de San Mamede se sentó en un banco de la pequeña plaza. Se hizo la señal de la cruz ante la iglesia, estiró las piernas y se puso a tomar el fresco. Se hubiera bebido una limonada y precisamente allí cerca había un café. Pero se contuvo. Se limitó a reposar a la sombra, se quitó los zapatos y dejó que el aire le refrescara los pies. Después se dirigió con lentitud hacia la redacción pensando en sus recuerdos. Sostiene Pereira que pensó en su infancia, una infancia transcurrida en Póvoa do Varzim, con sus abuelos, una infancia feliz, o que por lo menos él consideraba feliz, pero de su infancia no quiere hablar, porque sostiene que no tiene nada que ver con esta historia y con aquel día de finales de agosto en que el verano estaba acabando y él se sentía tan confuso.

En la escalera se encontró con la portera, quien le saludó cordialmente y le dijo: Buenos días, señor Pereira, no hay correo para usted esta mañana y tampoco llamadas telefónicas. ¿Llamadas?, preguntó Pereira sorprendido, ¿ha entrado en la redacción? No, dijo Celeste con expresión triunfante, pero esta mañana han venido los empleados de teléfonos acompañados por un comisario, han conectado su teléfono con la portería, han dicho que si no hay nadie en redacción lo mejor es que alguien reciba las llamadas, dicen que soy una persona de confianza. Usted es una persona de absoluta confianza para esa gente, hubiera deseado responder Pereira, pero no dijo nada. Sólo preguntó: ¿Y si tengo que telefonar? Tiene que pasar por la centralita, respondió Celeste con satisfacción, y ahora su centralita soy yo, tiene que pedirme los números a mí, yo hubiera preferido que no fuera así, señor Pereira, trabajo toda la mañana y tengo que preparar la comida para cuatro personas, porque tengo cuatro bocas que alimentar, y aparte de los hijos, que se contentan con lo que sea, tengo un marido muy exigente, cuando vuelve de comisaría, a las dos de la tarde, tiene un hambre de lobo y es muy exigente. Se nota por el olor a frito que flota por la escalera, respondió Pereira, y no dijo nada más. Entró en la redacción, descolgó el auricular del teléfono y sacó del bolsillo el papel que le había entregado Marta la noche anterior. Era un artículo escrito a mano, con tinta azul, en cuya parte superior estaba escrito: Efemérides. Decía: «Hace ocho años, en 1930, moría en Moscú el gran poeta Vladímir Maiakovski. Se suicidó de un disparo, por desengaños amorosos. Era hijo de un inspector forestal. Tras haberse inscrito jovencísimo en el Partido Bolchevique, sufrió tres arrestos y fue torturado por la policía zarista. Gran propagandista de la Rusia revolucionaria, formó parte del futurismo ruso, que se diferencia políticamente del futurismo italiano, y emprendió una gira por su país a bordo de una locomotora, recitando por los pueblos sus versos revolucionarios. Suscitó el entusiasmo del pueblo. Fue artista, dibujante, poeta y hombre de teatro. Su obra no ha sido traducida al portugués, pero puede comprarse en francés en la librería de Rua do Ouro de Lisboa. Fue amigo del gran cineasta Eisenstein, con quien colaboró en varias películas. Nos dejó una vastísima obra en prosa, poesía y teatro. Conmemoramos aquí al gran demócrata y al ferviente antizarista.»

Pereira, aunque no hacía demasiado calor, sintió una capa de sudor cubriéndole el

cuello. Hubiera querido tirar aquel artículo a la papelera, porque era demasiado estúpido. En cambio, abrió la carpeta de «Necrológicas» y lo guardó allí. Después se puso la chaqueta y pensó que era la hora de regresar a su casa, sostiene.

Aquel sábado apareció en el *Lisboa* la traducción de *La última lección* de Alphonse Daudet. La censura había dejado pasar tranquilamente el cuento, y Pereira sostiene que pensó que en el fondo podía escribirse «Viva Francia» y que el doctor Cardoso no tenía razón. Tampoco esta vez firmó Pereira la traducción. Sostiene que lo hizo porque no le parecía correcto que el director de la página cultural firmase la traducción de un relato, hubiera dejado entrever a todos los lectores que en el fondo la página la hacía él solo, y eso le molestaba. Fue una cuestión de orgullo, sostiene.

Pereira leyó el relato con gran satisfacción, eran las diez de la mañana, era domingo, y él estaba ya en la redacción porque se había levantado muy temprano, había empezado a traducir el primer capítulo del *Journal d'un curé de campagne* de Bernanos y estaba trabajando a buen ritmo. En aquel momento sonó el teléfono. Pereira solía tenerlo descolgado, porque desde que estaba conectado con la portera detestaba que le pasaran las llamadas, pero aquella mañana se había olvidado de descolgarlo. ¿Oiga?, señor Pereira, dijo la voz de Celeste, tiene una llamada, preguntan por usted de la clínica talasopírica de Parede. Talasoterápica, corrigió Pereira. Bueno, bueno, algo así, dijo la voz de Celeste, ¿quiere que le pase la comunicación o tengo que decir que no está? Pásemela, dijo Pereira. Oyó el clic de un conmutador y una voz dijo: ¿Oiga?, soy el doctor Cardoso, quisiera hablar con el señor Pereira. Soy yo, respondió Pereira, buenos días, doctor Cardoso, me alegro de oírle. El gusto es mío, dijo el doctor Cardoso, ¿cómo está, señor Pereira, sigue usted mi dieta? Hago todo lo posible, admitió Pereira, hago todo lo posible pero no es fácil. Escuche, señor Pereira, dijo el doctor Cardoso, estoy a punto de tomar un tren para Lisboa, leí ayer el cuento de Daudet, es verdaderamente magnífico, me gustaría hablar de ello con usted, ¿qué le parece si nos vemos para el almuerzo? ¿Conoce el Café Orquídea?, preguntó Pereira, está en la Rua Alexandre Herculano, pasada la carnicería judía. Lo conozco, dijo el doctor Cardoso, ¿a qué hora, señor Pereira? A la una, si le parece bien. Perfecto, respondió el doctor Cardoso, a la una, hasta luego. Pereira estaba seguro de que Celeste había escuchado toda la conversación, pero no le importó en exceso, no había dicho nada por lo que tuviera que estar atemorizado. Continuó traduciendo el primer capítulo de la novela de Bernanos y esta vez dejó el teléfono descolgado, sostiene. Trabajó hasta la una menos cuarto, se puso la chaqueta, se metió la corbata en el bolsillo y salió.

Cuando entró en el Café Orquídea el doctor Cardoso todavía no había llegado. Pereira hizo que les prepararan la mesa cercana al ventilador y se sentó. Pidió como aperitivo una limonada, porque tenía sed, pero sin azúcar. Cuando el camarero volvió con la limonada Pereira le preguntó: ¿Qué noticias hay, Manuel? Noticias contradictorias, respondió el camarero, parece que ahora hay cierto equilibrio en España, los nacionales han conquistado el norte, pero los republicanos vencen en el centro, parece que la decimoquinta brigada internacional se ha comportado valerosamente en Zaragoza, el centro está en manos de la república y los italianos que apoyan a Franco están actuando de manera vergonzosa. ¿A favor de quién está usted, Manuel? A veces de unos, a veces de los otros, respondió el camarero, porque los dos bandos son fuertes, pero esa historia de nuestros chicos de la Viriato que han ido a combatir contra los republicanos no me gusta, en el fondo nosotros también somos una república, expulsamos al rey en mil novecientos diez, no veo por qué motivo se combate contra una república. Exacto, aprobó Pereira.

En ese momento entró el doctor Cardoso. Pereira lo había visto siempre con una

bata blanca, y al verlo así, vestido normalmente, le pareció más joven, sostiene. El doctor Cardoso llevaba una camisa de rayas y una chaqueta clara y parecía un poco acalorado. El doctor Cardoso le sonrió y Pereira le devolvió la sonrisa. Se estrecharon las manos y el doctor Cardoso se sentó. Formidable, señor Pereira, dijo el doctor Cardoso, formidable, es verdaderamente un cuento bellissimo, no creía que Daudet tuviera tanta fuerza, he venido para felicitarle, lástima que no haya firmado usted la traducción, hubiera deseado ver su nombre entre paréntesis bajo el cuento.

Pereira le explicó pacientemente que lo había hecho por humildad, o mejor, por orgullo, porque no quería que los lectores descubrieran que toda aquella página la escribía él, que era su director, quería causar la impresión de que el periódico contaba con otros colaboradores, que era un periódico como Dios manda, en resumen: lo había hecho por el *Lisboa*.

Pidieron dos ensaladas de pescado. Pereira hubiera preferido una *omelette* a las finas hierbas, pero no tuvo el valor de pedirla delante del doctor Cardoso. Quizá su nuevo yo hegemónico ha ganado algunos puntos, murmuró el doctor Cardoso. ¿En qué sentido?, preguntó Pereira. En el sentido de que ha podido usted escribir «Viva Francia», dijo el doctor Cardoso, aunque haya sido por persona interpuesta. Ha sido una satisfacción, admitió Pereira, y luego, fingiendo estar informado, continuó: ¿Sabe usted que la decimoquinta brigada internacional lleva las de ganar en el centro de España?, parece que se ha comportado heroicamente en Zaragoza. No se haga demasiadas ilusiones, señor Pereira, replicó el doctor Cardoso, Mussolini ha enviado varios submarinos a Franco y los alemanes le apoyan con la aviación, los republicanos no lo conseguirán. Pero los soviéticos están con ellos, objetó Pereira, las brigadas internacionales, todos los pueblos que han confluído en España para ayudar a los republicanos... Yo no me haría demasiadas ilusiones, repitió el doctor Cardoso, quería decirle que he llegado a un acuerdo con la clínica de Saint-Malo, partiré dentro de quince días. No me deje, doctor Cardoso, hubiera querido decir Pereira, se lo ruego, no me deje. Pero en cambio dijo: No nos deje, doctor Cardoso, no abandone a nuestra gente, este país necesita a personas como usted. Por desgracia, la verdad es que no las necesita, respondió el doctor Cardoso, o por lo menos yo no necesito a este país, creo que será mejor que me vaya a Francia antes del desastre. ¿El desastre?, preguntó Pereira, ¿qué desastre? No lo sé, respondió el doctor Cardoso, espero algún desastre, un desastre general, pero no quiero preocuparle, señor Pereira, quizá esté usted elaborando su nuevo yo hegemónico y necesita tranquilidad, mientras tanto yo me marchó, por cierto, ¿cómo están sus chicos?, los chicos que ha conocido y que colaboran en su periódico. Sólo uno de ellos colabora conmigo, respondió Pereira, pero todavía no me ha hecho ni un artículo que sea publicable, imagínese, ayer me mandó uno sobre Maiakovski en el que conmemoraba la revolución soviética, no sé por qué continuo dándole dinero por artículos impublicables, tal vez porque tiene problemas, de eso estoy seguro, y esa chica que sale con él también, y yo soy su único punto de referencia. Usted los está ayudando, dijo el doctor Cardoso, ya me doy cuenta de ello, pero menos de lo que desearía hacer efectivamente, quizá si su nuevo yo hegemónico consigue asomar la cabeza, hará algo más, señor Pereira, permíteme si soy demasiado sincero. Mire usted, doctor Cardoso, dijo Pereira, contraté a ese chico para hacer necrológicas anticipadas y efemérides, sólo me ha mandado artículos delirantes y revolucionarios, como si no supiera en qué país vivimos, le he dado siempre dinero de mi bolsillo, para que no fuera una carga para el periódico y porque era mejor no implicar al director, le he protegido, he escondido a su primo, que me parece un pobre hombre y que combate en las brigadas internacionales en España, ahora sigo enviándole dinero y él vaga por el Alentejo, ¿qué más puedo hacer? Podría reunirse con él, respondió con simplicidad el doctor Cardoso. ¿Reunirme con él?, exclamó Pereira, ¿seguirle por el Alentejo en sus desplazamientos clandestinos?, y además, ¿dónde reunirme con él, si ni siquiera sé dónde vive? Sin duda lo sabrá su novia, dijo el doctor Cardoso, estoy convencido de que su novia lo sabe pero no se lo dice

porque no confía plenamente en usted, señor Pereira, pero usted tal vez podría ganarse su confianza, presentarse menos reservado, tiene usted un fuerte superego, señor Pereira, y ese superego está combatiendo con su nuevo yo hegemónico, está usted en conflicto consigo mismo en esa batalla que se está desarrollando en su alma, tendría que abandonar a su superego, tendría que dejar que se fuera a su destino como si fuera un desecho. ¿Y qué quedaría de mí?, preguntó Pereira, yo soy lo que soy, con mis recuerdos, con mi vida pasada, la memoria de Coimbra y de mi mujer, una vida transcurrida como cronista de un gran periódico, ¿qué quedaría de mí? La elaboración del luto, dijo el doctor Cardoso, es una expresión freudiana, perdóneme, soy sincrético, y he pescado un poco de aquí, otro poco de allá, pero usted necesita elaborar el luto, necesita decir adiós a su vida pasada, necesita vivir en el presente, un hombre no puede vivir como usted, señor Pereira, pensando sólo en el pasado. ¿Y mis recuerdos?, preguntó Pereira, ¿y todo lo que he vivido? Serían tan sólo memoria, respondió el doctor Cardoso, y no invadirían de forma tan avasalladora su presente, usted vive proyectado en el pasado, usted está aquí como si estuviera en Coimbra hace treinta años y su mujer estuviera viva todavía, si continúa así acabará convirtiéndose en una especie de fetichista de sus recuerdos, quizá se pondrá a hablar con la fotografía de su esposa. Pereira se limpió la boca con la servilleta, bajó el tono de voz y dijo: Ya lo hago, doctor Cardoso. El doctor Cardoso sonrió. Vi el retrato de su esposa en la habitación de la clínica, dijo y pensé: Este hombre habla mentalmente con el retrato de su mujer, todavía no ha elaborado el luto, es eso justamente lo que pensé, señor Pereira. En realidad, no hablo mentalmente con él, añadió Pereira, le hablo en voz alta, le cuento todas mis cosas, y es como si el retrato me contestase. Son fantasías dictadas por su superego, dijo el doctor Cardoso, tendría que hablar con alguien de todas estas cosas. Pero no tengo a nadie con quien hablar, confesó Pereira, estoy solo, tengo un amigo que es profesor de la Universidad de Coimbra, fui a encontrarme con él a las termas de Buçaco y me marché al día siguiente porque no lo soportaba, los profesores de universidad están todos a favor de la actual situación política y él no es una excepción, y está también mi director, pero participa en todos los actos oficiales con el brazo tendido como una jabalina, imagínese si puedo hablar con él, y después está la portera de la redacción, Celeste, es una confidente de la policía, y ahora me hace de centralita, y estaría además Monteiro Rossi, pero se halla en la clandestinidad. ¿Monteiro Rossi es el chico al que ha conocido?, preguntó el doctor Cardoso. Es mi ayudante, respondió Pereira, el joven que me escribe los artículos que no puedo publicar. Pues búsquelo, replicó el doctor Cardoso, como ya le he dicho antes, búsquelo, señor Pereira, él es joven, es el futuro, usted necesita tratar con un joven, aunque escriba artículos que no pueden publicarse en su periódico, deje ya de frecuentar el pasado, frecuente el futuro. ¡Qué expresión más hermosa!, dijo Pereira, frecuentar el futuro, qué expresión más hermosa, no se me habría ocurrido nunca. Pereira pidió una limonada sin azúcar y continuó: Por último, queda usted, doctor Cardoso, con quien me gusta mucho hablar y con quien hablaría gustosamente en el futuro, pero usted me deja, usted me deja, me deja aquí con mi soledad, y no tengo a nadie más que el retrato de mi esposa, ¿comprende? El doctor Cardoso se bebió el café que Manuel le había llevado. Puedo hablar con usted en Saint-Malo si viene a verme, señor Pereira, dijo el doctor Cardoso, ¿quién ha dicho que este país está hecho para usted?, y además está lleno de recuerdos, intente tirar por el desagüe su superego y déle espacio a su nuevo yo hegemónico, tal vez podamos vernos en otras ocasiones y usted sea ya un hombre distinto.

El doctor Cardoso insistió en pagar la comida y Pereira aceptó de buen grado, sostiene, porque con aquellos dos billetes que había entregado a Marta la tarde anterior su cartera se había quedado más bien vacía. El doctor Cardoso se levantó y se despidió. Hasta pronto, señor Pereira, dijo, espero volver a verle en Francia o en otro país de este vasto mundo y, se lo pido de nuevo, déle espacio a su yo hegemónico, déjelo ser, necesita nacer, necesita afirmarse.

Pereira se levantó y se despidió. Le vio alejarse y sintió una gran nostalgia, como si aquella despedida fuera definitiva. Pensó en la semana transcurrida en la clínica talasoterápica de Parede, en sus conversaciones con el doctor Cardoso, en su soledad. Y cuando el doctor Cardoso salió por la puerta y desapareció en la calle se sintió solo, verdaderamente solo, y pensó que cuando se está verdaderamente solo es el momento de medirse con el yo hegemónico que quiere imponerse en la cohorte de las almas. Y aunque pensó en todo ello no se sintió tranquilo, sintió en cambio una gran nostalgia, no sabría decir de qué, pero era una gran nostalgia de una vida pasada y de una vida futura, sostiene Pereira.

Al día siguiente por la mañana Pereira fue despertado por el teléfono, sostiene. Todavía estaba sumido en su sueño, un sueño que le parecía haber soñado durante toda la noche, un sueño larguísimo y feliz que no considera oportuno revelar porque no tiene nada que ver con esta historia.

Pereira reconoció de inmediato la voz de la señorita Filipa, la secretaria de su director. Buenos días, señor Pereira, dijo Filipa suavemente, le paso con el señor director. Pereira acabó de despertarse y se sentó en el borde de la cama. Buenos días, señor Pereira, dijo el director, soy su director. Buenos días, señor director, ¿ha pasado unas buenas vacaciones? Óptimas, dijo el director, óptimas, las termas de Buçaco son verdaderamente un magnífico lugar, pero creo que ya se lo dije, si no me equivoco, ya hablamos. Ah, ya, es cierto, dijo Pereira, hablamos cuando salió el cuento de Balzac, perdóneme, pero acabo de despertarme y no tengo claras las ideas. Es algo que suele ocurrir de vez en cuando eso de no tener las ideas claras, dijo el director con cierta rudeza, y creo que hasta a usted puede pasarle eso, señor Pereira. En efecto, respondió Pereira, a mí me pasa sobre todo por las mañanas porque tengo bajadas de tensión. Estabilícesela con un poco de sal, le aconsejó el director, un poco de sal debajo de la lengua y se le estabilizará la tensión, pero no le llamo por teléfono para esto, para hablar de su tensión, señor Pereira, lo que ocurre es que no se deja ver nunca por la redacción central, ése es el problema, se encierra usted en su pequeña habitación de Rua Rodrigo de Fonseca y no viene nunca a hablar conmigo, no me expone sus proyectos, lo hace todo a su aire. Verá, señor director, dijo Pereira, perdóneme, pero usted me dio carta blanca, dijo que la página cultural era de mi responsabilidad, en fin, me dijo que la hiciera a mi aire. Sí, sí, no está mal que la haga a su aire, continuó el director, pero ¿no le parece que de vez en cuando tendría que cambiar impresiones conmigo? A mí también me sería útil, dijo Pereira, porque realmente me siento solo, demasiado solo para encargarme de toda la cultura, y usted me dijo que no quería ocuparse de la cultura. ¿Y su ayudante?, preguntó el director, ¿no me dijo que había contratado a un ayudante? Sí, respondió Pereira, pero sus artículos todavía son inmaduros, y además no ha muerto ningún literato interesante, y además es un chico joven y me ha pedido vacaciones, debe de estar en la playa, hace casi un mes que no da señales de vida. Pues despídalo, señor Pereira, dijo el director, ¿qué está haciendo con un ayudante que no sabe escribir y que se va de vacaciones? Démosle una última oportunidad, replicó Pereira, tiene que aprender el oficio, es sólo un muchacho inexperto, tiene que curtirse un poco. En aquel momento de la conversación se escuchó la dulce voz de la señorita Filipa. Perdóneme, señor director, dijo, hay una llamada para usted del gobierno civil, me parece urgente. Bien, señor Pereira, dijo el director, volveré a llamarle dentro de unos veinte minutos, mientras tanto despiértese y deje que se le disuelva un poco de sal debajo de la lengua. Si quiere le llamo yo, dijo Pereira. No, dijo el director, tengo que hacer las cosas con calma, cuando haya acabado le llamaré, buenos días.

Pereira se levantó y fue a darse una baño rápido. Se preparó el café y comió una galleta salada. Luego se vistió y fue al recibidor. Me está telefoneando el director, le dijo al retrato de su esposa, me parece que da vueltas alrededor del hueso pero todavía no le ha hincado el diente, no entiendo qué quiere de mí, pero habrá de hincar el diente, ¿tú qué opinas? El retrato de su esposa le sonrió con su sonrisa lejana y Pereira concluyó: En fin, qué le vamos a hacer, veamos qué quiere el director, no tengo nada que reprocharme, al menos en lo que concierne al periódico, no hago otra cosa que traducir cuentos franceses del siglo XIX.

Se sentó a la mesa del salón y pensó en ponerse a escribir una efemérides sobre Rilke. Pero en el fondo no tenía ganas de escribir nada sobre Rilke, aquel hombre tan elegante y esnob que había frecuentado a la alta sociedad. Al diablo, pensó Pereira. Se puso a traducir algunas frases de la novela de Bernanos, era más complicada de lo que pensaba, por lo menos al principio, y estaba sólo en el primer capítulo, todavía no había entrado en la historia. En aquel momento sonó el teléfono.

Buenos días de nuevo, señor Pereira, dijo la dulce voz de la señorita Filipa, le pongo con el señor director. Pereira esperó unos segundos y luego la voz del director, grave y pausada, dijo: Y bien, señor Pereira, ¿qué decíamos? Me decía que estoy encerrado en mi redacción de Rua Rodrigo da Fonseca, señor director, dijo Pereira, pero es en esa habitación donde yo trabajo, donde me dedico a la cultura, en el periódico no sabría qué hacer, no conozco a los periodistas, hice de cronista durante muchos años en otro periódico, pero usted no quiso que me dedicara a ello, quiso que me dedicara a la cultura, con los periodistas de política no tengo ningún contacto, no sé qué podría ir a hacer al periódico. ¿Se ha desahogado ya, señor Pereira?, preguntó el director. Perdone, señor director, dijo Pereira, yo no pretendía desahogarme, sólo quería exponerle mis razones. Bien, dijo el director, ahora quisiera hacerle una pregunta sencilla: ¿Por qué nunca siente la necesidad de venir a hablar con su director? Porque usted me dijo que la cultura no era asunto suyo, señor director, respondió Pereira. Escuche, señor Pereira, dijo el director, no sé si es usted duro de oído o si verdaderamente no quiere enterarse, estoy convocándole, ¿lo entiende?, tendría que ser usted quien de cuando en cuando solicitara una entrevista conmigo, pero llegados a este punto, visto que usted es duro de entendederas, soy yo quien quiere mantener una entrevista con usted. Estoy a su disposición, dijo Pereira, a su entera disposición. Bien, concluyó el director, entonces venga al periódico a las cinco, hasta luego, que pase un buen día, señor Pereira.

Pereira se dio cuenta de que estaba sudando ligeramente. Se cambió la camisa, que estaba mojada en las axilas, y pensó en ir a la redacción y esperar hasta las cinco de la tarde. Después se dijo que en la redacción no había nada que hacer, tendría que ver a Celeste y descolgar el teléfono, era mejor permanecer en casa. Volvió a la mesa del comedor y se puso a traducir a Bernanos. Verdaderamente era una novela complicada, e incluso lenta, quién sabe lo que pensarían los lectores del *Lisboa* al leer el primer capítulo. A pesar de todo continuó y tradujo un par de páginas. A la hora del almuerzo pensó en prepararse alguna cosa, pero su despensa estaba vacía. Sostiene Pereira que pensó que quizá podría comer algo en el Café Orquídea, aunque fuera tarde, y después ir al periódico. Se puso el traje claro y la corbata negra y salió. Cogió el tranvía hasta el Terreiro do Paço y allí hizo transbordo para la Rua Alexandre Herculano. Cuando entró en el Café Orquídea eran casi las tres y el camarero estaba recogiendo las mesas. Venga, señor Pereira, dijo cordialmente Manuel, para usted siempre hay un plato, supongo que todavía no ha comido, qué dura es la vida de los periodistas. Y usted que lo diga, respondió Pereira, sobre todo para los periodistas que no saben nada, como nunca se sabe nada en este país, ¿qué novedades hay? Parece que naves inglesas han sido bombardeadas ante las costas de Barcelona, respondió Manuel, y que un barco francés de pasajeros ha sido perseguido hasta los Dardanelos, son los submarinos italianos, los italianos son muy buenos con los submarinos, son su especialidad. Pereira pidió una limonada sin azúcar y una *omelette* a las finas hierbas. Se sentó cerca del ventilador, pero aquel día el ventilador estaba apagado. Lo hemos apagado, dijo Manuel, el verano ya ha acabado, ¿ha oído la tormenta de esta noche? No, no la he oído, respondió Pereira, he dormido de un tirón, pero para mí todavía sigue haciendo calor. Manuel le encendió el ventilador y le llevó una limonada. ¿Y un poco de vino, señor Pereira?, ¿cuándo me dará la satisfacción de servirle un poco de vino? El vino le sienta mal a mi corazón, respondió Pereira, ¿tiene un periódico de esta mañana? Manuel le trajo un periódico. El titular era:

Esculturas de arena en la playa de Carcavelos. El ministro del Secretariado Nacional de Propaganda inaugura la muestra de los pequeños artistas. Había una gran fotografía a media página que mostraba las obras de los jóvenes artistas de playa: sirenas, barcas, navíos y ballenas. Pereira pasó la página. En el interior estaba escrito: *Valerosa resistencia del contingente portugués en España.* La entrada decía: «Nuestros soldados se distinguen en otra batalla con el apoyo a distancia de los submarinos italianos.» Pereira no tuvo ganas de leer la noticia y dejó el periódico sobre una silla. Terminó de comer su *omelette* y se tomó otra limonada sin azúcar. Después pagó la cuenta, se levantó, se puso la chaqueta que se había quitado y se dirigió a pie hacia la redacción central del *Lisboa*. Cuando llegó eran las cinco menos cuarto. Entró en un café, sostiene, y pidió un aguardiente. Estaba seguro de que le sentaría mal a su corazón, pero pensó: Qué le vamos a hacer. Después subió los tramos de escalera del viejo edificio en que se encontraba la redacción del *Lisboa* y saludó a la señorita Filipa. Voy a anunciarle, dijo la señorita Filipa. No importa, respondió Pereira, me anunciaré yo mismo, son las cinco en punto y el señor director me ha citado a las cinco. Llamó a la puerta y oyó la voz del director que decía adelante.

Pereira se abrochó la chaqueta y entró. El director estaba bronceado, muy bronceado, evidentemente había tomado el sol en el parque de las termas. Aquí me tiene, señor director, dijo Pereira, estoy a su disposición, dígame lo que desea. No será poco, Pereira, dijo el director, hace más de un mes que no nos vemos. Nos vimos en las termas, dijo Pereira, y usted parecía estar satisfecho. Las vacaciones son las vacaciones, dijo secamente el director, no hablemos de las vacaciones. Pereira se sentó en la silla que estaba frente al escritorio. El director cogió un lápiz y empezó a hacerlo girar sobre la superficie de la mesa. Señor Pereira, dijo, me gustaría tutearle, si usted me lo permite. Como usted desee, respondió Pereira. Escucha, Pereira, dijo el director, nos conocemos desde hace poco, desde que este periódico fue fundado, pero sé que eres un buen periodista, has trabajado cerca de treinta años como cronista, sabes lo que es la vida y estoy seguro de que me comprenderás. Lo intentaré, respondió Pereira. Pues verás, dijo el director, esto último no me lo esperaba. ¿A qué se refiere?, preguntó Pereira. Al panegírico de Francia, dijo el director, ha provocado mucho malestar en los círculos importantes. ¿Qué panegírico de Francia?, preguntó Pereira con aire de sorpresa. ¡Pereira!, exclamó el director, has publicado un cuento de Alphonse Daudet que trata de la guerra contra los alemanes que termina con esta frase: Viva Francia. Es un cuento del siglo XIX, respondió Pereira. Será un cuento del siglo XIX, continuó el director, pero de todos modos habla de una guerra contra Alemania y tú no puedes no saber, Pereira, que Alemania es aliada nuestra. Nuestro gobierno no ha establecido alianzas, objetó Pereira, al menos oficialmente. Vamos, Pereira, dijo el director, intenta razonar, si no hay alianzas al menos hay simpatías, fuertes simpatías, nosotros pensamos como Alemania en política interna y en política externa, y estamos ayudando a los nacionalistas españoles como están haciendo los alemanes. Pero en la censura no pusieron ninguna traba, se defendió Pereira, dejaron pasar el cuento sin objeciones. Los de la censura son unos ineptos, dijo el director, unos analfabetos, el director de la censura es un hombre inteligente, es amigo mío, pero no puede leer personalmente las pruebas de todos los periódicos portugueses, los otros son funcionarios, unos pobres policías a los que se les paga para que no dejen pasar palabras subversivas como socialismo o comunismo, no podían entender un cuento de Daudet que termina con un Viva Francia, somos nosotros quienes debemos estar atentos, quienes debemos ser cautos, nosotros, los periodistas que tenemos experiencia histórica y cultural, somos quienes tenemos que vigilarnos a nosotros mismos. Soy yo quien está siendo vigilado, sostiene haber dicho Pereira, en realidad hay alguien que me está vigilando. Expíciate mejor, Pereira, dijo el director, ¿qué quieres decir con eso? Quiero decir que tengo una centralita en la redacción, dijo Pereira, ya no recibo llamadas directas, pasan todas a través de Celeste, la portera del inmueble. Así se hace en todas las redacciones, replicó el director, si tú te ausentas, hay alguien que recibe

la llamada y que responde en tu lugar. Sí, dijo Pereira, pero la portera es una confidente de la policía, estoy seguro. Venga, Pereira, dijo el director, la policía nos protege, vela nuestros sueños, tendrías que estar agradecido. Yo no le estoy agradecido a nadie, señor director, respondió Pereira, sólo le estoy agradecido a mi profesionalidad y al recuerdo de mi esposa. Es necesario estar agradecido a los buenos recuerdos, aceptó el director, pero tú, Pereira, cuando prepares la página cultural tienes que dejármela ver a mí primero, eso es lo que te exijo. Pero yo ya le dije que se trataba de un cuento patriótico, insistió Pereira, y usted me tranquilizó asegurándome que en estos momentos hace falta patriotismo. El director encendió un cigarrillo y se rascó la cabeza. De patriotismo portugués, dijo, no sé si me sigues, Pereira, de patriotismo portugués, tú no haces más que publicar cuentos franceses, y los franceses no nos son simpáticos, no sé si me sigues, pero de todos modos escúchame, nuestros lectores necesitan una buena página cultural portuguesa, en Portugal tienes decenas de escritores donde elegir, incluso del siglo XIX, la próxima vez elige un cuento de Eca de Queirós, que conocía bien Portugal, o de Camilo Castelo Branco, que cantó a la pasión y que tuvo una hermosa y agitada vida de amoríos y prisiones, el *Lisboa* no es un periódico amigo de lo extranjero, y tú necesitas reencontrar tus raíces, regresar a tu tierra, como diría Borrapotas, el crítico. No sé quién es, respondió Pereira. Es un crítico nacionalista, le explicó el director, escribe en un periódico de la competencia, sostiene que los escritores portugueses tienen que regresar a su tierra. Yo no he abandonado nunca mi tierra, dijo Pereira, estoy plantado en la tierra como una cepa. De acuerdo, admitió el director, pero tienes que consultarme cada vez que tomes una iniciativa, no sé si me has entendido. Le he entendido perfectamente, dijo Pereira, y se desabrochó el primer botón de la chaqueta. Bien, concluyó el director, creo que nuestra entrevista ha terminado, me gustaría que hubiera entre nosotros una buena relación. Naturalmente, dijo Pereira, y se despidió.

Cuando salió hacía un fuerte viento que doblaba las copas de los árboles. Pereira echó a andar, después se detuvo para ver si pasaba algún taxi. Por un instante pensó en ir a cenar al Café Orquídea, luego cambió de opinión y decidió al final que lo mejor sería ir a tomarse un café con leche a su casa. Pero, por desgracia, no pasaban taxis y tuvo que esperar al menos una media hora, sostiene.

Al día siguiente Pereira permaneció en su casa, sostiene. Se levantó tarde, desayunó y guardó la novela de Bernanos porque ya no iba a publicarse en el *Lisboa*. Rebuscó en su biblioteca y encontró las obras completas de Camilo Castelo Branco. Escogió una novela corta al azar y empezó a leer la primera página. La encontró deprimente, no tenía la ligereza ni la ironía de los franceses, era una historia oscura, nostálgica, llena de problemas y repleta de tragedias. Pereira se cansó pronto. Hubiera deseado hablar con el retrato de su esposa, pero aplazó la conversación para más tarde. Entonces se hizo una tortilla sin hierbas aromáticas, se la comió entera y fue a acostarse, se durmió rápidamente y tuvo un hermoso sueño. Más tarde se levantó y se sentó en un sillón a mirar las ventanas. Desde las ventanas de su casa se veían las palmeras del cuartel de enfrente y de vez en cuando se oía un toque de corneta. Pereira no sabía descifrar los toques de corneta porque no había hecho el servicio militar, y para él eran mensajes sin sentido. Se puso a mirar las ramas de las palmeras agitadas por el viento y pensó en su infancia. Se pasó una buena parte de aquella tarde así, pensando en su infancia, pero eso es algo de lo que Pereira no quiere hablar, porque no tiene nada que ver con esta historia, sostiene.

Hacia las cuatro de la tarde oyó sonar el timbre. Pereira se agitó en su duermaveela, pero no se movió. Encontró extraño que alguien llamara a su timbre, pensó que quizá fuera Piedade que regresaba de Setúbal, tal vez a su hermana la habían operado antes de lo previsto. El timbre sonó de nuevo, insistentemente, dos veces, dos largos timbrazos. Pereira se levantó y tiró de la cuerda que abría la puerta de la calle. Permaneció en el descansillo de la escalera, oyó que la puerta se cerraba lentamente y unos pasos que subían con rapidez. Cuando la persona que había entrado llegó al rellano, Pereira no fue capaz de distinguirla, porque la escalera estaba a oscuras y porque él ya no veía demasiado bien.

Buenas tardes, señor Pereira, dijo una voz que Pereira reconoció, soy yo, ¿puedo entrar? Era Monteiro Rossi, Pereira le dejó pasar y cerró la puerta rápidamente. Monteiro Rossi se detuvo en la entrada, llevaba en la mano una pequeña bolsa y vestía una camisa de manga corta. Perdóneme, señor Pereira, dijo Monteiro Rossi, luego se lo explicaré todo, ¿hay alguien más en el edificio? La portera está en Setúbal, dijo Pereira, los inquilinos del piso de arriba han dejado su piso, se han trasladado a Oporto. ¿Cree que me ha visto alguien?, preguntó Monteiro Rossi con ansiedad. Sudaba y tartamudeaba ligeramente. Creo que no, dijo Pereira, pero ¿qué hace usted aquí?, ¿de dónde viene? Luego se lo explicaré todo, señor Pereira, dijo Monteiro Rossi, pero ahora desearía darme una ducha y cambiarme de camisa, estoy agotado. Pereira le acompañó al baño y le dio una camisa limpia, su camisa de color caqui. Le estará un poco ancha, dijo, pero qué le vamos a hacer. Mientras Monteiro Rossi estaba en el baño, Pereira se dirigió hasta el recibidor frente al retrato de su mujer. Hubiera deseado decirle algo, sostiene, que Monteiro Rossi había aparecido de repente por su casa, por ejemplo, y otras cosas más. En cambio no dijo nada, aplazó la conversación para más tarde y volvió al salón. Monteiro Rossi apareció inmerso en la anchísima camisa de Pereira. Gracias, señor Pereira, dijo, estoy agotado, quisiera contarle muchas cosas, pero estoy verdaderamente agotado, quizá me iría bien una siesta. Pereira le condujo hasta el dormitorio y extendió una colcha de algodón por encima de las sábanas. Échese aquí, le dijo, y quítese los zapatos, no se ponga a dormir con los zapatos puestos porque el cuerpo no reposa, y estése tranquilo, yo le despertaré más tarde. Monteiro Rossi se acostó y Pereira cerró la puerta y regresó al salón. Guardó las obras de Camilo Castelo Branco, cogió de nuevo a Bernanos y se puso a traducir el resto del capítulo. Si no

podía publicarlo en el *Lisboa*, paciencia, pensó, a lo mejor podría publicarlo como libro, así al menos los portugueses tendrían un buen libro para leer, un libro serio, ético, que trataba de problemas fundamentales, un libro que sería beneficioso para la conciencia de los lectores, pensó Pereira.

A las ocho Monteiro Rossi dormía todavía. Pereira se dirigió a la cocina, batió cuatro huevos, puso una cucharada de mostaza de Dijon y una pizca de orégano y de mejorana. Quería preparar una buena *omelette* a las finas hierbas, y posiblemente Monteiro Rossi tendría un hambre endiablada, pensó. Preparó la mesa para dos en el comedor, puso un mantel blanco, colocó los platos de Caldas da Rainha que le había regalado Silva cuando se casó y dispuso dos velas en dos candelabros. Después fue a despertar a Monteiro Rossi, pero entró con sigilo en la habitación porque en el fondo le disgustaba despertarlo. El muchacho estaba en la cama boca abajo y dormía con un brazo colgando. Pereira le llamó, pero Monteiro Rossi no se despertó. Entonces Pereira le tiró del brazo y le dijo: Monteiro Rossi, es la hora de la cena, si continúa durmiendo no podrá dormir esta noche, será mejor que venga a comer un bocado. Monteiro Rossi saltó de la cama con expresión aterrorizada. Estése tranquilo, dijo Pereira, soy Pereira, aquí está seguro. Fueron hacia el salón y Pereira encendió las velas. Mientras cocinaba la *omelette* le ofreció a Monteiro Rossi una lata de paté que quedaba en la despensa, y preguntó desde la cocina: ¿Qué le ha pasado, Monteiro Rossi? Gracias, respondió Monteiro Rossi, gracias por su hospitalidad, señor Pereira, y gracias también por el dinero que me envió, me llegó a través de Marta. Pereira llevó a la mesa la *omelette* y se colocó la servilleta alrededor del cuello. Veamos, Monteiro Rossi, preguntó, ¿qué pasa? Monteiro Rossi se precipitó sobre la comida como si hiciera una semana que no comía. Tranquilo, así se le va a atragantar, dijo Pereira, coma con calma, hay también queso para después, y cuénteme. Monteiro Rossi tragó un bocado y dijo: Mi primo ha sido detenido. ¿Dónde?, preguntó Pereira, ¿en la pensión que yo le busqué? Nada de eso, respondió Monteiro Rossi, fue arrestado en el Alentejo mientras trataba de reclutar a los alentejanos, yo escapé de milagro. ¿Y ahora?, preguntó Pereira. Ahora me persiguen, señor Pereira, respondió Monteiro Rossi, creo que me están buscando por todo Portugal, ayer por la noche cogí un autobús, llegué hasta el Barreiro, tomé un transbordador, desde el muelle de Sodrê hasta aquí he venido a pie porque no tenía dinero para el transporte. ¿Sabe alguien que está aquí?, preguntó Pereira. Nadie, respondió Monteiro Rossi, ni siquiera Marta, por cierto, querría ponerme en contacto con ella, quisiera decirle al menos que estoy en un lugar seguro, porque usted no me echará, ¿verdad, señor Pereira? Puede quedarse aquí todo el tiempo que quiera, respondió Pereira, por lo menos hasta mediados de septiembre, hasta cuando regrese Piedade, la portera del inmueble, que es también mi asistente, Piedade es una mujer de confianza, pero es una portera y las porteras hablan con las otras porteras, su presencia no pasaría desapercibida. Bien, de aquí al quince de septiembre ya encontraré otro refugio, pero ahora hablaré con Marta. Mire, Monteiro Rossi, dijo Pereira, olvídense de Marta por ahora, mientras esté usted en mi casa no se ponga en contacto con nadie, estése tranquilo y descanse. ¿Y usted qué hace, señor Pereira?, preguntó Monteiro Rossi, ¿se ocupa de las necrológicas y de las efemérides? En parte, respondió Pereira, pero todos los artículos que me ha escrito usted son impublicables, los he guardado en una carpeta en la redacción, no sé por qué no los tiro. Es el momento de que le confiese algo, murmuró Monteiro Rossi, discúlpeme si se lo digo con retraso, pero esos artículos no son totalmente de mi cosecha. ¿Qué quiere decir?, preguntó Pereira. Pues verá, señor Pereira, la verdad es que Marta me ha echado una mano, los ha hecho ella en parte, las ideas fundamentales son suyas. Me parece algo muy poco correcto, replicó Pereira. Oh, respondió Monteiro Rossi, no sé hasta qué punto, ¿sabe usted, señor Pereira, sabe qué gritan los nacionalistas españoles?, gritan *Viva la muerte*?¹ y yo no sé escribir sobre la muerte, a mí me gusta la vida, señor

¹ En español en el original. (N. de los T.)

Pereira, nunca hubiera sido capaz de escribir por mí mismo las necrológicas, de hablar de la muerte, le aseguro que no soy capaz de hablar de ella. En el fondo le entiendo, sostiene haber dicho Pereira, tampoco yo puedo hacerlo.

Había caído la noche y las velas difundían una luz tenue. No sé por qué hago todo esto por usted, Monteiro Rossi, dijo Pereira. Quizá porque es usted una buena persona, respondió Monteiro Rossi. Eso es demasiado simple, replicó Pereira, el mundo está lleno de buenas personas que no van en busca de problemas. Pues entonces no lo sé, dijo Monteiro Rossi, de veras que no lo sé. El problema es que tampoco yo lo sé, dijo Pereira, todos estos días pasados me he estado haciendo muchas preguntas, pero quizá será mejor que deje de hacérmelas. Llevó a la mesa un frasco de cerezas conservadas en licor y Monteiro Rossi se sirvió un vaso lleno. Pereira sólo tomó una cereza con un poco de jarabe, porque temía estropear su dieta.

Cuénteme lo que ha pasado, solicitó Pereira, ¿qué ha hecho hasta ahora en el Alentejo? Hemos recorrido toda la región, respondió Monteiro Rossi, deteniéndonos en lugares seguros, en los lugares más proclives. Perdona, interrumpió Pereira, pero su primo no me parece la persona más adecuada, le he visto una sola vez, pero me pareció un poco ingenuo, un poco aletado, yo diría, y por si fuera poco ni siquiera habla portugués. Sí, dijo Monteiro Rossi, pero su ocupación en la vida civil es la de tipógrafo, sabe trabajar con documentos, no hay nadie mejor que él para falsificar un pasaporte. Pues ya podría haber falsificado mejor el suyo, dijo Pereira, tenía un pasaporte argentino y se veía a una legua que era falso. Ése no lo había hecho él, objetó Monteiro Rossi, se lo habían dado en España. ¿Qué más ocurrió?, preguntó Pereira. Bueno, dijo Monteiro Rossi, en Portalegre encontramos una imprenta de confianza y mi primo se puso a trabajar, hicimos un trabajo perfecto, mi primo preparó una buena cantidad de pasaportes, en gran parte los distribuimos, otros me los quedé yo porque no tuvimos tiempo. Monteiro Rossi cogió la bolsa de viaje que había dejado en el sillón y metió la mano en su interior. Esto es lo que ha quedado, dijo. Puso sobre la mesa un paquete de pasaportes, debían de ser una veintena. Usted está loco, mi querido Monteiro Rossi, dijo Pereira, viaja con eso en la bolsa como si fueran caramelos, si le encuentran con esos documentos va usted a acabar muy mal. Pereira cogió los pasaportes y dijo: Esto lo esconderé yo. Pensó en meterlos en un cajón, pero le pareció un lugar poco seguro. Entonces se dirigió al recibidor y los puso en una estantería, justo detrás del retrato de su esposa. Perdona, le dijo al retrato, pero aquí no vendrá nadie a mirar, es el lugar más seguro de la casa. Después regresó al salón y dijo: Se ha hecho tarde, será mejor que vayamos a la cama. Yo tengo que contactar con Marta, dijo Monteiro Rossi, está preocupada, no sabe qué me ha pasado, a lo mejor se piensa que también me han detenido a mí. Mire, Monteiro Rossi, dijo Pereira, mañana llamaré yo a Marta, pero desde un teléfono público, por hoy será mejor que se quede usted tranquilo y se vaya a la cama, escíbame el número de Marta en este papel. Le dejo dos números, dijo Monteiro Rossi, si no responde en el primero seguro que responderá en el otro, si no responde ella personalmente pregunte por Lise Delaunay, es así como se llama ahora. Lo sé, admitió Pereira, la he visto uno de estos días, esa chica se ha quedado en los huesos, está irreconocible, esta vida no le sienta nada bien, Monteiro Rossi, se está estropeando la salud, en fin, buenas noches. Pereira apagó las velas y se preguntó por qué se había metido en aquella historia, ¿por qué alojar a Monteiro Rossi, por qué telefonar a Marta y dejar mensajes en clave, por qué inmiscuirse en historias que no le atañían? ¿Quizá porque Marta se había quedado tan delgada que se le veían en los hombros dos huesos que sobresalían como dos alas de pollo? ¿Quizá porque Monteiro Rossi no tenía un padre y una madre que pudieran darle refugio? ¿Quizá porque había estado en Parede y el doctor Cardoso le había explicado su teoría sobre la confederación de las almas? Pereira no lo sabía e incluso hoy tampoco sabría responder. Prefirió irse a la cama porque al día siguiente quería levantarse temprano y organizar bien la jornada, pero antes de acostarse se dirigió un

momento a la entrada a darle un vistazo al retrato de su esposa. Y no le habló, Pereira, tan sólo le hizo un afectuoso gesto de despedida con la mano, sostiene.

Aquella mañana de finales de agosto Pereira se despertó a las ocho, sostiene. Durante la noche se había despertado varias veces y había oído que la lluvia restallaba en las palmeras del cuartel de enfrente. No recuerda haber soñado, había dormido de forma intermitente con retazos de sueños, eso sí, pero no los recuerda. Monteiro Rossi dormía en el sofá del salón, se había puesto un pijama que prácticamente le servía de sábana por su amplitud. Dormía encogido, como si tuviera frío, y Pereira le cubrió con una manta, delicadamente, para no despertarle. Se movió con lentitud por la casa, para no hacer ruido, se preparó un café y fue a hacer la compra a la tienda de la esquina. Compró cuatro latas de sardinas, una docena de huevos, tomates, un melón, pan y ocho croquetas de bacalao, de esas ya preparadas que sólo hay que recalentar en la sartén. Después vio un pequeño jamón ahumado que colgaba de un gancho, recubierto de paprika, y Pereira lo compró. Veo que ha decidido llenar la despensa, señor Pereira, comentó el tendero. Pues ya ve usted, respondió Pereira, mi asistenta no regresará hasta mediados de septiembre, está en casa de su hermana en Setúbal, y tengo que apañarme por mi cuenta, no puedo hacer la compra cada mañana. Si quiere una persona como Dios manda que venga a hacerle las labores domésticas yo podría decirle quién, dijo el tendero, vive un poco más arriba, hacia la Graça, tiene un niño pequeño y el marido la ha abandonado, es una persona de confianza. No, gracias, respondió Pereira, gracias señor Francisco, pero es mejor que no, no sé cómo se lo tomaría Piedade, hay muchos celos entre las asistentas y se podría sentir destronada, tal vez para el invierno, a lo mejor podría ser una buena idea, pero por ahora es mejor esperar el regreso de Piedade.

Pereira entró en su casa y dejó las compras en la fresquera. Monteiro Rossi dormía. Pereira le dejó una nota: «Hay huevos con jamón o croquetas de bacalao para recalentar, puede freírlos en la sartén pero con poco aceite o de lo contrario se desharán, coma usted bien y estése tranquilo, volveré a media tarde, hablaré con Marta, hasta luego, Pereira.»

Salió de su casa y se dirigió a la redacción. Cuando llegó se encontró a Celeste en su garita manoseando un calendario. Buenos días, Celeste, dijo Pereira, ¿alguna novedad? Ninguna llamada, y tampoco hay correo, respondió Celeste. Pereira se sintió aliviado, mejor si nadie le había buscado. Subió a la redacción y descolgó el teléfono, después cogió el cuento de Camilo Castelo Branco y lo preparó para la imprenta. Hacia las diez telefoneó al periódico y le contestó la suave voz de la señorita Filipa. Soy el señor Pereira, dijo Pereira, quisiera hablar con el director. Filipa le pasó la comunicación y la voz del director dijo: ¿Diga? Soy el señor Pereira, dijo Pereira, sólo quería dar señales de vida, señor director. Bien hecho, dijo el director, porque ayer le estuve buscando pero no estaba en la redacción. Ayer no me encontraba bien, mintió Pereira, me quedé en casa porque mi corazón no marchaba del todo bien. Comprendo, señor Pereira, dijo el director, pero me gustaría saber qué proyectos tiene para las próximas páginas culturales. Publicaré un cuento de Camilo Castelo Branco, respondió Pereira, como usted me aconsejó, señor director, un autor portugués del siglo XIX, creo que quedará bien, ¿usted qué opina? Perfecto, respondió el director, pero me gustaría también que continuara con la sección de efemérides. Tenía pensado escribir una sobre Rilke, respondió Pereira, quería su aprobación. Rilke, dijo el director, el nombre me suena. Rainer María Rilke, explicó Pereira, nació en Checoslovaquia, pero en la práctica es un poeta austriaco, escribió en alemán, murió en el veintiséis. Escuche, Pereira, dijo el director, como ya le dije el *Lisboa* se está convirtiendo en un periódico amigo de lo extranjero, ¿por qué no hace la efemérides de un poeta de la patria?, ¿por qué no

escribe sobre nuestro gran Camoens? ¿Camoens?, respondió Pereira, pero si Camoens murió en mil quinientos ochenta, hace casi cuatrocientos años. Sí, dijo el director, pero es nuestro gran poeta nacional, siempre está de actualidad, además, ¿sabe qué ha hecho Antonio Ferro, el director del Secretariado Nacional de Propaganda, es decir, el Ministerio de Cultura?, ha tenido la brillante idea de hacer coincidir el Día de Camoens con el Día de la Raza, en ese día se conmemora al gran poeta de la épica y a la raza portuguesa, y usted podría escribir una efemérides. Pero el Día de Camoens es el diez de junio, objetó Pereira, señor director, ¿qué sentido tiene celebrar el Día de Camoens a finales de agosto? Por de pronto, el diez de junio no teníamos todavía la página de cultura, explicó el director, y esto puede indicarlo en el artículo, y además siempre se puede conmemorar a Camoens, que es nuestro gran poeta nacional y hacer una referencia al Día de la Raza, basta una referencia para que los lectores lo entiendan. Perdóneme, señor director, respondió Pereira con pesadumbre, pero quisiera preguntarle una cosa, nosotros originariamente éramos lusitanos, luego vinieron los romanos y los celtas, después estuvieron los árabes, ¿qué raza podemos conmemorar los portugueses? La raza portuguesa, respondió el director, perdone, Pereira, pero su objeción no me suena nada bien, nosotros somos portugueses, hemos descubierto el mundo, hemos llevado a cabo las mayores navegaciones del globo, y cuando lo hicimos, en el siglo XVI, ya éramos portugueses, nosotros éramos esto y usted va a conmemorar esto, Pereira. El director hizo después una pausa y continuó: Pereira, la última vez te tuteaba, no sé por qué sigo ahora tratándote de usted. Como a usted le parezca, señor director, respondió Pereira, quizá sea a causa del teléfono. Será eso, dijo el director, en cualquier caso, escúchame bien, Pereira, quiero que el *Lisboa* sea un periódico muy portugués incluso en su página cultural, y si tú no tienes ganas de hacer una efemérides sobre el Día de la Raza, por lo menos tienes que escribirla sobre Camoens, algo es algo.

Pereira se despidió del director y colgó. Antonio Ferro, pensó, aquel terrible Antonio Ferro, lo peor es que se trataba de un hombre inteligente y listo, y pensar que había sido amigo de Fernando Pessoa, en fin, concluyó, ese Pessoa se elegía unos amigos... Intentó escribir una efemérides sobre Camoens y estuvo hasta las doce y media. Después lo tiró todo a la papelera. Que también Camoens se fuera al diablo, pensó, ese gran poeta que había cantado al heroísmo de los portugueses, pero menudo heroísmo, se dijo Pereira. Se puso la chaqueta y salió para ir al Café Orquídea. Entró y se acomodó en la mesa habitual. Manuel llegó solícito y Pereira pidió una ensalada de pescado. Comió con calma, con mucha calma, y después fue hasta el teléfono. Tenía en la mano el papelito con los números que le había dado Monteiro Rossi. El primer teléfono sonó largamente, pero nadie respondió. Pereira volvió a marcar, no fuera a haberse equivocado. El teléfono sonó largamente, pero nadie respondió. Entonces marcó el otro número. Respondió una voz femenina. ¿Oiga?, dijo Pereira, quisiera hablar con la señorita Lise Delaunay. No la conozco, respondió la voz femenina con reserva. Buenos días, repitió Pereira, estoy buscando a la señorita Delaunay. Perdone, pero ¿usted quién es?, preguntó la voz femenina. Escuche, señora, dijo Pereira, tengo un mensaje urgente para Lise Delaunay, póngame con ella, por favor. Aquí no hay ninguna Lise, dijo la voz femenina, me parece que se ha equivocado usted, ¿quién le ha dado este número? Importa poco quién me lo ha dado, replicó Pereira, pero si no puedo hablar con Lise, pásame a Marta. ¿Marta?, se sorprendió la voz femenina, ¿qué Marta?, hay muchas Martas en este mundo. Pereira se acordó de que no conocía el apellido de Marta y entonces dijo simplemente: Marta es una chica delgada con el pelo rubio que responde también al nombre de Lise Delaunay, yo soy un amigo suyo y tengo un mensaje importante para ella. Lo siento mucho, dijo la voz femenina, pero aquí no hay ninguna Marta ni ninguna Lise, buenos días. El teléfono hizo clic y Pereira se quedó con el auricular en la mano. Colgó y fue a sentarse a su mesa. ¿Qué quiere que le traiga?, preguntó Manuel acercándose solícito. Pereira pidió una limonada con azúcar y después preguntó: ¿Alguna novedad interesante? Me las dan esta noche a las ocho, dijo Manuel, tengo un amigo que sintoniza radio Londres, si quiere

mañana se lo cuento todo.

Pereira bebió la limonada y pagó la cuenta. Salió y se dirigió a la redacción. Encontró en su garita a Celeste, que seguía consultando el calendario. ¿Novedades?, preguntó Pereira. Ha habido una llamada para usted, dijo Celeste, era una mujer pero no ha querido decir para qué llamaba. ¿Ha dejado su nombre?, preguntó Pereira. Era un nombre extranjero, respondió Celeste, pero no lo recuerdo. ¿Por qué no lo ha escrito?, le reprochó Pereira, usted tiene que hacer de centralita, Celeste, y tomar nota. Si ya escribo mal el portugués, respondió Celeste, imagínese los nombres extranjeros, era un nombre complicado. A Pereira le dio un vuelco el corazón y preguntó: ¿Y qué le ha dicho esa persona, qué le ha dicho, Celeste? Ha dicho que tenía un mensaje para usted y que estaba buscando al señor Rossi, qué nombre más raro, yo le he contestado que aquí no había ningún Rossi, que ésta era la redacción cultural del *Lisboa*, así que he llamado a la redacción central porque he creído que allí podría encontrarle a usted, quería avisarle, pero usted no estaba y he dejado el recado de que le estaba buscando una señora extranjera, una tal Lise, ahora me acuerdo. ¿Y ha dicho usted en el periódico que buscaban al señor Rossi?, preguntó Pereira. No, señor Pereira, respondió con expresión astuta Celeste, eso no lo he dicho, me parecía inútil, he dicho tan sólo que le estaba buscando una tal Lise, no se preocupe, señor Pereira, si quieren le encontrarán. Pereira miró el reloj. Eran las cuatro de la tarde, renunció a subir y se despidió de Celeste. Escuche, Celeste, dijo, me voy a casa porque no me encuentro nada bien, si alguien me telefonea, dígame que me llame a mi casa, quizá mañana no venga a la redacción, cójame el correo.

Cuando llegó a casa eran casi las siete. Se había entretenido largamente en el Terreiro do Paço, en un banco, contemplando los transbordadores que salían hacia la otra orilla del Tajo. Era hermosa aquella caída de la tarde y Pereira quiso disfrutarla. Encendió un cigarro y se lo fumó con ávidas bocanadas. Estaba sentado en un banco que miraba hacia el río y cerca de él fue a sentarse un mendigo que tocó para él viejas canciones de Coimbra con su acordeón.

Cuando Pereira entró en su casa no vio de inmediato a Monteiro Rossi y eso le alarmó, sostiene. Pero Monteiro Rossi estaba aseándose en el cuarto de baño. Me estoy afeitando, señor Pereira, gritó Monteiro Rossi, dentro de cinco minutos estaré con usted. Pereira se quitó la chaqueta y preparó la mesa. Puso los platos de Caldas da Rainha, los de la primera noche. En la mesa colocó dos velas que había comprado aquella mañana. Luego se fue a la cocina y pensó qué podía preparar para cenar. Quién sabe por qué, se le ocurrió preparar un plato de cocina italiana. Pensó inventar un plato, sostiene Pereira. Cortó una generosa loncha de jamón y la cortó en dados pequeños, después cogió dos huevos y los batió, los cubrió de queso rayado y añadió el jamón, lo condimentó con orégano y mejorana, lo removió todo bien, luego puso una olla de agua para hervir la pasta. Cuando el agua comenzó a hervir echó unos espaguetis que llevaban ya un tiempo en la despensa. Monteiro Rossi llegó fresco como una rosa, llevaba la camisa de color caqui de Pereira que le envolvía como una sábana. He pensado hacer un plato italiano, dijo Pereira, no sé si es verdaderamente italiano, tal vez sea una fantasía, pero por lo menos es pasta. ¡Qué maravilla, exclamó Monteiro Rossi, hace siglos que no como pasta! Pereira encendió las velas y sirvió los espaguetis. He intentado telefonar a Marta, dijo, pero en el primer número no contestaban y en el segundo ha respondido una señora que se hacía la tonta, le he dicho incluso que quería hablar con Marta, pero no ha habido nada que hacer, cuando he llegado a la redacción la portera me ha dicho que me habían buscado, probablemente era Marta, pero le buscaba a usted, quizá ha sido una imprudencia por su parte, ahora quizá alguien sabe que estoy en contacto con usted, creo que esto traerá problemas. ¿Qué cree que debo hacer?, preguntó Monteiro Rossi. Si sabe de un lugar más seguro es mejor que se vaya, si no es así quédese y ya veremos, respondió Pereira. Llevó a la mesa el frasco de las cerezas y cogió una sin jarabe. Monteiro Rossi volvió a llenarse el vaso.

En ese momento oyeron llamar a la puerta. Eran golpes decididos, como si quisieran echarla abajo. Pereira se preguntó cómo habían conseguido franquear la puerta de la calle y permaneció algunos segundos en silencio. Los golpes se repitieron de manera furiosa. ¿Quién es?, preguntó Pereira levantándose, ¿qué quieren? Abran, policía, abran la puerta o la abriremos a tiros, respondió una voz. Monteiro Rossi retrocedió precipitadamente hacia las habitaciones, tuvo tan sólo fuerzas para decir: Los documentos, señor Pereira, esconda los documentos. Ya están en lugar seguro, le tranquilizó Pereira, y se encaminó a la entrada para abrir la puerta. Cuando pasó ante el retrato de su esposa dirigió una mirada de complicidad hacia aquella sonrisa lejana. Después abrió la puerta, sostiene.

Sostiene Pereira que eran tres hombres vestidos de paisano y que iban armados con pistolas. El primero que entró era un hombre delgado y bajo, con perilla y bigotito castaños. Policía política, dijo el delgadito bajo con aire de ser el que mandaba, tenemos que registrar el piso, busquemos a una persona. Déjeme ver su tarjeta de identificación, se opuso Pereira. El delgadito bajo se volvió hacia sus dos compañeros, dos sicarios vestidos de oscuro, y dijo: ¡Eh, chicos!, ¿habéis oído?, ¿qué os parece? Uno de los dos apoyó la pistola contra la boca de Pereira y susurró: ¿Te basta ésta como tarjeta de identificación, gordito? Vamos, chicos, dijo el delgadito bajo, no me tratéis así al señor Pereira, es un buen periodista, escribe en un periódico digno de respeto, tal vez un poco demasiado católico, no lo niego, pero que sigue una línea correcta. Y después continuó: Escuche, señor Pereira, no nos haga perder el tiempo, no hemos venido a charlar, y perder el tiempo no es nuestra especialidad, además sabemos que esto no va con usted, usted es buena persona, simplemente no sabía con quién estaba tratando, ha confiado usted en una persona sospechosa, pero yo no quiero causarle problemas, sólo déjenos hacer nuestro trabajo. Yo dirijo la página cultural del *Lisboa*, dijo Pereira, quiero hablar con alguien, quiero telefonar a mi director, ¿sabe él que están en mi casa? Venga, señor Pereira, respondió el delgadito bajo con voz meliflua, ¿le parece a usted que si vamos a efectuar una operación policial avisamos antes a su director?, pero ¿qué dice? Pero ustedes no son de la policía, se obstinó Pereira, no están autorizados, van de paisano, no tienen ningún permiso para entrar en mi casa. El delgadito bajo se volvió de nuevo hacia los dos sicarios con una sonrisita y dijo: El dueño de la casa es obstinado, chicos, quién sabe lo que habrá que hacer para convencerle. El hombre que tenía la pistola apuntando a Pereira le dio un soberano bofetón y Pereira se tambaleó. Venga, Fonseca, no hagas eso, dijo el delgadito bajo, no debes maltratar al señor Pereira, me lo vas a asustar demasiado, es un hombre frágil, a pesar de su mole, se interesa por la cultura, es un intelectual, el señor Pereira debe ser convencido por las buenas, porque si no se nos meará encima. El sicario que se llamaba Fonseca le dio otro bofetón a Pereira y Pereira se tambaleó de nuevo, sostiene. Fonseca, dijo sonriendo el delgadito bajo, tienes las manos demasiado largas, tendré que tenerte a raya o me vas a estropear la faena. Después se dirigió a Pereira y le dijo: Señor Pereira, como ya le he dicho, no tenemos nada contra usted, sólo hemos venido a darle una pequeña lección a un jovencito que está en esta casa, una persona que necesita una pequeña lección porque no conoce los valores de la patria, los ha perdido, el pobrecito, y nosotros hemos venido para hacer que los recupere. Pereira se frotó la mejilla y murmuró: Aquí no hay nadie. El delgadito bajo echó una mirada a su alrededor y dijo: Escuche, señor Pereira, facilítenos la tarea, a su joven huésped sólo queremos preguntarle unas cosas, le someteremos sólo a un pequeño interrogatorio y procederemos de manera que recupere los valores patrióticos, no queremos hacerle nada más, hemos venido para eso. Pues entonces déjeme llamar a la policía, insistió Pereira, que vengan ellos y que se lo lleven a comisaría, es allí donde se efectúan los interrogatorios, no en un piso. Vamos, señor Pereira, dijo el delgadito bajo con su sonrisita, usted no es nada comprensivo, su piso es ideal para un interrogatorio privado como el nuestro, su portera no está, sus vecinos se han ido a Oporto, la noche está serena y este edificio es una maravilla, es más discreto que un despacho de la policía.

Después hizo una seña al sicario al que había llamado Fonseca y éste empujó a Pereira hasta el comedor. Los hombres miraron a su alrededor y no vieron a nadie, sólo la mesa puesta con los restos de la comida. Una cena íntima, señor Pereira, dijo el delgadito bajo, veo que han tenido una cena íntima con velas y todo, ¡qué

romántico! Pereira no respondió. Mire, señor Pereira, dijo el delgadito bajo con expresión meliflua, usted está viudo y no va con mujeres, como verá, lo sé todo sobre usted, ¿no será que le gustan los muchachitos jóvenes, por casualidad? Pereira se pasó de nuevo la mano por la mejilla y dijo: Es usted una persona infame, y todo esto es una infamia. Venga, señor Pereira, continuó el delgadito bajo, un hombre es un hombre, eso lo sabe hasta usted, y si un hombre encuentra a un hermoso jovencito rubio con un hermoso culito la cosa es comprensible. Además, continuó con tono duro y decidido, ¿tenemos que ponerle la casa patas arriba o prefiere llegar a un acuerdo? Está ahí, respondió Pereira, en el estudio o en el dormitorio. El delgadito bajo dio órdenes a los dos sicarios. Fonseca, dijo, que no se os vaya la mano, no quiero problemas, nos basta con darle una pequeña lección y saber lo que queremos saber, y tú, Lima, pórtate bien, sé que has traído la porra y que la llevas debajo de la camisa, pero recuerda que no quiero golpes en la cabeza, mejor que sea en los hombros y en los pulmones, que duelen más y no dejan señales. De acuerdo, comandante, respondieron los dos sicarios. Entraron en el estudio y cerraron la puerta a sus espaldas. Bien, dijo el delgadito bajo, bien, señor Pereira, charlemos un rato mientras mis dos ayudantes hacen su trabajo. Quiero llamar a la policía, repitió Pereira. La policía, sonrió el delgadito bajo, pero si yo soy la policía, señor Pereira, o por lo menos hago las veces de policía, porque incluso nuestra policía duerme por las noches, sabe, la nuestra es una policía que nos protege todo el santo día, pero por la noche va a dormir porque está agotada, con todos esos malhechores que corren por ahí, con todas las personas como su huésped que han perdido el sentido de la patria, pero dígame, señor Pereira, ¿cómo se ha metido usted en todo este lío? Yo no me he metido en ningún lío, respondió Pereira, sólo contraté a un ayudante para el *Lisboa*. Claro, señor Pereira, claro, respondió el delgadito bajo, pero usted, sin embargo, tendría que haberse informado antes, tenía que haber consultado a la policía o a su director, haber dado los datos de su presunto ayudante, ¿me permite que coja una cereza?

Pereira sostiene que en aquel momento se levantó de la silla. Se había sentado porque tenía el corazón en un puño, pero en ese momento se levantó y dijo: He oído gritos, quiero ir a ver qué está pasando en mi habitación. El delgadito bajo le apuntó con la pistola. Yo en su lugar no lo haría, señor Pereira, mis hombres están haciendo un trabajo delicado y para usted sería desagradable asistir a él, usted es una persona sensible, señor Pereira, es un intelectual, además sufre del corazón, ciertos espectáculos no pueden sentarle bien. Quiero llamar a mi director, insistió Pereira, déjeme telefonar a mi director. El delgadito bajo puso una sonrisa irónica. Su director está durmiendo ahora, replicó, a lo mejor está durmiendo abrazado a una hermosa mujer, sabe, su director es un hombre de verdad, señor Pereira, un hombre con dos cojones, no como usted, que busca los culitos de jovencitos rubios. Pereira se echó hacia adelante y le dio una bofetada. El delgadito bajo le golpeó al instante con la pistola y Pereira empezó a sangrar por la boca. No debía haber hecho eso, señor Pereira, dijo el hombre, me han dicho que le tratara con respeto, pero todo tiene un límite, si usted es un imbécil que aloja subversivos en su casa no es culpa mía, yo podría pegarle un balazo en la garganta y lo haría con mucho gusto, si no lo hago es sólo porque me han dicho que le tratara con respeto, pero no se pase, señor Pereira, no se pase, porque podría perder la paciencia.

Pereira sostiene que en aquel momento oyó otro grito sofocado y que se abalanzó contra la puerta del estudio. Pero el delgadito bajo se interpuso y le dio un empujón. El empujón pudo con la mole de Pereira y Pereira retrocedió. Escúcheme, señor Pereira, dijo el delgadito bajo, no me obligue a usar la pistola, tengo unas inmensas ganas de meterle un balazo en la garganta o quizá en el corazón, que es su punto débil, pero no lo hago porque no queremos muertos aquí, hemos venido sólo para dar una lección de patriotismo, a usted también le convendría un poco de patriotismo, visto que en su periódico no publica más que a escritores franceses. Pereira se sentó de nuevo, sostiene, y dijo: Los escritores franceses son los únicos que tienen valor en momentos como éste. Déjeme que le diga que los escritores

franceses son una mierda, dijo el delgadito bajo, tendrían que ir todos al paredón y habría que mearse encima de ellos una vez muertos. Usted es una persona vulgar, dijo Pereira. Vulgar pero patriota, respondió el hombre, no soy como usted, señor Pereira, que busca complicidad en los escritores franceses.

En aquel momento los dos sicarios abrieron la puerta. Parecían nerviosos y tenían una expresión preocupada. El jovencito no quería hablar, dijeron, le hemos dado una lección, le hemos tratado con dureza, quizá lo mejor sería salir pitando. ¿No habréis hecho alguna calamidad?, preguntó el delgadito bajo. No lo sé, respondió el que se llamaba Fonseca, creo que lo mejor será marcharse. Y se precipitó hacia la puerta seguido por su compañero. Escuche, señor Pereira, dijo el delgadito bajo, usted no nos ha visto nunca en su casa, no se pase de listo, olvídense de sus amistades, tenga presente que ésta ha sido una visita de cortesía, porque la próxima vez podríamos venir por usted. Pereira cerró la puerta con llave y los oyó bajar la escalera, sostiene. Después se precipitó al dormitorio y encontró a Monteiro Rossi boca abajo sobre la alfombra. Pereira le dio una palmada en la mejilla y dijo: Monteiro Rossi, venga, ánimo, ya ha pasado todo. Pero Monteiro Rossi no dio ninguna señal de vida. Entonces Pereira fue al baño, empapó una toalla y se la pasó por la cara. Monteiro Rossi, repitió, ya ha pasado todo, se han marchado, despierte. Sólo en ese momento se dio cuenta de que la toalla estaba completamente empapada de sangre y vio que los cabellos de Monteiro Rossi estaban llenos de sangre. Monteiro Rossi tenía los ojos completamente abiertos y miraba al techo. Pereira le dio otra palmada, pero Monteiro Rossi no se movió. Entonces Pereira le tomó el pulso, pero la vida ya no corría por las venas de Monteiro Rossi. Le cerró aquellos ojos claros abiertos y le cubrió la cara con la toalla. Después le enderezó las piernas, para no dejarle tan encogido, le enderezó las piernas para que quedaran enderezadas como deben estarlo las piernas de un muerto. Y pensó que tenía que darse prisa, mucha prisa, ahora ya no quedaba demasiado tiempo, sostiene Pereira.

Pereira sostiene que se le ocurrió una locura, pero que quizá podría ponerla en práctica, pensó. Se puso la chaqueta y salió. Frente a la catedral había un café que permanecía abierto hasta tarde y que tenía teléfono. Pereira entró y miró a su alrededor. En el café había un grupo de trasnochadores que jugaban a las cartas con el dueño. El camarero era un muchacho adormilado que se aburría detrás de la barra. Pereira pidió una limonada, se dirigió al teléfono y marcó el número de la clínica talasoterápica de Parede. Preguntó por el doctor Cardoso. El doctor Cardoso se ha ido ya a su habitación, ¿quién pregunta por él?, dijo la voz de la telefonista. Soy el señor Pereira, dijo Pereira, necesito urgentemente hablar con él. Voy a llamarle pero tendrá que esperar unos minutos, dijo la telefonista, el tiempo que tarde en bajar. Pereira esperó pacientemente hasta que llegó el doctor Cardoso. Buenas noches, doctor Cardoso, dijo Pereira, quisiera decirle una cosa importante, pero ahora no puedo. ¿De qué se trata?, señor Pereira, dijo el doctor Cardoso, ¿no se encuentra bien? En efecto, no me encuentro bien, respondió Pereira, pero no es eso lo que importa, lo que ocurre es que en mi casa ha sucedido algo grave, no sé si mi teléfono particular está intervenido, pero no importa, ahora no puedo decirle nada más, pero necesito su ayuda, doctor Cardoso. Dígame cómo puedo ayudarle, dijo el doctor Cardoso. Pues bien, doctor Cardoso, dijo Pereira, mañana a mediodía le telefonearé, tiene usted que hacerme un favor, tiene que fingir que es un pez gordo de la censura, tiene que decir que mi artículo ha recibido el visto bueno, sólo eso. No lo entiendo, replicó el doctor Cardoso. Escuche, doctor Cardoso, dijo Pereira, le llamo desde un café y no puedo darle explicaciones, tengo en casa un problema que usted no puede ni imaginarse, pero se enterará por la edición de la tarde del *Lisboa*, estará escrito con todo detalle, pero usted tiene que hacerme un favor inmenso, debe mantener que mi artículo tiene su aprobación, ¿ha entendido?, tiene que decir que la policía portuguesa no tiene miedo a los escándalos, que es una policía limpia y que no tiene miedo a los escándalos. Entendido, dijo el doctor Cardoso, espero su llamada mañana al mediodía.

Pereira regresó a su casa. Fue al dormitorio y quitó la toalla de la cara de Monteiro Rossi. Le cubrió con una sábana. Luego fue a su estudio y se sentó ante la máquina de escribir. Escribió como título: *Asesinato de un periodista*. Después, unas líneas más abajo, empezó a escribir: «Se llamaba Francesco Monteiro Rossi, era de origen italiano. Colaboraba en nuestro periódico con artículos y necrológicas. Escribió textos sobre los grandes escritores de nuestra época, como Maiakovski, Marinetti, D'Annunzio y García Lorca. Sus artículos no han sido publicados todavía, pero quizá un día vean la luz. Era un muchacho alegre, que amaba la vida pero a quien se le había encargado escribir sobre la muerte, labor a la que no se negó. Y esta noche la muerte ha ido a buscarle. Ayer por la noche, mientras cenaba en casa del director de la página cultural del *Lisboa*, el señor Pereira, autor de este artículo, tres hombres armados irrumpieron en el apartamento. Se presentaron como policía política, pero no exhibieron documentación alguna que avalara sus palabras. Debería excluirse que se trate de verdaderos policías porque iban de paisano y porque es de suponer que la policía de nuestro país no usa estos métodos. Eran malhechores que actuaban con la complicidad de no se sabe quién, y sería deseable que las autoridades indagaran sobre este vergonzoso suceso. Los dirigía un hombre delgado y bajo, con bigote y perilla, al que los otros llamaban comandante. A los otros dos su comandante les llamó varias veces por sus nombres. Si los nombres no eran falsos, se llaman Fonseca y Lima, son dos hombres altos y robustos, de tez oscura, con expresión poco inteligente. Mientras el hombre delgado y bajo retenía con su pistola a quien esto escribe, Fonseca y Lima arrastraron a Monteiro Rossi

hasta el dormitorio para interrogarle, según ellos mismos declararon. Quien esto escribe oyó golpes y gritos sofocados. Después los dos hombres dijeron que habían hecho su trabajo. Los tres abandonaron rápidamente el domicilio de quien esto escribe amenazándole de muerte si divulgaba el suceso. Quien esto escribe se dirigió al dormitorio y no pudo hacer nada más que constatar el fallecimiento del joven Monteiro Rossi.

Fue apaleado con saña, y los golpes, propinados con una porra o la culata de una pistola, le hundieron el cráneo. Su cadáver se encuentra actualmente en el segundo piso de la Rua da Saudade número 22, en casa de quien esto escribe. Monteiro Rossi era huérfano y no tenía parientes. Estaba enamorado de una muchacha bella y dulce cuyo nombre desconocemos. Sólo sabemos que tenía el cabello de color cobrizo y que amaba la cultura. A esta muchacha, si nos lee, le enviamos nuestro más sincero pésame y nuestro más afectuoso saludo. Invitamos a las autoridades competentes a vigilar atentamente estos episodios de violencia, que a su sombra, y tal vez con la complicidad de alguien, se están perpetrando hoy en Portugal.»

Pereira corrió el carro y debajo, a la derecha, puso su nombre: Pereira. Firmó sólo Pereira, porque era así como le conocían todos, por el apellido, como había firmado todas sus crónicas de sucesos durante tantos años.

Levantó los ojos hacia la ventana y vio que alboreaba en las ramas de las palmeras del cuartel de enfrente. Oyó un toque de corneta. Pereira se recostó en un sillón y se quedó dormido. Cuando se despertó era ya de día y Pereira miró alarmado el reloj. Pensó que debía actuar con rapidez, sostiene. Se afeitó, se lavó la cara con agua fría y salió. Encontró un taxi frente a la catedral y se hizo llevar hasta su redacción. En su garita estaba Celeste, quien le saludó con aire cordial. ¿Hay algo para mí?, preguntó Pereira. Ninguna novedad, señor Pereira, respondió Celeste, lo único es que me han dado una semana de vacaciones. Y mostrándole el calendario continuó: Volveré el próximo sábado, durante una semana tendrá que arreglárselas sin mí, hoy en día el Estado protege a los más débiles, o sea, la gente como yo, por algo somos corporativistas. Procuraremos no echarla demasiado en falta, murmuró Pereira, y subió la escalera. Entró en la redacción y cogió del archivador la carpeta donde estaba escrito «Necrológicas». La puso en una bolsa de cuero y salió. Se detuvo en el Café Orquídea y pensó que tenía tiempo para sentarse cinco minutos y tomarse algo. ¿Una limonada, señor Pereira?, le preguntó solícito Manuel mientras él se sentaba a una mesa. No, respondió Pereira, tomaré un oporto seco, prefiero un oporto seco. Es una novedad, señor Pereira, dijo Manuel, y más a estas horas, pero de todos modos me alegra, eso quiere decir que está mejor. Manuel le puso un vaso y le dejó la botella. Mire, señor Pereira, dijo Manuel, le dejo la botella, si tiene ganas de tomarse otro vaso, tómese lo tranquilamente, y si desea un cigarro se lo traigo enseguida. Tráeme un cigarro ligero, dijo Pereira, por cierto, Manuel, tú que tienes un amigo que sintoniza radio Londres, ¿qué noticias hay? Parece que los republicanos están recibiendo duramente, dijo Manuel, pero ¿sabe una cosa, señor Pereira?, dijo bajando la voz, también han hablado de Portugal. ¿Ah, sí?, dijo Pereira, ¿y qué dicen de nosotros? Dicen que vivimos en una dictadura, respondió el camarero, y que la policía está torturando a la gente. ¿Y tú que dices, Manuel?, preguntó Pereira. Manuel se rascó la cabeza. ¿Y qué dice usted, señor Pereira?, replicó, usted está en el periodismo y sabe de estas cosas. Yo digo que los ingleses tienen razón, declaró Pereira. Encendió el cigarro y pagó la cuenta, después salió y cogió un taxi para ir a la imprenta. Cuando llegó, encontró al encargado muy atareado. El periódico entra en máquinas dentro de una hora, dijo el encargado, señor Pereira, ha hecho bien en publicar el cuento de Camilo Castelo Branco, es una maravilla, lo leí de pequeño en la escuela, pero sigue siendo una maravilla. Habrá que acortarlo en una columna, dijo Pereira, tengo aquí un artículo que cierra la página cultural, es una necrológica. Pereira le tendió la hoja, el encargado la leyó y se rascó la cabeza. Señor Pereira, dijo el encargado, es un asunto muy delicado, me lo trae usted en el último momento y no tiene el visto bueno de la censura, me parece que aquí se habla de sucesos muy graves. Mire, señor Pedro, dijo Pereira,

nos conocemos desde hace casi treinta años, desde cuando me ocupaba de la crónica de sucesos en el periódico más importante de Lisboa, ¿alguna vez le he causado problemas? Nunca me los ha causado, respondió el encargado, pero los tiempos han cambiado, ahora no es como antes, ahora hay un montón de burocracia y tengo que respetarla, señor Pereira. Escuche, señor Pedro, dijo Pereira, en la censura me han dado el permiso verbalmente, he telefoneado desde la redacción hace media hora, he hablado con el mayor Lourenço, él está de acuerdo. Pero sería mejor telefonar al director, objetó el encargado. Pereira dio un profundo suspiro y dijo: De acuerdo, telefonee usted, señor Pedro. El encargado marcó el número y Pereira permaneció escuchando con el corazón en un puño. Comprendió que el encargado estaba hablando con la señorita Filipa. El director ha salido a comer, dijo el señor Pedro, he hablado con la secretaria, no regresará hasta las tres. A las tres el periódico ya está listo, dijo Pereira, no podemos esperar hasta las tres.

Efectivamente, no podemos, dijo el encargado, no sé qué hacer, señor Pereira. Mire, sugirió Pereira, lo mejor es telefonar directamente a la censura, quizá consigamos hablar con el mayor Lourenço. El mayor Lourenço, exclamó el encargado como si tuviera miedo de aquel nombre, ¿con él directamente? Es un amigo, dijo Pereira fingiendo restarle importancia, esta mañana le he leído mi artículo, está completamente de acuerdo, hablo con él todos los días, señor Pedro, es mi trabajo. Pereira cogió el teléfono y marcó el número de la clínica talasotérmica de Parede. Oyó la voz del doctor Cardoso. Oiga, mayor, dijo Pereira, soy el señor Pereira del *Lisboa*, estoy en la imprenta para incorporar ese artículo que le he leído esta mañana, pero el tipógrafo está indeciso porque falta el sello de visto bueno, intente convencerle, ahora se lo paso. Le dio el auricular al encargado y le observó mientras hablaba. El señor Pedro empezó a asentir. Claro, señor mayor, decía, de acuerdo, señor mayor. Después colgó el auricular y miró a Pereira. ¿Y bien?, preguntó Pereira. Dice que la policía portuguesa no tiene miedo a estos escándalos, dijo el tipógrafo, que andan sueltos malhechores que hay que denunciar y que su artículo tiene que salir hoy, señor Pereira, es todo lo que me ha dicho. Y después continuó: Y me ha dicho también: Diga al señor Pereira que escriba un artículo sobre el alma, que todos lo necesitamos, eso me ha dicho, señor Pereira. Estaría bromeando, dijo Pereira, ya hablaré mañana yo con él.

Dejó su artículo al señor Pedro y salió. Se sentía agotado y tenía la tripa alborotada. Pensó en detenerse a comer un bocadillo en el café de la esquina, pero sólo pidió una limonada. Luego cogió un taxi y se hizo llevar hasta la catedral. Entró en casa con cautela, con el temor de que alguien le estuviera esperando. Pero no había nadie, sólo un gran silencio. Fue al dormitorio y echó una mirada a la sábana que cubría el cuerpo de Monteiro Rossi. Después cogió una pequeña maleta, puso lo estrictamente necesario y la carpeta de las necrológicas. Fue a la estantería y empezó a hojear los pasaportes de Monteiro Rossi. Finalmente encontró uno apropiado para el caso. Era un buen pasaporte francés, muy bien hecho, la fotografía era de un hombre grueso con bolsas bajo los ojos, y la edad se correspondía con la suya. Se llamaba Baudin, François Baudin. Le pareció un buen nombre, a Pereira. Lo metió en la maleta y cogió el retrato de su esposa. Te llevaré conmigo, le dijo, será mejor que vengas conmigo. Lo puso con la cara hacia arriba, para que respirara bien. Después echó una mirada a su alrededor y consultó el reloj.

Era mejor darse prisa, el *Lisboa* saldría dentro de poco y no había tiempo que perder, sostiene Pereira.

25 de agosto de 1993

NOTA DE ANTONIO TABUCCHI A LA DÉCIMA EDICIÓN ITALIANA

El señor Pereira me visitó por primera vez una noche de septiembre de 1992. En aquella época no se llamaba todavía Pereira, no poseía trazos definidos, era una presencia vaga, huidiza y difuminada, pero que deseaba ya ser protagonista de un libro. Era sólo un personaje en busca de autor. No sé por qué me eligió precisamente a mí para ser narrado. Una hipótesis posible es que el mes anterior, en un tórrido día de agosto en Lisboa, hice una visita. Recuerdo con nitidez aquel día. Por la mañana compré un diario de la ciudad y leí la noticia de que un viejo periodista había muerto en el Hospital de Santa María de Lisboa y que sus restos mortales estaban expuestos para el último adiós en la capilla ardiente del hospital. Por discreción no deseo revelar el nombre de esa persona. Diré únicamente que era alguien a quien había conocido fugazmente en París a finales de los años sesenta, cuando él, como exiliado portugués, escribía en un periódico parisiense. Era un hombre que había ejercido su oficio de periodista en los años cuarenta y cincuenta en Portugal, bajo la dictadura de Salazar. Y había conseguido hacerle una buena jugarreta a la dictadura salazarista publicando en un periódico portugués un feroz artículo contra el régimen. Después, naturalmente, había tenido serios problemas con la policía y se había visto obligado a escoger la vía del exilio. Yo sabía que después del setenta y cuatro, cuando Portugal recuperó la democracia, había regresado a su país, pero no había vuelto a encontrarme con él. Ya no escribía, se había jubilado, no sé a qué se dedicaba, por desgracia había sido olvidado. En aquel período, Portugal vivía la vida convulsa y agitada de un país que ha recuperado la democracia después de cincuenta años de dictadura. Era un país joven, dirigido por gente joven. Nadie se acordaba ya de un viejo periodista que se había opuesto con determinación a la dictadura de Salazar.

Acudí a visitar su cadáver a las dos de la tarde. La capilla del hospital estaba desierta. La tapa del ataúd estaba levantada. Aquel hombre era católico y le habían colocado sobre el pecho un crucifijo de madera. Permanecí allí unos diez minutos. Era un viejo robusto, o más bien grueso. Cuando le conocí en París era un hombre de unos cincuenta años, ágil y despierto. La vejez, quizá una vida difícil, habían hecho de él un viejo grueso y flácido. A los pies del ataúd, sobre un pequeño atril, había un registro abierto donde aparecían las firmas de los visitantes. Había algunos nombres, pero yo no conocía a nadie. Tal vez fueran antiguos colegas, gente que había vivido con él las mismas batallas, periodistas jubilados.

En septiembre, como decía, Pereira vino a visitarme a su vez. En aquel momento no supe qué decirle, y sin embargo comprendí de manera confusa que aquella vaga aparición que se presentaba bajo el aspecto de un personaje literario era un símbolo y una metáfora: en cierto sentido era la trasposición fantasmagórica del viejo periodista a quien había rendido el último saludo. Me sentí azorado pero le acogí con afecto. Aquella tarde de septiembre comprendí vagamente que un ánima que erraba en el espacio del éter me necesitaba para relatarse, para describir una elección, un tormento, una vida. En ese privilegiado espacio que precede al momento del sueño, y que para mí es el espacio más idóneo para recibir las visitas de mis personajes, le dije que volviera de nuevo, que se confiase a mí, que me contara su historia. Volvió y yo encontré para él de inmediato un nombre: Pereira. En portugués Pereira significa peral y, como todos los nombres de árboles frutales, es un apellido de origen judío, al igual que en Italia los apellidos de origen judío son nombres de ciudades. Con ello quise rendir homenaje a un pueblo que ha dejado una gran huella en la civilización portuguesa y que ha sufrido las grandes injusticias de la Historia. Pero hubo otro motivo, esta vez de origen literario, que me empujaba hacia ese nombre: una pequeña pieza teatral de Eliot titulada What about Pereira?, en la que dos amigas evocan, en su diálogo, a un misterioso portugués llamado Pereira, del cual no se llegará a saber nada. De mi Pereira, en cambio, yo comenzaba a saber muchas cosas. En sus visitas nocturnas me iba

contando que era viudo, cardiópata e infeliz. Que le gustaba la literatura francesa, especialmente los escritores católicos de entreguerras, como Mauriac y Bernanos, que estaba obsesionado por la idea de la muerte, que su mayor confidente era un franciscano llamado padre Antonio, con el cual se confesaba temeroso de ser herético porque no creía en la resurrección de la carne. Y, después, las confesiones de Pereira, unidas a la imaginación de quien escribe, hicieron lo demás. Encontré para Pereira un mes crucial en su vida, un mes tórrido: agosto de 1938. Pensé en una Europa al borde del desastre de la Segunda Guerra Mundial, en la Guerra Civil española, en las tragedias de nuestro pasado reciente. Y en el verano del noventa y tres, cuando Pereira se había convertido en amigo mío y me había relatado su historia, yo pude escribirla. La escribí en Vecchiano, en dos meses, que fueron también tórridos, de intenso y furibundo trabajo. Por una afortunada coincidencia, acabé de escribir la última página el 25 de agosto de 1993. Y quise registrar esa fecha en la página porque es para mí un día importante: el cumpleaños de mi hija. Me pareció una señal, un auspicio. El día feliz del nacimiento de un hijo mío nacía también, gracias a la fuerza de la escritura, la historia de la vida de un hombre. Tal vez, en la inescrutable trama de los eventos que los dioses nos conceden, todo ello tenga su significado.